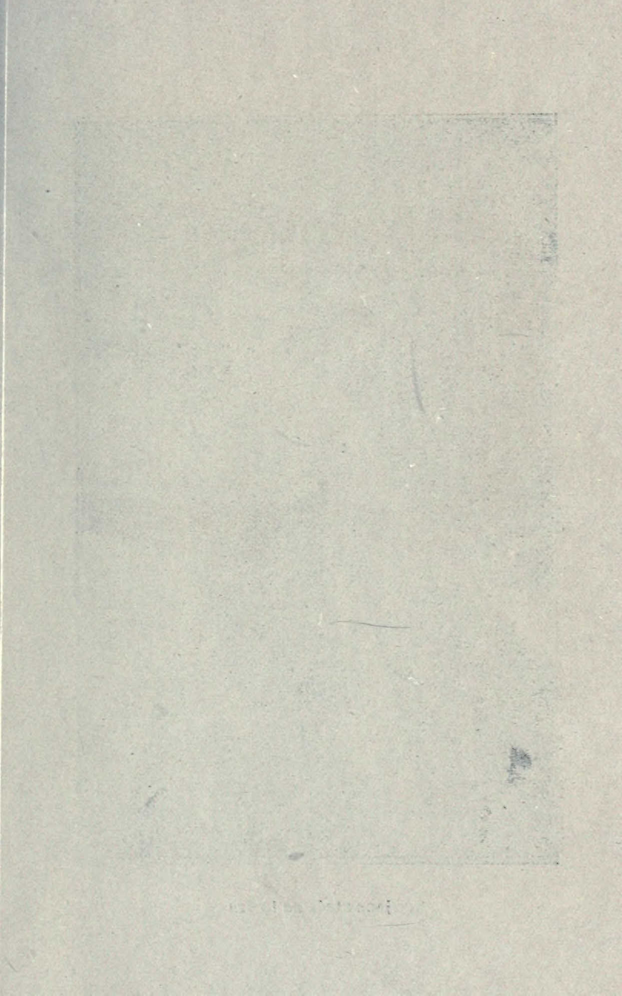

3 1761 04944963 0






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO





Sor Juana Inés de la Cruz.

TOMOS PUBLICADOS

I

PERLAS NEGRAS

MISTICAS

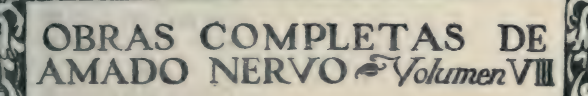
II

POEMAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — Volumen VIII

JUANA DE
ASBAJE

(CONTRIBUCIÓN AL CENTENARIO DE
LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO)



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
1973
UNIVERSITY OF TORONTO

Dedico este libro a las mujeres
todas de mi país y de mi raza.

A. N.

En este libro casi nada es propio:
con ajenos pensares pienso y vibro,
y así, por no ser mío, y por acopio,
de tantas excelencias que en él copio,
este libro es quizás mi mejor libro.



(Palabras que sirvieron de exordio a la lectura de este libro, dada por el autor en la "Unión Ibero-Americana", el 28 de Abril de 1910.)

Señoras y Señores:

Empiezo dándoos las más rendidas gracias por vuestra asistencia.

He deseado que vinierais, porque se trataba de exaltar y glorificar a una de las más extraordinarias mujeres que han pasado por nuestra raza, y mi primer galantería para con ella (para con su ánima luminosa) debía ser congregarle un auditorio tan selecto y distinguido como vosotros.

Lo he logrado y estoy satisfecho.



AL LECTOR MEXICANO

AHORA que nos acercamos a la celebración del centenario de nuestra Independencia, está bien que pensemos en todos aquéllos que, con su mentalidad ingente, ayudaron a formar el alma de la Patria e hicieron que se destacara poco a poco la individualidad de la misma (1).

Y ¡cómo olvidaríamos cuando se trata de recordar entendimientos excelsos, el máximo de Sor Juana Inés de la Cruz!

Vivió ella en un tiempo en que las ideas de

(1) Esta patria era, por lo demás, la primera del Imperio español después de España, pues, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, «tuvo el Virreynato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro Imperio colonial, y aquélla donde la cultura española echó más hondas raíces) las mas antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta».

independencia no empezaban aún a germinar en las almas; su estado, además, la inclinaba por fuerza a acatar toda jerarquía, y a mayor abundamiento, sus mejores amigas fueron dos virreinas: la marquesa de Mancera, que la eligió para su dama de honor, siendo muy moza aún, y la condesa de Paredes, la Lysi de sus cálidos versos. Vano sería, por tanto, hurgar entre las líneas de sus escritos para sacar algún intento o solapada idea de emancipación (1).

---

(1) Luis González Obregón cita, sin embargo, en su *México Viejo*, los siguientes versos de Sor Juana, en que hay hálitos de libertad, a pesar de todo; pero que se encuentran incrustados de tal suerte en un Romance en que da a la Virreina la enhorabuena del bautizo de un hijo, que toman por fuerza el matiz cortesano de toda la composición, que lo es mucho:

> Levante América ufana
> la coronada cabeza,
> y el águila mexicana
> el imperial vuelo tienda.

Y estos otros:

> De la común maldición
> libres parece que nacen
> sus hijos, según el pan
> no cuesta al sudor afanes.
> Europa mejor lo diga,
> pues ha tanto que, insaciable,
> de sus abundantes venas
> desangra los minerales.

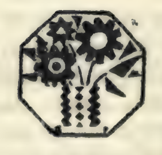
Pero amaba aquella singular mujer con toda su alma a México; fué la luz y la poesía de la época colonial; hizo, con D. Juan Ruiz de Alarcón, que el nombre de la Nueva España sonase con coro de elogios en la Corte de los Austrias; y, única en su género por la excelencia del pensamiento, en una época y un país en que éste no solía ser flor femenina, merece (mientras en uno de nuestros grandes paseos se yergue el monumento soberbio que le debemos, y que sin duda hemos de pagarle) culto de admiración de todas las almas.

En Dios y en mi ánima confieso que el libro *mío*, el libro de mis amores, el que por todos conceptos hubiese querido escribir, es uno sobre Sor Juana, erudito, ameno, hondo y amable. Pero no sé si habría sido yo capaz de esta empresa, ni he podido nunca tener a la mano la vastísima documentación necesaria para reconstruir día a día la vida de la gran monja jerónima, en el marco de su época.

Sin embargo, tal reconstrucción se encuentra, quizás, leyendo con reposo sus obras, en especial lo que de sí dijo ella, en prosa o líricamente, y los innumerables versos enderezados a sus pensadas Lysi y Laura, o sea las virreinas de México ya dichas.

Por lo mismo ruego a los desocupados que me sigan a través de las páginas apolilladas de

un volumen encantador, que he de ir glosando—los tres tomos de las obras de la Décima Musa—así como en mis excursiones por las innumerables páginas, a ella en innumerables libros dedicadas.





I

CÓMO VIVIÓ EN EL SIGLO

Y entre dos montes fué su primer lloro
(VERSO ANÓNIMO)

EL elocuente padre Calleja sintetiza así la vida de Sor Juana:

«Cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas, ilustró su duración al tiempo la vida de esta rara mujer, que nació en el mundo a justificar a la naturaleza las vanidades de prodigiosa». (1).

Al hablar del lugar de su nacimiento, de esta suerte se expresa:

(1) Luis González Obregón rectifica estas cifras; según lo comprueba, Sor Juana vivió *cuarenta y tres* años, cinco meses, cinco días y cinco horas.

«A doce leguas de la ciudad de México, metrópoli de la Nueva España, están casi contiguos dos montes, que no obstante lo diverso de sus calidades en estar cubierto de sucesivas nieves el uno, y manar el otro perenne fuego (1), no se hacen mala vecindad entre sí, antes conservan en paz sus extremos, y en un temple benigno la poca distancia que los divide. Tiene su asiento a la falda de estos dos montes una bien capaz alquería, muy conocida con el título de San Miguel de Nepantla, que confinante a los excesos de calores y fríos, a fuer de primavera, hubo de ser patria desta maravilla. Aquí nació la madre Juana Inés, el año de mil seiscientos y cincuenta y uno, el día doce de noviembre, viernes, a las once de la noche. Nació en un aposento que dentro de la misma alquería llaman *La Celda*, casualidad que, con el primer aliento, la enamoró de la vida monástica y la enseñó a que eso era vivir: respirar aires de clausura».

✠

Yo no quiero olvidar jamás cierta noche de

---

(1) Tales palabras, si no son retóricas, nos inclinan a creer que la actividad del Popocatepetl era grande hace apenas dos siglos y medio.

miércoles santo, en que, yendo para Cuautla, una avería de la locomotora nos obligó a quedarnos tres horas en Nepantla.

La transparencia de la atmósfera, extraordinaria, daba a los astros la ilusión de una proximidad emocionante.

Una placidez de tonalidad admirable reinaba en el paisaje.

Largo rato vagué por entre las casas humildes y por los campos anegados de luna, repitiendo con no sé qué íntimo deleite:

¡Aquí nació Sor Juana!

¡Aquí nació Sor Juana!

Y contemplaba la coraza azulada del Ixtaccihuatl, como queriendo robarle todo el ensueño que en su tranquila nieve debieron dejar acumulados los límpidos ojos pensativos de la maravillosa infantita, que desde estos sitios la miraron tantas veces.

¿Dónde estaba la *bien capaz alquería* del padre Calleja?

¿Cuáles de aquellas paredes blancas cobijaron los primeros años de la adorable niña?

Un recogimiento misterioso parecía apoderarse de todas las cosas, y el sabor de mi contemplación era tan hondo y suave que, cuando silbó la locomotora anunciándonos que íbamos a reanudar el roto camino, parecióme que, como el Monje Alfeo que oyó cantar al ruiseñor celeste,

mi espíritu volvía de un éxtasis de siglos a las vanas fatigas de la vida.

⊠

Esta vecindad de los volcanes en que vió la luz Sor Juna ha dado lugar a muchos tropos.

En la descripción de cierta Paronomasia alusiva al nacimiento de la poetisa entre el Popocatepetl y el Ixtaccihuatl, se dice: «Dos montes había: uno que se liquidaba en arroyos de oro, otro que se vertía en ríos de plata; en las cumbres, dos ingenios con este epigrama: *Si hoc in montibus, quid in mentibus?*»

El autor de unos bellos tercetos que, según reza el título, se hallaron sin nombre del que los compuso, a raíz de llegar a España la nueva de haber muerto la poetisa (pero se sabe de cierto quién fué, y que tuvo gran amistad espiritual con la monja) dice refiriéndose al mismo asunto:

Sabed que donde muere el sol, y el oro
dejar por testamento al clima ordena,
le nació en Juana Inés otro tesoro

que ganaba al del sol en la cuantía.
Y entre dos montes fué su primer lloro.
Estos de nieve y lumbre, noche y día,

volcanes son, que al fin la primavera
vive de frío y fuego en cercanía.
Aquí, pues, gorjeó la Aura primera

Juana Inés, cuyo aliento ya robusto,
puebla en dos mundos una y otra esfera.

Si la «celda» donde nació pudo influir en su predestinación de monja, la belleza del sitio que vió su infancia, especialmente la gloria del sol contrastando con la alteza de las perpetuas nieves, debió incitarla a la poesía y al ensueño. Ella nos dice por cierto:

Quizá por eso nací
donde los rayos solares
me mirasen de hito en hito,
no bizcos como a otras partes...

De su familia tenemos los datos siguientes: Fué su padre D. Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, el cual, habiendo pasado a México, casó con doña Isabel Ramírez de Cantillana, hija de padres españoles y natural de Ayacapixtla.

Luis González Obregón nos cuenta, de la madre de Sor Juana, que casó en segundas nupcias con el capitán D. Diego Ruiz Lozano; pues en un expediente antiguo que tuvo en sus manos mi erudito y laborioso amigo Ricardo Ortega,

consta que, en 1701, una hija de aquéllos, doña Inés Ruiz Lozano, estaba casada con D. Miguel de Torres (1), quien aseguró que su mujer era hermana de Sor Juana Inés (2).

De sus primeros años sería injuria tomar a biógrafo ninguno lo que con infinita gracia y elegancia y sabor dice ella, y es lo siguiente que corre por ahí más o menos reproducido y comentado:

...«No había cumplido los tres años de mi edad, cuando, enviando mi madre a una hermana mía mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman *Amigas*, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura, y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije *que mi madre ordenaba me diese lección*. Ella no lo creyó, porque

---

(1) ¿No será éste el D. Joseph Miguel de Torres, Síndico y Secretario de la Real Universidad de México, que en un romance «laméntase en la muerte de la madre Sor Juana Inés de la Cruz?» Tal romance está publicado en las obras póstumas.

(2) Sabemos asimismo, por Sor Juana Inés, que tuvo un hermano. Nos lo dice aquel «soneto en que celebra la poetisa el cumplimiento de años de un hermano suyo» y que empieza:

¡Oh, quién, amado Anfriso, te ciñera,
del mundo las coronas poderosas!

no era creible, pero por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó, por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó, Dios la guarde, y puede testificarlo.»

«Acuérdome que, en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos; y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprehenden las mujeres, oí decir que había Universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, en México; y apenas lo oí cuando empezé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase a México en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad. Ella no lo quiso hacer (y hizo muy bien); pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos y reprehensiones a estorbarlo; de

manera que, cuando vine a México, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo de aprehender a hablar. Empecé a deprehender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que, si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto deprehender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedía así que él crecía apriesa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno.»

«La primera luz que rayó de su ingenio—dice el padre Calleja—fué hacia los versos españoles, y era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella edad tierna, ver la facilidad con que salían a su boca o a su pluma los consonantes y los números: así los producía como si no los buscara en su cuidado, sino es que se los hallase de balde en su memoria.»

Corrobora Sor Juana las palabras de este autor, relativas a su facilidad lírica, diciendo en una de sus prosas:

«Pues si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos, en mí es tan natural, que aun me violento para que esta carta no lo sea, y pudiera decir aquello de que *quidquid conabar dicere versus erat.*» Y en otro lugar, con ideal candor afirma que ella creía que el hacer versos acontecía a los demás como a ella misma, «sin tener arbitrio en ello», «hasta que la experiencia—añade graciosamente—me ha demostrado lo contrario» (1).

Su amor a los libros tal era que, por conquistar a los ocho años uno que en premio le ofrecieron, compuso una loa para una fiesta del Santísimo Sacramento, según refiere el padre Muñoz, dominicano, vicario a la sazón de Amecameca, y vecino por tanto al caserío donde nació Juana de Asbaje.

No falta por cierto quien afirme que Amecameca, y no Nepantla, fué la cuna de la poetisa: fúndanse quienes tal piensan en aquel verso jo-

(1) En el romance en que responde a un caballero peruano que la aplande, nos dice donosamente:

«Y para probar las plumas,
instrumentos de mi oficio,
hice versos, como quien
hace lo que hacer no quiso.»

coso de la monja, con que termina uno de sus sonetos:

Aunque eres zancarrón y yo de Meca!

Lo cual podría explicarse, según un sabio autor, por el hecho de que Sor Juana fué bautizada en Amecameca, y por lo tanto era de esa parroquia (1) o, insinúo yo, por el ripio de versos obligados a consonantes forzosos.

Fuerza del consonante, a lo que obliga:
a que de Ameca Juana Inés se diga.

(Y perdón por la parodia...)

⊠

Pronto empezó a apuntar la fama de la doncella en la ciudad de México, donde no había ejemplo de saber semejante, no ya en una pobre muchacha venida de un pueblo, sino en matronas de más fuste.

La mujer de aquella época, en la Colonia sobre todo, de santos se daba si la enseñaban a leer, escribir y contar, medianuchamente siquiera. La misma Sor Juana hace de la instrucción

(1) Sin embargo, en una breve marginal explicativa que acompaña al soneto burlesco en cuestión, se leen estas palabras: «Nació la poetisa en Meca, pueblo de la Nueva España.»

femenina de su tiempo la siguiente pintura, al criticar que, por falta de *ancianas ilustradas*, se recurra a maestros en los hogares:

«¡Oh, cuántos daños se excusaran en nuestra república si las ancianas fueran doctas como Leta, y que supieran enseñar como manda San Pablo y mi padre San Jerónimo! Y no que, por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y otras habilidades, de que no pocos daños resultan, como se experimenta cada día en lastimosos ejemplos de desiguales consorcios: porque, con la inmediación del trato y la comunicación del tiempo, suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible. Por lo cual muchos quieren más dejar bárbaras e incultas a sus hijas, que no exponerlas a tan notorio peligro, como la familiaridad con los hombres, lo cual se excusara si hubiera ancianas doctas, como quiere San Pablo, y de unas en otras fuese sucediendo el magisterio, como sucede en el de hacer labores y lo demás que es costumbre.»

Los hombres, según ella, no debían enseñar a las mujeres «sino en el severo tribunal de un confesonario o, en la distante licencia de los

púlpitos, o en el remoto conocimiento de los libros.»

No nos forjemos, sin embargo, ilusiones: a pesar de la *obscuridad de la época*, con las damas de entonces se podía hablar. Si Sor Juana hubiese nacido *en el siglo de las luces*, acaso habría vegetado en la *sombra*, sin que hiciesen de ella gran aprecio.

En aquella época atrasada todo el mundo incitó a Sor Juana a versificar, a discurrir, a pensar, con excepción quizá del obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz quien, con las enaguas de Sor Philotea de la Cruz, le dijo las famosas palabras: «Mucho tiempo ha gastado v. md. en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros»; y de aquella prelada «muy santa y muy cándida» que le ordenó se abstuviera de estudiar. Las virreinas marquesa de Mancera y condesa de Paredes fueron damas inteligentísimas y amigas de las letras, y en general abundaron en México las mujeres avisadas e instruídas: Balbuena el español, en su *Grandeza mexicana*, las califica de «hermosísimas y gallardas damas, discretas y corteses entre todas las del mundo»; y sabemos de algunas, como doña María de Estrada Medinilla, doña Ana Zúñiga y las monjas, una de Regina y otra del convento de la Concepción que cita Sor Juana mis-

ma con mucho elegio, que ya las quisiéramos para un día de fiesta.

No, no nos enorgullezcamos: en estos tiempos fulgurantes, de nacer Sor Juana y pertenecer a la aristocracia, de fijo nos resulta neurasténica y *snob;* habría aprendido a jugar al *bridge* y al *puzzle;* jamás hubiera abierto un libro, y no hubiera escrito más que cartas frívolas, trazadas con esa letra larga y angulosa que debe tener hoy toda señorita que en algo se estime; quizás habría galiparlado un poco también, mezclando al español todas esas palabras parisienses que pronunciamos tan mal, pero que son tan *chic;* y con esto y vestirse con una funda de paraguas hecha *chez Doucet* o *chez Worth,* completara su conspicua personalidad.

⊞

Tenía Juana Inés de Asbaje (1) .trece años y vivía en México, conocida ya y admirada por muchos, cuando se hizo cargo del virreinato don Antonio Sebastián de Toledo Molina y Salazar, marqués de Mancera y vigésimoquinto mandatario de la Nueva España.

---

(1) Hay quien escribe *Asbajé;* pero ni se escribe así ni a mí me da la gana escribirlo, porque el apellido sonaría feo. (Con la peculiar ortografía del tiempo resulta *asuaje).*

En la Vieja se acababa el reinado de Felipe *el Grande* (grandeza que era igual, según se dijo, a la de los pozos o las zanjas, tanto mayor cuanta más tierra les quitan) (1) y continuaba el ocaso del formidable Imperio español. Al año siguiente de llegado a México el virrey, moría un *ingenio de esta Corte*, dejando todos sus estados (con no poca merma) a *Carlos el Paciente* (cuyo prognatismo han inmortalizado doctos pinceles).

Empezó éste a reinar a los siete años no cumplidos, bajo la regencia de doña Mariana de Austria. En cuanto a Felipe IV, no inspiró a Sor Juana más que el siguiente medianejo

SONETO

¡Oh, cuán frágil se muestra el ser humano
en los últimos términos fatales,
donde sirven las armas orientales
de culto inútil, de resguardo vano!

Sólo a ti respetó el poder tirano,
¡oh gran Philipo!, pues con las señales
que ha mostrado que todos son mortales,
te ha acreditado a ti de Soberano.

---

(1) Grande sois, Filipo, a manera de hoyo.
Ved, esto que digo, en razón lo apoyo:
quien más quita al hoyo, más grande le hace.

QUEVEDO—*Memorial.*

Conoces ser de tierra fabricado
este cuerpo, y que está con mortal guerra
el bien del alma en él aprisionado.

Y así, subiendo al bien que el cielo encierra,
que en la tierra no cabes has probado,
pues aun tu cuerpo dejas porque es tierra.

Toda la vida de la poetisa pasó ya bajo el cetro del pobre rey Carlos II, de quien se han dicho tantas cosas poco gentiles... (1) y, frecuentemente invitada por personalidades a quienes no podía negarse, tuvo que cantarle, vaciando sobre su nombre la pedante, pomposa e inflada retórica de la época.

(1) No siempre, pues, cuando se aguardaba ansiosamente que la reina madre alumbrase, todo eran rosas para el esperado infante; y cuando nació, como no había aún posibilidad de catarle, entre otras lindezas, se dijo:

Carlos V se ha tenido
por sin segundo en el mundo,
mas no esté tan presumido,
porque con el que ha nacido
ya tendrá Carlos Segundo.

(Academias de don Melchor de Fonseca y Almeida, 1652.—Madrid, edición muy rara.)

Estos reyes en gestación han intrigado siempre a los españoles. Después de la ansiedad que despertó el nacimiento de Carlos II, vino algunos años más tarde la ansiedad producida por el supuesto embarazo de su

El gran siglo en que habían coruscado Cervantes (en sus postrimeros años), Lope, Calderón, Vélez de Guevara, Fray Gabriel Téllez, Salas Barbadillo, nuestro Alarcón y el inmenso autor del *Polifemo;* en que había pintado Velázquez, en que había pensado y reído Quevedo, empezaba a agonizar en los últimos lastimosos siete lustros del reinado de Carlos II, en los cuales, según las memorias de la época, «nada se concluía ni ejecutaba; todo parecía sumergido en un letargo que añadía nuevos males a los que ya sufría el reino».

Si el único mérito de Sor Juana hubiese sido constituirse en sol poético de aquella época estéril, de fijo que no fuera mérito grande.

Dice un ilustre crítico:

«No parece gran elogio para Sor Juana declararla superior a todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para

---

mujer María Luisa de Orleans. Entonces surgió el pasquín aquél famoso:

Parid, bella flor de lis,
en aflicción tan extraña:
si parís, parís a España;
si no parís, a París.

La reina ni parió ni se fué; murió en España, y dió ocasión a Carlos II de abrir más tarde, para verla, el pudridero del Escorial, y de que así le compararan con Hamlet, única comparación halagadora que mereció el pobre.

las letras amenas, aunque no lo fuera tanto ni con mucho para otros ramos de nuestra cultura.»

Fueron aquellas postrimerías las del famoso padre Juan Everardo Nithard y del no menos famoso don Fernando Valenzuela, quien un día del año de gracia de 1690, debía llegar a México, procedente de Manila, con orden de residir en nuestra capital, donde murió de una coz que en el estómago le dió un caballo, después de la que el destino le había dado... en otra parte, arrojándolo del favor de la prosaica doña Mariana de Austria.

Apenas arribado el marqués de Mancera, hombre de no común ilustración, merced a sus lecturas y a sus viajes (había sido antes embajador en Alemania y en Venecia), llegó a sus oídos la naciente fama de Juana.

Los padres de ésta, conociendo «el riesgo que podía correr de desgraciada por discreta y, con desgracia no menor, de perseguida por hermosa, aseguraron ambos extremos de una vez, y la introdujeron en el palacio virreynal, donde entraba con título de muy querida de la señora Virreyna.» (Hay quien dice que el virrey, sabiendo su fama, la hizo conducir a Palacio.)

Allí, pronto cautivó todos los corazones, se granjeó todos los sufragios, encadenó las admiraciones todas. Para ello tenía dos arbitrios in-

vencibles: la bondad de su carácter, dulce y amable, y su sorprendente sabiduría y discreción.

En cuanto a lo primero, a saber: el encanto de su natural, ella misma hace, ingenuamente, el panegírico, en estas palabras relativas al amor que las monjas le profesaron después en el convento:

«Solía sucederme que, como entre otros beneficios debo a Dios un natural tan blando y tan afable, y las Religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía, conociendo esto y movida del grande amor que las tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya; así me solía ir los ratos que a unas y a otras nos sobraban, a consolarlas y recrearme en su conversación.» (Entre sus compañeras del claustro fué notorio *que nunca se la vió enojada, quejosa ni impaciente.)*

Y el padre Calleja afirma que los personajes que la visitaban «no acertaban a dejarla luego».

En cuanto a lo segundo, esto es, la sabiduría y discreción suyas que eran hechizo de las gentes, harto sabida es la anécdota que en España gustaba de referir a sus amigos el marqués de Mancera, en quien, mucho tiempo después de salido de México, duraba la admiración a Sor Juana.

Contaba él, pues (1), «que estando con no vulgar admiración de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan puntuales y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez y saber si era sabiduría tan admirable o infusa o adquirida, o artificio o natural (2), y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban Letras en la Universidad y ciudad de México. El número de todos llegaría a cuarenta, y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y no pocos de los que por alusivo gracejo llamamos *tertulios*, que sin haber cursado por destino las Facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer no en vano muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Sor Juana unos diez y seis años) de la no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres, que eran discretos; ni aun esquivaron descorteses la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado, al certamen de tan curiosa admiración, y atestigua el señor marqués que no cabe en humano

---

(1) Esta anécdota se la refirió dos veces el virrey al padre Calleja.

(2) Véanse los versos, probablemente autobiográficos, que reproduzco en el capítulo intitulado «El Teatro de Sor Juana».

juicio creer lo que vió, pues dice: *que a la manera que un galeón real* (traslado las palabras de su excelencia) *se defendería de las pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, la propusieron*».

¿Cuál fué la impresión de Juana después de tan señalado triunfo, capaz de inflar de contentamiento y suficiencia al más humilde varón de la cristiandad?

El padre Calleja tuvo la curiosidad de preguntárselo en una carta, a la que ella respondió: «que de tanto triunfo había quedado con la poca satisfacción de sí, que si en la maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica.»

Pero vengamos a su acuerdo de meterse monja, que ya es sazón de acompañarla hasta las puertas del claustro, después del breve camino que hemos hecho a través de su radiante, activa, inquieta y atormentada juventud (1). Ya ella nos cuenta sus repuguancias al estado religioso y las razones que a tomarle la impulsaron al fin.

---

(1) Esta juventud inquieta, fué, en el sentir de Pimentel, la época de más actividad en la vida de Sor Juana, la época en que brilló en el gran mundo, y «debe haber herido profundamente su imaginación el cambio que experimentó al separarse de una familia rígida y re-

A persuadirla contribuyó en grado eminente el padre Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús, que confesaba a los marqueses de Mancera y a quien todos por sabio y virtuoso veneraban. En él vació su conciencia Juana de Asbaje. Díjole sus dudas, sus temores, sus recelos. El la alentó, la consoló, la impulsó; y la niña, confortada ya, resolvió esconderse en el sosiego claustral.

Mi sabio amigo Luis González Obregón refiere, en su *México Viejo*, que Juana escogió primero el convento de San José de Carmelitas Descalzas, hoy Santa Teresa la Antigua; pero que la austeridad de la regla la hizo caer enferma, y por dictámen de los médicos abandonó el noviciado a los tres meses de haber entrado en él.

El mismo autor cita las líneas en que, en el libro de este convento, consta su toma de hábito y la fecha en que abandonó el monasterio, las cuales dicen: «Recibióse para Religiosa corista a Juana Inés de la Cruz, hija legítima de don Pedro de Asuaje y de Isabel Ramírez, su mujer; es natural desta Nueva España; dióla el ábito de bendición el P. Capellán D. Juan de la Vega.

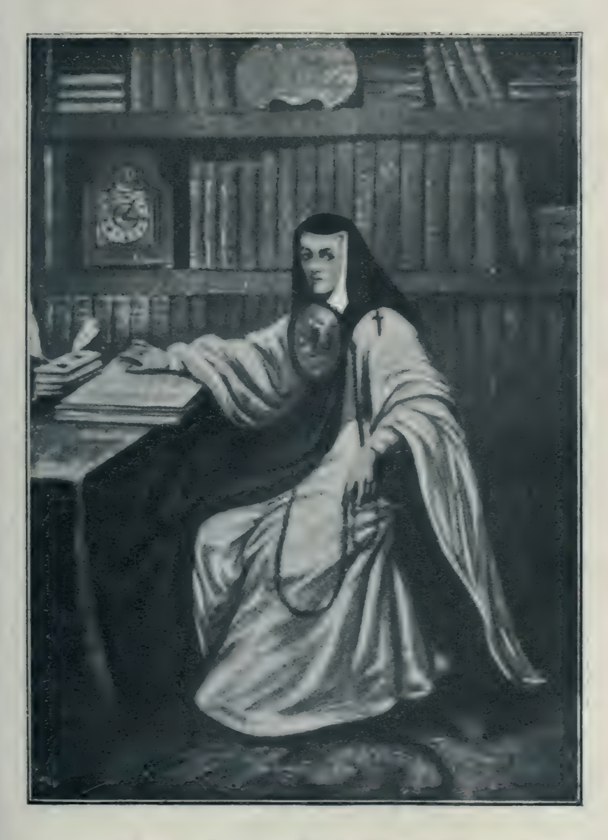
---

cogida para entrar a la corte de un magnate, cuya autoridad estaba entonces bien constituída; a una corte de estrecho círculo, es cierto, pero donde reinaban las costumbres galantes (y algunos añaden que algo licenciosas) del reinado de Felipe IV.»

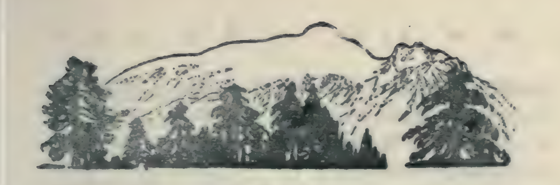
Domingo 14 de agosto del año de 1667, asistieron los señores marqueses de Mancera.»

«La dicha hermana no profesó, y en 18 de noviembre de 1667 años salió del convento.»





Sor Juana en su celda del Convento de San Jerónimo, de la ciudad de México.



II

CÓMO VIVIÓ EN EL CLAUSTRO

> No quiero más cuidados
> de bienes tan inciertos,
> sino tener el alma
> como que no la tengo...
>
> SOR JUANA.

Hay que recordar que la clausura en los conventos de México no era cosa extremada (1). Si las monjas no salían, el locutorio, en cambio, en determinados días y horas, se convertía en lu-

(1) «Hay que tener en cuenta, dice D. Antonio Sánchez Moguel en un sabroso artículo sobre la poetisa, que las comunidades religiosas en América disfrutaban siempre excepcionales anchuras, superiores o diversas de las que gozaban en la Península, en términos de causar verdadera extrañeza y asombro a los viajeros españoles, no sólo religiosos, sino seglares, como Ulloa y D. Jorge Juan.»

gar de conversación amena, donde a veces discutían con sutileza cosas teológicas, en las que toda gente de mediana instrucción estaba más o menos versada.

Sor Juana, al iniciar la famosísima *Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mayores*, de que tengo de hablar después por la capital influencia que ejerció en su vida, dice a la persona a quien se la dirige: «De las bachillerías de una conversación, nació en vuestra merced el deseo de ver por escrito algunos discursos que allí hice de repente», etc.

Estas «bachillerías» eran cosa corriente en los conventos, en muchos de los cuales, además, y entre ellos el de las Jerónimas, se enseñaba y doctrinaba a los párvulos.

Para que el apartamiento del primero de los *enemigos del alma* fuese aún menos sensible, las monjas de muchos conventos de la Nueva España (y en esto se llevó la palma el de Santa Clara), tenían crecido número de criadas. «En los conventos de México, de Querétaro y de la Habana, estas criadas llegaban a quinientas, no habiendo aún cien religiosas, pues alguna tenia *seis*, y se les permitía hasta a las novicias.»

De aquí nació, por cierto, curioso conflicto de que nos habla un distinguido historiador:

Cuando el prominístro provincial de la Orden de San Francisco, Fray Mateo de Herrera, quiso

poner término al abuso, se opusieron las monjas, y amparadas por sus parientes, recurrieron a la Real Audiencia, que proveyó, mandando al Comisario general no innovase la disposición en lo temporal, y que en lo espiritual y en la moderación del número de criadas ajustara a las religiosas a la regla y constituciones. El Comisario procedió; pero desde luego volvieron las monjas a la Audiencia, la cual despachó otra provisión en su favor, sin querer ver los autos de los procedimientos de dicho Comisario, ni las constituciones de la religión.

Llegó a oídos del virrey marqués de Mancera lo que pasaba, y él, para apaciguar a las partes beligerantes, favoreció los intentos del Comisario general, que dejó al convento de Quarétaro 110 criadas, concediendo a otro de México 46. Pero las monjas no quisieron obedecer, y por lo pronto ganaron el pleito.

Claro que estas criadas solían ser correveidiles, inocentes si se quiere, de las novicias, pero que constituían la desesperación de las prioras.

De las casas ricas a los conventos, y viceversa, iban y venian no interrumpidas series de regalitos, entre los cuales eran conspicuas *las frutas de horno,* aderezadas por las leves manos de las esposas del Señor; aquellos «suspiros de monja», aquellas rosquillas de almendra, aquellos pasteles y aquellos *ates* de que acabó de

privarnos (1) el ilustre y volteriano D. Sebastián Lerdo de Tejada.

Sor Juana regalaba por cierto a las virreynas con refinamientos de repostero, así como también con presentes muy diversos. Abundan los romances en que glosa tales envíos, como aquél:

«A la misma excelentísima Señora, enviándole un zapato bordado según estilo de México, y un recado de chocolate», y que empieza donosamente así:

«Tirar el guante, señora,
es señal de desafío;
con que tirar el zapato,
será muestra de rendido.»

¿Pues y «las pastillas de boca y unos guantes de olor que envía a un compadre?»

Los que hemos nacido después de la Reforma no podemos imaginarnos el sitio que ocupaba el convento en la vida de nuestros ultrapios abuelos (2).

---

(1) Porque otros empezaron.

(2) La piedad de aquella época era tan absorbente tan asustadiza, que porque en Madrid un pobre loco dijo en voz alta en San Felipe: «Alabada sea la Santísima Virgen, concebida con mancha de pecado original», los reyes (Felipe IV y su mujer) vistieron de luto ocho días y mandaron hacer procesiones generales alrededor de la iglesia, y no se representó durante el octavario, «ni hubo mujeres públicas». Diéronse muchas limosnas.

El torno giraba más que un trompo alrededor de su eje, no sólo para llevar y traer obsequios o dones, sino para el ir y venir de las súplicas:

«A la madre superiora, que tenga la caridad de ofrecer un rosario por una necesidad muy grande...»

Et sit de cœteris.

Las fiestas no eran raras. Testigos aquellos «Varios romances, bailes y tonos provinciales, de un festejo, asistiendo en el monasterio de San Jerónimo, de México, los excelentísimos señores Condes de Paredes».

Luis González Obregón, en sus sabrosas crónicas del *México Viejo*, nos cuenta del arzobispo y después virrey García Guerra, «que acostumbraba a visitar a las madres Inés de la Cruz (1)—no la confundamos con Sor Juana—y Mariana de la Encarnación, *pues gustaba de que le tocaran piezas de música*, en lo que las dos monjitas eran muy hábiles».

Todos los monasterios ayunaron con disciplinas y procesiones, descubriéndose el Santísimo Sacramento, y los días primeros se cubrieron de luto los altares, «porque fué el caso digno de perpetuas lágrimas».

(1) Esta madre Inés de la Cruz fué una monja natural de Toledo, muy santa, que vivió y murió en el convento de Jesús María, y de la cual nos cuenta cosas admirables D. Carlos de Sigüenza y Góngora en el libro III de su historia de ese convento, intitulada *Paraíso Occidental*.

Los conventos traen de abolengo el ser afables y hospitalarios. *In illo tempore*, ofrecían frecuente abrigo a personas significadas. En España la mayor parte de ellos tenía anexas habitaciones vastas, a veces palacios enteros, capaces de aposentar a numerosos príncipes. Recordemos, por ejemplo, las Descalzas Reales de Madrid, fundadas por la princesa Doña Juana, hija del emperador Carlos V, y que fueron consideradas siempre como dependencia palatina. Las monjas, no sólo alojaban reyes y principes, sino que ofrecían ricos refrigerios, con largueza, a sus invitados. En la *Relación de la plausible aclamación y levantamiento del pendón por el rey nuestro Señor Don Luis* (1724), que cita Sepúlveda, se dice que «las señoras monjas Descalzas hicieron poner en el claustro adornadas mesas y riquísimos aparadores con flecaduras doradas, y encima abundancia de hipocrás (1) y otras bebidas, en primorosas invenciones de helados y bien formados ramilletes de dilicadísimos gustos, y extraños dulces, para todos cuantos de los caballeros que concurrieron a esta función quisieran, en lo primoroso del gusto, dejar satisfecho el apetito ansioso de lo sediento».

Hasta llegó a bailarse allí, en ocasión en que

(1) Que era algo como nuestra sangría.

la emperatriz y la infanta monja Doña Margarita ofrecieron alojamiento a los reyes en una casa contigua al convento, hoy Monte de Piedad.

«Estuvieron los reyes—dice el cronista citado—tres días con la emperatriz, la cual puso, al despedirse, en el dedo de la reina, una sortija con un diamante de 1.000 ducados, para que *se sirviese de acordarse de ella.* La villa encendió luminarias en todas las calles, y las monjas obsequiaron la primera noche a la Corte con una comedia a lo divino, que agradó mucho.

»El rey (1), que había alcanzado la perfección en el baile, según declara Juan de Esquivel en su *Arte del Danzado*, dizque danzó con la reina, *alta y baja y gallarda.* Para que se entienda bien, era *alta* aquella danza con que se sacaba a las damas; llamábase así porque se bailaba por lo *alto. Baja* era la misma danza ejecutada por lo *bajo;* y *gallarda* una especie de *pavana*, aunque más grave y mesurada, que se bailaba con sombrero en mano, a diferencia de otros bailes en que era costumbre que se cubriera el danzante, después del paso llamado *reverencia.* De todo se danzó un poco en el baile de la Corte de las Descalzas, con aplauso de las personas reales y de las monjas clarisas, que, por el hecho de ser hasta cierto límite palatinas, no juzgaron

---

(1) Felipe III, diestro bailarín.

pecaminosa su tertulia bailable, congregada en el convento en obsequio de las reales personas.»

Felices tiempos en que aún no andaba por las Españas la mojigatería, importada después del ñorte, y que es de abolengo protestante. De mí sé decir que en mis frecuentes visitas a las Descalzas, donde flota el perfume de tan noble pasado, y donde he tenido la dicha de contemplar la más bella colección de tapices de Rubens que conozco, evoco siempre con emoción cortesana aquel sarao en que bailó el *el rey piadoso.*

Mutatis mutandis, es decir, quitando el baile, que tan mal trató San Jerónimo al escribir aquello de *omnia peccata chorissant in chorea*, y cambiando al rey por el virrey, tendremos idea de lo que eran en la Nueva España las fiestas conventuales, en las que más de una vez colaboró Sor Juana con sus versos.

Hoy por hoy, en algunos conventos de la Real Villa aún podemos ver esos locutorios llenos de damas aristocráticas, que no discuten ya con las monjas sobre cuál sea *la mayor fineza de Cristo*, ni beben hipocrás ni oyen música, pero que se pasan las horas charla que te charla de *omni re scibili.*

⊞

Cuando Juana Inés de Asbaje entró al claustro

por primera vez, el 14 de Agosto de 1667, asistieron a la toma de hábito los marqueses de Mancera, sus protectores.

Tres meses y cuatro días después, salía del convento de Santa Teresa la antigua, por haber enfermado, y no volvía a alejarse del siglo, ya de modo definitivo, sino quince meses más tarde, para profesar en San Jerónimo, recibiendo el velo de mano del canónigo don Antonio de Cárdenas y Salazar. Gobernaba entonces la iglesia Fray Payo de Rivera, que a poco fué virrey. Dotó a la doncella don Pedro Velázquez de la Cadena (1), hombre rico y de familia distinguida, y su confesor, el padre Antonio Núñez de Miranda, corrió con los gastos de la fiesta de ese día, «y se mostraba tan alegre y satisfecho de aquella profesión, que él mismo preparó desde la víspera las luminarias e invitó a lo más granado de los cabildos eclesiástico y secular, a las sagradas religiones y a la nobleza de México». (Luis González Obregón.)

Cuatro años llevaba Sor Juana en el claustro cuando dejó el Gobierno su gran amigo el marqués de Mancera (2). Durante su mandato se registraron en la Metrópoli de la Nueva España sucesos memorables; entre otros, el acabamien-

(1) Sor Juana le estuvo siempre muy agradecida.

(2) Quien vino a España a mezclarse en la turbulenta política de la época.

to de la obra interior de nuestra gran catedral, el cual fué a principios de Diciembre de 1667. El 22 del mismo mes se hizo la segunda dedicación del templo, en el que se habían gastado hasta entonces un millón setecientos cincuenta y dos mil pesos. Los historiadores, ponderando las riquezas contenidas en esta iglesia máxima de México, nos hablan de cierta imagen de la Ascensión, que era toda de oro (pesaba 139 marcos), y de otra de la Concepción, que pesaba 138 y que fué costeada por los plateros. Nos hablan asimismo del bello crucifijo de madera remitido por Carlos V, y de una opulentísima custodia, obsequio de Pío V.

La obra de la catedral duró noventa y cinco años. La última bóveda fué cerrada en 1667.

Nuevecita estaba y lucía la magna basílica, cuando Sor Juana ideó y compuso el famoso «Neptuno alegórico, Océano de Colores», etc., o sea un arco triunfal dedicado a la entrada del conde de Paredes. Este arco fué erigido, según la misma Sor Juana, en «una de las puertas del Magnífico Templo, que mira a la parte occidental, en el costado derecho, por donde se sube a la plaza del Marqués.»

Al de Mancera se debió asimismo la festividad y el rezo propio en el día de la Aparición de la Virgen de Guadalupe, en la entonces ermita situada a una legua de México. La reina doña

Mariana de Austria lo pidió, a solicitud del marqués, al papa Clemente IX, por medio del embajador español en Roma.

Don Justo Sierra dice de este virrey: «fué un hombre superior. Trató de volver a todo su pristino vigor las disposiciones relativas a la completa libertad de los indígenas. Se opuso al ilimitado aumento de la trata de los negros. Concluyó el interior de la catedral de México y fué protector de los autores.»

La chismografía piadosa, en cambio de estas grandes cosas, le reprochaba... que asistía muy tarde a los oficios divinos, con lo que se disgustaban los padres oficiantes y predicadores, y el público se iba de la iglesia cansado de esperar.

Tuvo este hombre ilustre—tuvieron Sor Juana y él, mejor dicho—la inmensa pena de perder a doña Leonor Carreto, la nobilísima amiga a quien debió la poetisa tantas bondades, a cuya sombra floreció su maravillosa adolescencia. El cadáver de la virreyna fué sepultado en Tepeaca (donde murió la hermosa dama), después de habérsele hecho muy solemnes honras fúnebres en la iglesia de los franciscanos.

La ternura maternal que doña Leonor profesó a Sor Juana fué correspondida por ésta con el ímpetu apasionado con que sabía devolver su corazón cariño purísimo a cuantos la querían.

(Yo amo a los que me aman, pudo decir con el Evangelio.)

Entiendo que, al vencer la terrible enfermedad que la obligó a salir de Santa Teresa la Antigua—su primer refugio místico,—fué cuando compuso el curioso soneto aquél en endecasílabos agudos, que encierra un pensamiento tan afectuosamente sumiso y delicado para la marquesa de Mancera, la Laura bien amada:

En la vida que siempre tuya fué
Laura divina, y siempre lo será,
la parca fiera, que en seguirme da,
quiso asentar por triunfo el mortal pie.

Yo de su atrevimiento me admiré,
que si debajo de tu imperio está,
tener poder no puede en ella ya,
pues del suyo contigo me libré.

Para cortar el hilo que no hiló,
la tijera mortal abierta vi:
¡Ay! parca fiera, dije entonces yo,

mira que sólo Laura manda aquí:
ella, corrida, al punto se apartó
y dejóme morir sólo por ti.

Cuando murió la marquesa, el dolor de Sor Juana fué hondísimo. Pero ¡ay! que un poeta no podía sufrir sin retórica, sobre todo en aquella época de exaltación verbal.

El tropo era en ellos *medular*, si he de usar la expresiva palabra que con tanta atingencia usa siempre nuestro Federico Gamboa. Así, pues, las lágrimas hubieron de cristalizarse en dos sonetos, de los cuales escojo el siguiente:

De la beldad de Laura enamorados,
los cielos la robaron a su altura,
porque no era decente a su luz pura
ilustrar estos valles desdichados.

O porque los mortales, engañados
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura,
no se juzgasen bienaventurados.

Nació donde el Oriente el rojo velo
corre, al nacer el astro rubicundo,
y murió donde con ardiente anhelo

da sepulcro a su luz el mar profundo;
que fué preciso a su divino vuelo
que diere como Sol la vuelta al mundo.

La misma mediocridad de este soneto es quizá indicio de la hondura de la pena, pues sabemos que los grandes dolores no suelen ser elocuentes y que, por una aparente pero bella con-

tradicción, cuanto más grandes más se esconden en la vastedad misteriosa del ánima (1).

El marqués de Mancera no olvidó nunca a Sor Juana, y fué uno de sus más entusiastas y cálidos voceros.

Gustaba de hablar frecuentemente de ella, y lo hacía siempre con afecto. La sobrevivió varios años, y en el turbulento ocaso del reinado de Carlos II, convencido quizá de la densa sombra que la decadente casa de Austria proyectaba sobre el Reino, se afilió al partido francés (que puso sobre el trono a Felipe de Anjou), figurando a la cabeza de él con el cardenal Portocarre-

---

(1) Menos retórico que el anterior es este soneto a la misma que aparece en otro lugar:

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean,
los ojos a quien privas de que vean,
la hermosa luz que un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta, en que influíste
ecos que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase a compasión la misma muerte,
que, precisa, no pudo perdonarte;
y lamente el amor tu amarga suerte;

pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener ojos para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte.

ro, el inquisidor Rocaberti y el padre Froilán Díaz.

Al marqués de Mancera sustituyó en el virreynato el duque de Veraguas, que pasó «como la verdura de las eras».

Su salud mostrábase de tal suerte precaria, que vivo aún, tenía ya sustituto.

En efecto, la Regente de España doña Mariana de Austria, antes de que muriese había nombrado para sustituirle al citado décimooctavo arzobispo de México, don Fray Payo de Rivera Enríquez, enviando el pliego correspondiente a la Inquisición. (Este pliego llamábase «de mortaja», y fué el primero usado en México).

El duque de Veraguas murió a los *seis días* de haber tomado posesión del gobierno. (Cinco días dicen algunos historiadores.)

Sor Juana le dedicó tres sonetos (uno por cada dos días de vida en el poder, como si dijéramos...)

El mejor es el siguiente (los tres valen en realidad, y sólo mi recelo—muy relativo—de alargar estas notas hasta lo desmesurado, enseñorea en mí el ímpetu de transcribirlos todos):

¿Ves, caminante? En esta triste pira
la potencla de Jove está postrada;
aquí Marte rindió la fuerte espada,
aquí Apolo rompió la dulce lira.

Aquí Minerva triste se retira,
y la luz de los astros eclipsada,
todo está en la ceniza venerada
del excelso Colón (1) que aquí se mira.

Tanto pudo la fama encarecerlo
y tanto las noticias sublimarlo,
que sin haber llegado a conocerlo,

llegó con tanto extremo el Reino a amarlo,
que muchos ojos no pudieron verlo,
mas ningunos pudieron no llorarlo.»

Mi buen licenciado Tomé de Burguillos: te aseguro que los tres sonetos—como otros muchos de esta docta virgen—podrían figurar en tu librito aquél de Rimas, después de la Gatomaquia.

Sor Juana *soneteaba* con una técnica que no desdeñara Heredia, así como Góngora no desdeñara sus romances... ¡Y todo para que la honorable medianía de D. Juan Nicasio Gallego (Nicasi-o... portuno en esto) dijese «que sus obras, atestadas de extravagancias, yacían en el polvo de las bibliotecas desde la restauración del buen gusto»!

Tamaña injusticia, tan apasionado decir, no han impedido que Sor Juana crezca, no obstante que se aleja de nosotros en las perspectivas de

(1) Todo el mundo sabe que los duques de Veragua son descendientes de Colón.

la Historia. Lo que no acontece porcierto a otras, a la Avellaneda, por ejemplo; la cual, a pesar de Quintana y de su panegirista el zamorano autor de la «Elegía al Dos de Mayo», se nos despinta ya un poco de la memoria, sin que nos sirvan de arbitrios mnemotécnicos, ni su hermoso «amor y orgullo», ni su «Guatimozín», ni el chiste aquél de Manuel Acuña:

Por allí anda la ilustre Avellaneda
—que en paz duerma en su lecho de coronas,—
que sin mirar que tú (1), rueda que rueda,
maldito el caso que del tiempo hacías,
ella, al son de sus mágicos bordones,
te delataba a ese ladrón nefando
que tantas horas de placer nos roba,
sin mirar que su esposo, despertando,
la llamaba con tono no muy blando,
despues de registrar toda la alcoba...

A Veraguas sucedió, pues, Fray Payo Enríquez de Rivera, arzobispo de México.

Este varón eminente, si no fuese por sus virtudes privadas y públicas que todos reconocen, nos sería simpático por su famosa respuesta aquélla de que habla la sabida anécdota:

La insigne poetisa tenía una priora de poco saber; y como se ofende tanto el entendimiento de la ignorancia, oprimida en una ocasión, la dijo:

(1) La luna.

—Calle, Madre, que es una tonta.

Agravióse sumamente la priora, y escribió un papel en forma de querella contra su súbdita, que remitió al arzobispo D. Fray Payo de Rivera (1) varón tan sabio, que puso como decreto al margen del billete:

«Pruebe la Madre superiora lo contrario, y se administrará justicia.»

Pero vengamos al meollo del capítulo: ¿cómo vivió Sor Juana en el claustro? Las siguientes líneas de su primer biógrafo pudieran resumirlo:

«Veintisiete años vivió en la religión, sin los retiros a que empeña el estruendoso y buen nombre de extática; mas con el cumplimiento substancial a que obliga el estado de religiosa, en cuya observancia común guardaba la madre Juana Inés su puesto, como la que mejor; su más íntimo y familiar comercio eran los libros, en que también lograba el tiempo; pero a los del coro, en que ganaba eternidad, todos cedían.»

(1) Fray Payo Enríquez de Rivera fué siempre estimador y amigo de Sor Juana. Varias veces ella le escribió versos; y hay, sobre todo, cierto romance en que «pide con discreta piedad al señor Arzobispo de México el sacramento de la confirmación» y que empieza:

Ilustrísimo don Payo,
amado Prelado mío,
(y advertid, señor, que es de
posesión el genitivo.)

Es decir, que no era Sor Juana por aquel entonces una santa, si hemos de glosar las anteriores palabras (aunque se añade a renglón seguido que «la caridad era su virtud reina» (1), y ya Ripalda se pregunta: ¿quién es ante Dios el mayor y más santo? Y se responde: «El que tenga mayor caridad, sea quien fuere.») Mas si no era una santa todavía (porque lo fué dentro del piadoso sentir de sus coetáneos en los postreros años de su vida, de los cuales haremos capítulo aparte), sí cumplía fielmente con la regla. Y Dios sabe si le costaba trabajo, atendido el gran número de gentes de todas las clases sociales que iba a verla; los muchísimos autores que le llevaban o le enviaban sus libros; que le dedicaban poesías a las cuales pretendían que respondiera; que le pedían consejos; las inoportunidades de sus hermanas en religión, que gustaban de charlar con ella; el ruido que metían las sirvientas, etc.

(1) «Si no es para guisarlas la comida o disponerlas los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera. De muchos regalos continuos y preseas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después personas en la ciudad necesitadas», dice la biografía manuscrita de Sor Juana que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que después, con ligeras variantes, se publicó en el tercer tomo de sus obras. Tal biografía o *Vida de Sor Juana*, aparecerá íntegra en el apéndice de este libro.

»Su celda en el convento de San Jerónimo fué una especie de Academia llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos.

»Vivió siempre en medio de la vida literaria, en comunicación epistolar con doctores y poetas de la Península, de los más enfáticos y pedantes, y en trato diario con los de México, que todavía exageraban las aberraciones de sus modelos» (Menéndez Pelayo).

»En las visitas de la Red (padre Calleja), había menester gastar más paciencia, porque (gastaba) más tiempo, ya que los personajes que frecuentaban su conversación no acertaban a dejarla luego, ni les podía perder el respeto con excusarse. Sólo para responder a las cartas que, en verso y en prosa, de las dos Españas recibía, aun dictados al oído los pensamientos, tuviera el amanuense más despejado bien en qué trabajar. No se rendían a tanto peso los hombros de esta robustísima alma: siempre estudiaba y siempre componía uno y otro tan bien como si fuese despacio.»

«... Y más felices—dice el padre Castorena y Ursúa—los que merecimos ser sus oyentes: Ya silogizando consecuencias, argüía escolásticamente en las más difíciles disputas; ya sobre diversos sermones, adelantando con mayor delicadeza los discursos; ya componiendo versos de repente en distintos idiomas y metros, nos admiraba a todos.»

Con respecto a los empleos que desempeñó en el convento, una inscripción que se lee en uno de los retratos de Sor Juana, perteneciente a las monjas de su Orden, inscripción que copió D. J. M. de Agreda y Sánchez y que reproduce Luis González Obregón (1), nos entera de que ejercitó «el empleo de contadora de este nuestro convento, tiempo de nueve años, desempeñándolo con varias heroicas operaciones, y las de su gobierno en su archivo». Sabemos, además, que en dos ocasiones sus compañeras la eligieron por unanimidad para abadesa, negándose ella a admitir este cargo.

Tales fueron, pues, los veinticinco primeros años de los veintisiete vividos «en el mar pacífico del Convento de San Jerónimo, en que, para ser Peregrina (2), se encerró a crecer esta perla.»

«Siempre estudiaba y siempre componía...» Siempre estudió y siempre compuso, aun en aquellos años últimos que fueron de ascetismo.

Por lo demás, ella misma va a decirnos su vida de estudio, pues se nos ocurre la idea,

---

(1) La misma mención se hace en un retrato que existe en el Museo provincial de Toledo y que aparece en este libro.

(2) Se hace alusión a la bellísima perla de la corona de España llamada «La Peregrina», que con predilección usaba en el sombrero Felipe IV.

poco vulgar, de interrogar a su divina sombra.

Una *interview* con Sor Juana, sí; pero en la cual, al revés de lo que pasa en las entrevistas periodísticas de ahora, no la haremos pronunciar una sola palabra que no haya dicho, ni mudaremos una tilde a sus respuestas.

¿Lo dudáis? Pues seguid leyendo.





III

UNA CONVERSACIÓN CON SOR JUANA

¡Válgame Dios!, que el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera.

SOR JUANA.

YO.—¿Habéis amado mucho las letras desde pequeña, venerable madre Sor Juana Inés?

SOR JUANA.—Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas), ni propias reflejas (que he hecho no pocas), han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué.

Yo.—Buscasteis, sin duda, el sosiego del claustro para salvaros, mas también para estudiar tranquila. ¿Qué pensasteis al tomar estado?

Sor Juana.—Pensé que huía de mí misma; pero, ¡miserable de mí!, trájeme a mí conmigo, y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dió el Cielo; pues, de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, reventaba como pólvora, y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus*.

Yo.—Volvisteis, pues, a estudiar con ahinco.

Sor Juana.—Volví (mal dije, pues nunca cesé), proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestros que los mismos libros. ¡Y ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz y explicación del maestro!

Yo.—Arida tarea, en efecto.

Sor Juana.—Pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. Si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, ¡cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta



SOR JUANA

De un retrato que existe en el Museo provincial de Toledo.
En este retrato, como en otros de la poetisa, se lee, en el pequeño rectángulo que hay sobre su mano derecha, el soneto aquél famoso a la esperanza, que empieza así: «Verde embeleso de la vida humana».
Mi amigo Jorge Carmona, en reciente viaje a Toledo, pudo descifrar la firma del pintor: «Andreus ab Islas pinx. Mexici a^{s} 1772.»

vida se puede alcanzar por medios naturales de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija. Esto me proponía yo de mí misma y me parecía razón, si no es que era (y eso es lo más cierto) lisonjas y aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndola como obligatorio su propio gusto.

Yo.—¿Seguisteis en el estudio algún método ideado por vos misma?

Sor Juana.—Estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual el haber estudiado en unas más que en otras no ha sido en mi elección, sino que el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia. Y como no tenía interés que me moviese ni límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio de una cosa por la necesidad de los grados, casi a un tiempo estudiaba diversas cosas, o dejaba unas por otras...

Yo.—Mas ¿no era, por ventura, desordenada tal multiplicidad de materias?

Sor Juana.—En eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión, y en éstas descansaba de las otras; de donde se sigue que he estudiado muchas cosas y nada sé,

porque las unas han embarazado a las otras. Es verdad que esto digo de la parte práctica, en las que la tienen; porque claro está que, mientras se mueve la pluma, descansa el compás, y mientras se toca el arpa sosiega el órgano, *et sic de cæteris;* porque como es menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca le puede tener perfecto quien se reparte en varios ejercicios.

Yo.—Mas ¿sucede acaso lo mismo en lo formal y especulativo?

Sor Juana.—En lo formal y especulativo sucede lo contrario, y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no sólo no estorban, pero se ayudan, dando luz y abriendo camino las unas cosas para las otras, por variaciones y ocultos engarces que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor; de manera que parece se correspecífonden y están unidas con admirable trabazón y concierto. Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas, eslabonadas unas con otras.

Yo.—Así, pues, un libro acaso explica, sin intentarlo, la obscuridad de otro...

Sor Juana.—Yo de mí sé decir que lo que no entiendo en un autor de una facultad, lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes.

FIEL COPIA

DE LA M. JUANA INES DE LA CRUZ: Muger admirable por las Ciencias,
Facultades, y Artes, y varios Idiomas que posseyó perfectamente: Celebre, y famosa en el Coro
de las mayores, y excelentes Poetas Latinos, y Castellanos de el Orbe, aquien, con razon, se le dió
el epitheto de MUSA DECIMA por su singular, y egregio Numen: Fenix de la America, glo-
rioso desempeño de su Sexo: honra dela Nacion de este Nuevo Mundo: y Argumento de las ad-
miraciones, y elogios del Antiguo: Nació alas on e de la Noche del dia doze de Noviembre
de el año de 1651. En vna Pieza llamada la Celda de la Hazienda de Labor nombrada S.
Miguel Nepantla, Jurisdicion de Chimalhuacan. Prov.ª de Chalco (distante 18 leguas de Mexico) Fueron sus Pa-
dres el Capit.n D. Pedro Asuaje y Bargas Machuca y D.ª Ysabel Ramirez vecinos dela citada Jurisdicion En
el siglo fue conocida por D.ª Juana Ramirez (por q̃ assi firmaba) Tomo el Havito de Religiosa en el Conv.to dl Eximio D.r de la
Iglesia S.n Geronimo de esta Ciud. de Mex.co ẽ 24. de Feb.o de 1668 a. los 17. de su edad haviendo antes florecido en su Virginidad
en el Rl Palac.o dl Exc.mos Señor.s Virreyes de esta Nueva-España, Marqueses de Mancera, sus Protectores.
Recibio el Velo de professa, gobernandola el Illmo. y Exmo. S.r D.n Fr. Payo Enriquez de Rivera Ar-
zobispo Virrey de ella, dia de S.n Mathias à 24. de Febrero de 1669. Exercitó con aclamacion continuas
demonstraciones de su gran Sabiduria, y el empleo de Contadora de su Conv.to por espacio de 9. años
desempeñandola con varias heroicas operaciones, y las de su gobierno en el Archivo. Escrivio elevadi-
ssimos Poemas Latinos, Castellanos, Mexicanos, y en otros Idiomas, como consta de sus Obras, recogidas en
3. Tomos q̃ corren impressos; bien q̃ no todas se lograron por su modesto descuido, (de q̃ es vna el Soneto q̃ hizo
à la Esperanza, y se copia arriba.) Murio con Religiosissimas exemplares demonstraciones de Catholica
y Religiosa, manifestando el Acierto mayor de su elevado Ingenio en saber morir: à las 4. de la mañana
del dia 17. de Abril de el año de 1695. haviendo vivido 44. años, 5. meses, 5. dias, y 5. horas

Leyenda del retrato de Sor Juana que existe en el Museo provincial de Toledo.

Yo.—Para un cerebro tan límpido como el vuestro, venerable madre Sor Juana, no es, pues, excusa el haber estudiado simultáneamente cosas tan varias; no sólo porque, como decís de ellas, se ayudan entre sí, mas porque el poder de vuestro ingenio bastaba de sobra a discernirlas y diferenciarlas.

Sor Juana.—(*Humilde.*) No es disculpa, ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan; sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad; lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo, no sólo en carecer de maestros, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible, y en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos...

Yo.—Estorbos decís. ¿Cuáles eran?

Sor Juana.—No sólo los de mis religiosas obligaciones (que éstas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo), sino de aquellas cosas accesorias de una Comunidad, como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar yo estudiando y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra

con muy buena voluntad (1), donde es preciso no sólo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio. Y esto es continuamente, porque como los ratos que destino a mi estudio son los que sobran de lo regular de la Comunidad, ellos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de la vida común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas; que como el amor es unión, no hay para él extremos distantes.

YO.—Os comprendo, madre, os comprendo.

SOR JUANA.—En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros, que no les ha costado afán el saber. ¡Dichosos ellos! A mí no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me ha costado grande... ¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación que todo lo haya vencido!

YO.—Sois, madre, incomparable en vuestra todopoderosa inclinación al estudio...

SOR JUANA.—Bendito sea Dios, que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio que fue-

(1) Esta familiar, ingenua y admirable pintura describe más que muchas reconstrucciones eruditas la vida de los conventos en aquella época, y la diaria vida de Sor Juana en San Jerónimo.

ra en mi casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado, o por mejor decir han naufragado mis pobres estudios, pues aún falta por referir lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí sólo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos, que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes?

Yo.—Así es, en efecto, madre mía...

Sor Juana.—Pues Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar; y los que más nocivos y sensibles para mí han sido no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido...

Yo.—¿Pues quiénes entonces, madre mía?

Sor Juana.—Los que, amándome y deseando mi bien (y por ventura mereciendo mucho con Dios por la buena intención), me han mortificado y atormentado más que los otros, con aquel: *no conviene a la santa ignorancia que deben este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura, con su mesma perspicacia y agudeza.*

Yo.—Dura prueba, en efecto, madre.

Sor Juana.—¿Qué me habrá costado resistir esto? Rara especie de martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo. Pues por la en mí dos veces infeliz habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado? o ¿cuáles no me han dejado de dar? Cierto... que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen, o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban; y así, le persiguen..

Yo.—Esto que decís, madre mía, recuérdame el harto sabido caso de Arístides. Y fué que, encontrándose en Atenas un labriego del Atica, quiso fallar, como ciudadano que era, sobre la suerte del grande hombre; pero como no supiera escribir, andaba buscando por la plaza quien le escribiese un nombre en la *ostra.*

Tropezó en esto con Arístides mismo, a quien no conocía, y díjole:

—Hacedme el favor de poner aquí un nombre.

—¿Cuál?—le preguntó Arístides.

—El de Arístides.

Exclamó entonces Arístides:

—¡Por Júpiter! ¿Conocéis a Arístides? ¿Qué mal os ha hecho?

Respondió el labriego:

—No le conozco ni me ha hecho mal ninguno; pero hace tiempo que me fastidia y cansa oir que le apelliden *el Justo.*

Arístides calló, y en la os tra escribió su propio nombre...

Sor Juana.—Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su República el que se señalaba en prendas y virtudes, porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz, aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Machiavelo: que es aborrecer al que se señala, porque desluce a otros. Así sucede y así sucedió siempre.

Yo.—Flaca, triste, pero justa idea tenéis de los hombres, madre mía.

Sor Juana.—Y si no, ¿cuál fué la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque, si miramos su presencia, ¿cuál pren da más amable que aquella divina hermosura?

Yo.—¡Oh, sí, aquella divina hermosura!

Sor Juana.—*(Animándose.)* ¿Cuál más poderosa para arrebatar los corazones?

Yo.—¡Ninguna, madre, ninguna!

Sor Juana. — Si cualquier belleza humana

tiene jurisdicción sobre los albedríos, y con blanda y apetecida violencía los sabe sujetar, ¿qué haría aquélla con tantas prerrogativas y dotes soberanas? ¿Qué haría? ¿Qué movería?

Yo.—Hiciera un reino espiritualmente suyo del mundo. Moviera el Universo.

Sor Juana. — *(Más exaltada en su celeste amor.)* ¿Y qué no haría y qué no movería aquella incomprensible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que, sobre incomparables perfecciones en lo humano, señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de sólo la conversación con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vista humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado?

Yo.—Inefable, madre mía, inefable.

Sor Juana.—Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia, que aquella suavidad y blandura derramando misericordias en todos sus movimientos? ¿Aquella profunda humildad y mansedumbre? ¿Aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría?

Yo.—Ninguna, ¡oh, mi reverenda madre!, ninguna.

Sor Juana.—Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen ena-

morados y elevados tras Él? Dice la Santa Madre y Madre mía Teresa, que después que vió la hermosura de Cristo quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres hizo tan contrario efecto?

Yo.—Madre, su espíritu era tosco y mezquino. Su sensibilidad, primitiva; su amor, vil...

Sor Juana. — *(Vivamente.)* Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, ¿siquiera como interesables no les movieran sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados?

Yo.—Ciertamente...

Sor Juana.—Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay, Dios, que por eso mismo no le amaban, por eso mismo le aborrecían! ¡Así lo testificaron ellos mismos! Júntanse en su concilio y dicen: *Quid facimus? Quia hic homo multa signa facit!* (1). ¡Ay! ¿Tal causa? Si dijeran: este es un malhechor, un transgresor de la ley, un alborotador, que con engaños alborota al pueblo, mintieran como mintieron cuando lo decían; pero eran

(1) ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchas cosas señaladas. Juan, cap. XI, pág. 47.

causales más congruentes a lo que solicitaban, que era quitarle la vida. Mas dar por causal que hace cosas señaladas, no parece de hombres doctos, cuales eran los fariseos.

Yo.— El apasionamiento de los pequeños, madre...

Sor Juana.—Pues así es; que, cuando se apasionan, los hombres doctos prorrumpen en semejantes inconsecuencias. En verdad que sólo por eso salió determinado que Cristo muriese. Hombres, si es que así se os puede llamar siendo tan brutos, ¿por qué esta tan cruel determinación? No responden más sino que *multa signa facit*. ¡Válgame Dios, que el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera! ¿Señalado? Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala.

Yo.—Madre, madre, ¡qué honda y acibarada elocuencia la vuestra! Mas continuad, si os place.

Sor Juana.—Suelen en la eminencia de los templos colocarse por adorno unas figuras de los vientos y de la fama, y por defenderlas de las aves las llenan todas de púas; defensa parece, y no es sino propiedad forzosa: no puede estar sin púas que la puncen quien está en lo alto. Allí está la ojeriza del aire, allí es el rigor de los elementos, allí despican la cólera los rayos, allí es el blanco de las piedras y flechas: ¡oh infeliz

altura, expuesta a tantos riesgos! ¡Oh signo, que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción!

Yo.—Mas ¿pensáis, por ventura, que toca el mismo martirio a todas las altezas?

Sor Juana.—Cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pasión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento: lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve; y el entendimiento no, pues mientras es mayor es más modesto y sufrido y se defiende menos.

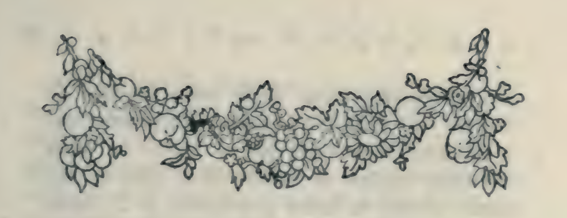
Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser. No por otra razón es el ángel más que el hombre que porque entiende más. No es otro el exceso que el hombre hace al bruto sino sólo entender. Y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más, porque es consecuencia del ser más. Sufrirá uno y confesará que otro es más noble que él, que es más rico, que es más hermoso; pero que es más entendido, apenas habrá quien lo confiese... Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda.

Yo.—Y esa ha sido también la causa de vuestro martirio, madre: el estar tan alta por el en-

tendimiento. Os han odiado, os han angustiado, os han combatido por eso.

SOR JUANA.—*(Humildemente.)* En todo lo dicho, no quiero, ni tal desatino cupiera en mí, decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras: no porque haya conseguido ni lo uno ni lo otro... Yo no estudio para escribir ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos...

YO.—Habéis de ser admirable en todo... hasta en creeros tan pequeña. Mas fuera vulgar cosa el elogiaros, y va siendo desacato el fatigaros con mis preguntas; así es que, con vuestra venia, os dejo, perfumada el alma por vuestras enseñanzas. Sólo me resta agradeceros muy hondo el que os hayáis dignado conversar conmigo... Como a dama y reina os besara la mano; mas, pues que vuestro estado os veda el alargarla hacia mis labios, castos para vos, os diré lo que un pobre enfermo afectuoso dijo a una santa hermana de la caridad: poneos entre la lámpara y el muro, hermana mía, a fin de que pueda yo besar humildemente vuestra sombra.



IV

¿PODEMOS LLAMAR GENIAL A SOR JUANA?

Era de mi patria toda
el objeto venerado,
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso.

(Sor Juana, *Los empeños de una casa.)*

PODEMOS llamar genial a Sor Juana Inés? Las opiniones, como en todo, son varias.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo afirma que su aparición fué «sobrenatural y milagrosa»; el padre Feijoo se siente inclinado a admirarla más por la universalidad de sus conocimientos de todas facultades, que por su talento poético; júzgala artificiosa y amanerada don Francisco Pimentel, quien la acusa de gongorismo; en cam-

bio, el discreto autor de la parte literaria de *México y su evolución* exclama: «Sorprende hasta producir el asombro que, en medio de tanta inanidad, surgiera de súbito, como torre en solitario campo, la figura portentosa de la divina monja, de la justamente apellidada Décima Musa, Sor Juana Inés de la Cruz.

»Esta mujer extraordinaria, maestra de sí misma (pues si maestros tuvo, de la egregia discípula aprendieron cómo el genio posee la virtud de supeditar a toda enseñanza); esta mujer prodigiosa es gloria y ornato literario, no sólo de un siglo, sino de todo el período colonial. Ciérnense sus talentos sobre todo el saber de su época y por entero lo dominan.

»No es sólo poetisa, y poetisa de espontánea inspiración y potentísimo vuelo, que las vibraciones de su lira de oro alternan con lucubraciones del dominio de la ciencia.

»Sabe de todo, escribe de todo y sobre todo deja marcado el sello de su innegable superioridad. Entiende de teología, entiende de filosofía, de música, de artes numéricas y hasta de política entiende; y es de ver con cuánta gallardía, galanura y novedad discurre su pluma en los asuntos que le place dilucidar. Conoce el latín y llega por él a la noción del arte que magistralmente cultivaran los poetas del paganismo y esos otros poetas: los Padres de la Iglesia.

»Cuanto por su hermosura, que era cautivadora, al decir de los de su tiempo y de los pintores que al lienzo la trasladaran, por su privilegiada inteligencia atraíase caricias y homenajes en la corte del virreino; mas halló pálido y ficticio aquel cortejo de lisonjas, mezquinas las pompas y grandezas de que se engreían los poderosos, estrechos a sus levantadas aspiraciones los horizontes del siglo, y fué a buscar el infinito, de que se sentía con sed inaliviada, en la estrechez de una celda, asilo bienhechor en que pudo encontrarse a solas con la inmensidad de su propia conciencia.

«Los extravíos de la poesía de su época no la contaminan (pues si se obscurece a las veces, añado yo, en tales o cuales composiciones inextricables, es sólo para brillar mejor después como el sol); su exquisito buen gusto no da hospedaje (si lo da, de cuando en cuando, con la venia de mi buen amigo Sánchez Mármol) a los colosales atrevimientos del tormentoso Góngora, que a tantos espíritus conturba y a tantos otros contagia; y dentro de su propio criterio, que parece adoctrinado en la escuela de los grandes maestros, produce una labor nada corta en verdad, y aplaudida y coronada de coetáneos; obtiene de los pósteros la continuación del culto, sólo al genio tributado.

»Poeta verdadero, posee la clave de los sen-

timientos del corazón humano, y acierta por ello a exteriorizarlos en su genuina y natural belleza; por eso mismo habrán de vivir sus obras en tanto viva la habla castellana.»

⊠

Con respecto a las imitaciones que de Góngora hizo Sor Juana, tenemos la obligación de ser indulgentes por tratarse de tan formidable modelo; porque, parece mentira que haya que recordarlo a los pacatos, ponderados y medrosos enemigos del de Argote: este fué un altísimo poeta (1), y como no era posible que, dada su

(1) No resisto a la tentación de copiar el siguiente gallardo soneto que le dedicó mi alabado amigo Enrique Díez-Canedo:

En tu jardín pacífico y secreto,
sabes juntar en bienoliente ramo
catorce rosas, ¡oh maestro y amo
del verbo noble y el pensar discreto!
Sagital ironía, bravo reto
y amoroso, ternísimo reclamo,
son tus finas espadas. Yo te amo
por la magia sutil de tu soneto.
Por su cadencia y majestad bravía
me parece bajel que a toda vela
rompe las olas cuando muere el día;
con la proa al ocaso recto vuela,
y atrás deja una vaga melodía
y un aroma de flores como estela.

INVNDACION CASTALIDA
DE
LA VNICA POETISA, MVSA DEZIMA,
SOROR JVANA INES
DE LA CRVZ, RELIGIOSA PROFESSA EN
el Monasterio de San Geronimo de la Imperial
Ciudad de Mexico.

QVE
EN VARIOS METROS, IDIOMAS, Y ESTILOS,
Fertiliza varios assumptos:
CON
ELEGANTES, SVTILES, CLAROS, INGENIOSOS
VTILES VERSOS:

PARA ENSEÑANZA, RECREO, Y ADMIRACION.

DEDICALOS

A LA EXCEL.MA SEÑORA. SEÑORA D. MARIA
Luisa Gonçaga Manrique de Lara, Condesa de Paredes,
Marquesa de la Laguna,

Y LOS SACA A LVZ
D. JVAN CAMACHO GAYNA, CAVALLERO DEL ORDEN
de Santiago, Mayordomo, y Cavallerizo que fue de su Excelencia,
Governador actual de la Ciudad del Puerto
de Santa MARIA.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID Por Juan Garcia Infanzon. Año de 1689.

Portada de la primera edición (muy rara) de las obras de Sor Juana,
hecha en Madrid.

ingente personalidad, se pareciera a los otros, diferencióse de ellos, escandalizando por de contado a los tímidos y alterando las digestiones de los prudentes.

¿No fué—no es—Fitzmaurice-Kelly quien echó más bien la culpa de los llamados extravíos de Góngora a algunos de sus imitadores?

He aquí, en todo caso, dos substanciosas citas que quizá modifiquen la opinión de los que creen que don Luis huele a azufre:

«Góngora ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estro poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito. Indudablemente *es el primero de los poetas españoles*. Ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en ingenio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado de la razón, tiene rasgos más sublimes y más brillante colorido poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados más por el nombre y el odio antiguos que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes *que honrarían a los poetas más famosos de cualquiera de los siglos, de cualquiera de las naciones.*»

Góngora, según Fitzmaurice-Kelly, «hizo infinito daño; sus procedimientos de inversión fueron aprendidos con demasiada facilidad por

hordas de imitadores que no reparaban más que en la forma, y sus audacias lingüísticas fueron reproducidas por hombres que no poseían ni la décima parte de su inspiración y de su habilidad». Casi lo mismo ha ocurrido con Paul Verlaine, que gustaba de citar un verso de Góngora a modo de lema, pensando que existía entre él y el poeta cordobés cierta afinidad literaria. «Es y ha sido siempre fácil señalar los graves defectos de Góngora, y, no obstante, aunque sea impopular confesarlo, siente uno cierta secreta simpatía por él en esta contienda. Lope de Vega y Cervantes son tan diferentes como pueden serlo dos personas; pero ambos convienen en descuidados métodos, en su indiferencia por la perfección de la forma. Su fatal facilidad los iguala a sus hermanos: frases triviales, aceptadas sin reflexión y repetidas sin embarazo, abundan en la mejor obra española y constituyen su eterno lunar. Tal vez no era sólo el amor a la notoriedad lo que impulsó a Góngora a seguir las huellas de Carrillo. Tenía él, como demuestran sus primeras obras, un método más sano que el de sus colegas y una conciencia artística más pura. Ningún rasgo descuidado se observa en sus composiciones juveniles, escritas sin estímulo y en medio de la obscuridad de su nombre. Justo es imaginar que su última ambición no fué enteramente egoísta, y que aspiró a reno-

var, o más bien, a ensanchar, la dicción poética de su país».

¿Que Sor Juana se dejó influir por un hombre de este calibre mental?

Pues hizo bien, ¡Dios de Dios!

Cuando uno se deja influir por alguien —y no hay poeta en el mundo que no traiga en su plumaje plumas ajenas—, debe procurar, por lo menos, que el influyente sea grande, tan grande cual éste, que contagió a colosos como Lope.

Sor Juana, en su espiritual codicia de alteza, hasta en imitar (en lo poquísimo que imitó) fué encumbrada, pues que buscó la semejanza con el máximo ingenio lírico de España, que *in illo tempore* era tanto como decir del mundo.

Y si no, veamos el celebradísimo *Sueño*, en el que ostensiblemente se afirma que siguió a Góngora. De él dice el discreto padre Juan Navarro Vélez: «Pero donde a mi parecer este ingenio grande se remontó, aun sobre sí mismo, es en el *Sueño*. Y creo que cualquiera que le leyere con atención lo juzgará así; porque el estilo es el más heroico y el más propio del asunto; las traslaciones y metáforas son muchas y son muy elegantes y muy propias; los conceptos son continuos y nada vulgares, sino siempre elevados y espiritosos; las alusiones son recónditas y no son confusas; las alegorías son misteriosas, con solidez y con verdad; las noticias son una polian-

tea de toda mejor erudición, y están insinuadas con discreción grande, sin pompa y sin afectación. En fin, es tal este *Sueño*, que ha menester ingenio bien despierto quien hubiere de descifrarle, y me parece no desproporcionado argumento de pluma docta el que con luz de unos comentarios se vea ilustrado, para que todos gocen los preciosísimos tesoros de que está rico» (1).

El *Sueño* está escrito en silva suelta, tasándose los consonantes a cierto número de versos, «como el que arbitró el príncipe numen de don Luis de Góngora en sus *Soledades*»; pero hay que advertir que el asunto que desarrolló nuestra monja es árido por demás (la Fisiología anda allí campando abundante), y sin embargo, emula al de Góngora en sus *Soledades*, donde todo ayuda a la poesía.

La síntesis del *Sueño* trazada por Sor Juana es ésta: «Siendo noche me dormí; soñé que de una vez quería comprehender todas las cosas de que el Universo se compone; no pude ni aun divisar por sus categóricas ni aun solo un individuo. Desengañada, amaneció y desperté». De esto sacó la poetisa un poema espléndido, en el cual, «si no tan sublime como Góngora, ninguno que

(1) Con comentarios se publicó por cierto el *Polifemo de Góngora*... sólo que a veces el comentador resulta más obscuro que el autor.

la entienda negará, —dice el padre Calleja,— que vuelan ambos por una esfera misma».

Y ahora, que siga arrojando sobre la jerónima eximia el guijarrillo de su escándalo tal o cual temerosa ave de corral del pensamiento, de esas incapaces de salvar las tapias de su gallinero y perennemente asustadas del vuelo temerario de los neblíes, los gerifaltes y los aguiluchos (1).

☙

El querido maestro don Justo Sierra, en su *Historia política de México*, al hablar de Sor Juana Inés de la Cruz, dice en cambio estas breves y acaso severas palabras:

«El más notable poeta de los tiempos coloniales, como Ruiz de Alarcón, fué el único gran dramaturgo. Nada genial, algo de ingenioso y sen-

(1) Hay un poquitín de cobardía en acusar con tanta saña a Sor Juana de gongorina, cuando *no* hubo *uno solo* de los inmensos poetas del tiempo de Felipe IV que no lo fuese. Los *claros* solían ser *cultos* y los *cultos* solían ser *claros*. Por lo demás, Góngora nunca se dejó hacer, y apabulló a epigramas a sus enemigos. Todos ellos se epigramatizaban de lo lindo. Testigo el famoso soneto de Azpitarte:

> Montalbán y Quevedo se tiraron;
> de Góngora, Quevedo dijo horrores,
> y así, entre ingenios y entre los mejores,
> ¡ira de Dios, qué sátiras pasaron!, etc.

timental hasta producir la emoción estética, en Juana Inés de la Cruz. El hombre de genio, acaso el único que la España mexicana haya producido, un verdadero creador, fructificó en España. Fué Juan Ruiz de Alarcón».

Para ser genial en su poesía (porque juzgada por su temperamento y por el conjunto de sus obras admirables sí lo es), le faltó quizá—añado yo—una sola cosa a Sor Juana, una pasión confesada y cantada: el amor. La paloma herida hubiera desgranado inmortales arrullos en vez de ese ingenioso discreteo retórico de todos los instantes... de esa inspiración frecuentemente geométrica y fría que sólo se encandilece para la amistad, salvo raras excepciones. ¿Mas era posible esta confesión y divulgación dentro de la rigidez y monotonía canónica de su estado, dentro de un círculo tan estrecho y ante la mirada asustadiza de las prioras? Otras hubo que, sintiéndose vulneradas de amor, tomaron como pretexto a Jesucristo para enderezarle todas las ternezas que no podían endilgar al amado. Sor Juana fué más sincera y no lo hizo.





V

SU MISTERIOSO Y CASTO AMOR

Cuando fuera amor te oía,
no merecí de ti palma;
y hoy, que estás dentro del alma,
es resistir valentía.
Córrase, pues, tu porfía
de los triunfos que te gano,
pues cuando ocupas, tirano,
el alma sin resistillo,
tienes vencido el castillo
e invencible al castellano.

SOR JUANA.

¿AMÓ alguna vez de amor? Dicen que sí, que cierto caballero, allá cuando tenía diez y siete años y era dama de honor de la marquesa de Mancera (1), se le adentró en el corazón, logrando inspirarle un gran afecto; añaden unos que este gentilhombre estaba muy alto para que Jua-

(1) Doña Leonor Carreto.

na, hidalga, pero pobre, pudiese ascender hasta él; otros, que se murió en flor cuando iba ya a posarse sobre sus manos unidas la bendición que ata para siempre. Juana de Asbaje, inconsolable, buscó alivio en el estudio y en el retiro. Cual otro duque de Gandía, pudo exclamar: «No más, no más servir a señor que se me pueda morir»; y con el espíritu quebrantado por la prueba, buscó a Dios y le encontró en una celda.

¿Es esto verdad?

Muchos biógrafos afirman que sí.

Luis González Obregón, en su amenísimo *México viejo*, que algunas veces he de citar en el curso de estas notas, escribe: «Empero no luce mucho en la vida mundanal. Causas misteriosas, *decepciones o amores imposibles*, sin duda los ruegos repetidos de su confesor, la obligan a encerrarse en un convento.»

El padre Calleja, explicando la determinación de la linda doncellica, dice por su parte las siguientes bellas palabras:

«Entre las lisonjas de esta no popular aura vivía esta discretísima mujer, cuando quiso que viesen todos el entendimiento que habían oído; porque conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración, que no hay abril que pase de un mes ni mañana que llegue a un día; que lo hermoso es un bien de tan ruin soberbia que si no se permite ajar

no se estima; que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón; que aun la mesura de la honestidad sirve de riesgo, porque hay ojos que en el hielo deslizan más; y, finalmente, que las flores más bellas, manoseadas son desperdicio, y culto divino en las macetas del altar, —desde esta edad tan floreciente (diez y siete años) se dedicó a servir a Dios en una clausura religiosa, *sin haber jamás amagado su pensamiento a dar oídos a las licencias del matrimonio, quizá persuadida en secreto la americana fénix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar paz en el mundo.*»

Cierto autor de unos versos a su muerte, que la conoció mucho literariamente, exclama en cambio:

> Jamás habéis leído con más gusto
> *amores que ella escribe sin amores;*
> amores que a lo honesto no dan susto (1).

Y Sor Juana, exponiendo en su admirable

(1) De la propia suerte piensa el ilustrísimo señor Montes de Oca, el cultísimo prelado autor de *Los Bucólicos Griegos*, quien en su oración fúnebre en las honras de los ingenios mexicanos que cultivaron las letras españolas, con sutil discurrir pretende probar que Sor Juana no amó nunca con amor profano: prueba imposible, ya que *ella misma*, en versos que cito, declara que amó.

respuesta a Sor Philotea de la Cruz las razones por las cuales se metió a monja, dice:

«Entréme religiosa porque, aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de seguridad—que deseaba—de mi salvación; a cuyo primer respeto, como al fin más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que desembarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que, alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino y tomé el estado que tan indignamente tengo.»

Y en otra parte, hablando de su «vehemente y poderosa inclinación a las letras», exclama: «Su Majestad... sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer, y aun hay quien diga que daña. Sabe también Su Majestad que, no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificarle

sólo a quien me le dió, y *que no otro motivo me entró en la religión*, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad.»

Por donde se ve que no por vocación (que en ella era toda para el estudio) y sí por nobilísima violencia sobre sí misma, fuese Sor Juana a un convento.

En tan gran discreción como la suya, reforzada con el pudor, ¿podía, por ventura, transpirarse con alusiones frecuentes la pura esencia del amor de sus diez y siete años? De fijo que no; pero este silencio no sería argumento para negar que el amor existiese... ¡Y luego la afirmativa resulta tan simpática a nuestra novelería! Amó, pues, Sor Juana y amó mucho.

Ella misma lo confiesa—aunque procurando apartar de sí violentamente el recuerdo—en su «Romance en que expresa los efectos del amor divino», en el cual refiere que dominó *con facilidad* su sentimiento; he aquí los versos alusivos:

Yo me acuerdo (¡oh, nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo,
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo.

Mas como era amor bastardo
y de contrarios compuesto,

fué fácil desvanecerle
de achaque de su ser mesmo.

Ya aparte de esta confesión, abundan los romances y las endechas en que hay calor tan grande, que se rebela uno a echarlo a cuenta del ripio y de la divagación poética.

Por lo demás, el hecho de que haya amado no puede ser menos extraño. La hermosura de la doncella, a juzgar por los retratos que poseemos (en estos momentos contemplo uno que me acompaña por todas partes), era notable. Su ciencia y discreción rivalizaban con su belleza. Gran números de caballeros de la época solicitaban su mano. La virreina, marquesa de Mancera, la amaba y protegía; ¿cómo dudar, por tanto, de que entre la turba de amartelados gentileshombres, ella, con todo el ímpetu de su fervorosa adolescencia, escogiese uno de por vida?

Pero, con elegancia suprema, supo guardarse muy adentro su dolor, que sólo se percibe como un eco lejano en tales o cuales estrofas; y el grito, la rebelión, el ímpetu angustioso que pudieron inspirarle versos geniales, escondiéronse quietos y mudos dentro de su hábito de monja.

Del amor no quedó más que el discreteo, el retruécano, la sutileza:

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;

constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato a quien me quiere ver triunfante.
Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo;
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero ser violento empleo,
que de quien no me quiere vil despojo.»

O bien:

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro.
Por quien no me apetece ingrato lloro,
y al que me llora tierno no apetezco.
A quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios enriquezco.
Si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí, ofendido,
y a padecer de todos modos vengo,
pues ambos atormentan mi sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo,
y aquéste en no tener lo que le pido.

Sin embargo... sin embargo. A veces la sutil esencia se escapa con mayor impulso del hermético vaso, y es amor, sí, amor, quien dicta estrofas como el siguiente «Soneto, en que satis-

face su recelo con la retórica del llanto», y que se halla en el segundo tomo de los publicados en Madrid, en el año de 1715:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.
Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vestía,
el corazón, deshecho, destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos:
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

Ciertamente, estos son los versos que llegan a la *emoción estética* de que habla el maestro Sierra.

Del amor de Sor Juana, no duda, por cierto, don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien le dedica una página de tal suerte interesante y bella, que no copiarla fuera ingratitud para con aquellos de nuestros lectores que por azar no la hayan «catado».

Dice así *el maestro de maestros*:

«Fué... mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos, y sin necesidad de dar asenso a ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y ser amada mientras vivió en el siglo.

»Es cierto que no hay más indicios que sus propios versos; pero éstos hablan con tal elocuencia y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida o torpemente burlada, tanto más penetrantes cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada y viciosa, que sólo quien no esté acostumbrado a distinguir el legítimo acento de la emoción lírica podrá creer que se escribieron por pasatiempos de sociedad o para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos, verdaderas recriminaciones. Nunca, y menos en una escuela de gusto tan crespo y enmarañado, han podido simularse los afectos que tan limpia y sencillamente se expresan en las siguientes estrofas (1):

Mas ¿cuándo ¡ay!, gloria mia,
mereceré gozar tu luz serena?

(1) D. Marcelino ha escogido las mejores; pero todas, en efecto, están impregnadas de un sentimiento amoroso y rezuman sinceridad. Intitúlanse: «Liras que expresan sentimientos de ausente», y hállanse en el segundo tomo de las obras de Sor Juana.

¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos secarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos delicada,
y el alma que te adora,
de inundación de goces anegada,
a recibirte con amante prisa
saldrá a los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos?
¿Y cuándo, yo dichosa,
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto?
¡Que tanto ha de pesar quien goza tanto!

....

Ven, pues, mi prenda amada,
que ya fallece mi cansada vida
de esta ausencia pesada;
ven, pues, que mientras tarda tu venida,
aunque me cueste su verdor enojos,
regaré mi esperanza con mis ojos.

No era, no, vano ensueño de la mente, ni menos alegoría o sombra de otro más alto que sólo más tarde invadió el alma de la poetisa, aquella *sombra de su bien esquivo*, a la cual quería detener con tan tiernas quejas:

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía,
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

«Los versos de amor profano de Sor Juana, —concluye Menéndez y Pelayo, —son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer.»

Y yo repito lo que indiqué antes. Si Sor Juana hubiese podido dar rienda suelta a sus sentimientos amorosos, hubiera sido genial en sus versos, como lo fué en su temperamento, en el cúmulo de sus noticias, en su extraordinaria respuesta a Sor Philotea, cuyo único defecto es el exceso de erudición; como lo fué por la alteza de su espíritu, y sobre todo, según lo hace notar el crítico ya citado, por el ejemplo, único en la época, que dió al mundo de una curiosidad científica «universal, avasalladora, que desde sus primeros años la dominó y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos puso delante la preocupación o la costumbre, sin que fuesen parte a entibiarla ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas, ni cilicios, después que entró en religión, ni el tumulto de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la

nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de sí en la corte virreinal de México, ni el amor humano, que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria (1), ni el amor divino, único que finalmente bastó a llenar la inmensa capacidad de su alma.» Curiosidad científica, en fin, que es algo «tan anormal y único, que a no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desconocida de sus panegiristas».

---

(1) Entre los que no creen en el amor de Sor Juana, se encuentra don Francisco Pimentel, quien dice: «Sólo una explicación de esta especie (la que da el padre Calleja de su vocación) puede admitirse para conciliar la entrada en el claustro de nuestra poetisa con los sentimientos amorosos que se encuentran en algunas de sus poesías, contraste que ha hecho apuntar suposiciones infundadas a algunos biógrafos, suposiciones que reducen a Sor Juana a proporciones vulgares, a heroína de novela erótica.





VI

SOR JUANA Y LA CONDESA DE PAREDES

... Pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un alma que es tan tuya.

(Sor Juana, a la condesa de Paredes.)

ONCE años llevaba Sor Juana de profesa en San Jerónimo, cuando llegó a México el vigésimooctavo virrey de la Nueva España, excelentísimo señor don Antonio Lorenzo Manuel de la Cerda, Manrique de Lara, Enríquez, Afán de Ribera, Portocarrero y Cárdenas, conde de Paredes, marqués de la Laguna, de la Orden y Caballería de Alcántara, Comendador de la Mora-

leja, del Concejo y Cámara de Indias y Junta de Guerra, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, y presidente de la Real Audiencia que en ella reside, etc., cuya mujer estaba destinada a una grande y purísima amistad con nuestra monja.

Este virrey era nada menos que hermano del primer duque de las Españas: el de Medina Cœli, y descendía o pretendía descender, por tanto, del infante Don Fernando de la Cerda, hijo de Don Alfonso el Sabio y de la reina Doña Violante, cuyo apellido tuvo origen «en la prodigiosa señal de la Cerda, poniéndole Dios aquella señal, como marcándole con ella por señor de toda la Caballería».

Sea esto dicho de paso para gentes de España que pretenden que los virreyes que iban a México no solían ser de la primera nobleza (1).

De la condesa de Paredes se cuenta que era bella por todo extremo, y si no se contase, allí estarían los versos de Sor Juana, que aun descartados y disminuídos de lo cortesano y afectuoso, resultan el más cálido elogio de Lysi.

Pudo ésta por cierto gloriarse de la predilección de alma tan excelsa, que, «*o por el agradecimiento de favorecida y celebrada, o por el conocimiento que tenía de las relevantes prendas*

(1) Los hubo Grandes de España, como el 22.º Virrey, duque de Alburquerque.

que a la Señora Virreina dió el Cielo, o por aquel secreto influjo (hasta hoy nadie lo ha podido apurar) de los humores o los astros que se llama simpatía, o todo junto, causó en la poetisa un amar a su excelencia con ardor tan puro, como en el contexto de todo el libro irá viendo el lector.»

Este culto nítido, apasionado y dignamente humilde, no se desmentirá, en efecto, en la obra entera de «Julia» (1).

Pídele la marquesa que le envíe los manuscritos que posea de sus versos, los cuales «pudo recoger Sor Juana de muchas manos en que estaban no menos divididos que escondidos, como tesoro, con otros que no cupo en el tiempo buscarlos ni copiarlos», y la poetisa se los envía con este conceptuoso y celebrado soneto:

El hijo que la esclava ha concebido,
dice el derecho que le pertenece
al legítimo dueño que obedece
la esclava madre de quien ha nacido.
El que retorna al campo agradecido
opimo fruto, que obediente ofrece,
es del Señor, pues si fecundo crece,
se lo debe al cultivo recibido.
Así, Lysi divina, estos borrones
que hijos del alma son, partos del pecho,
será razón que a ti te restituya;
y no lo impidan sus imperfecciones:
pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un alma que es tan tuya.

(1) Nombre poético que usó Sor Juana.

Jamás olvida ni desperdicia conyuntura que le permita mostrarse agradecida con el virrey y amante con la virreina. Abundan los romances escritos para el cumpleaños del marqués.

En una ocasión de éstas le dice:

Grande marqués, mi señor,
a cuyas plantas consagro
un osado afecto, pues
procura subir tan alto.

....

Hoy, del cielo de Medina
en el oriente más claro,
en cuna de luz os dieron
alta progenie los astros.

....

Pero si al lado, señor,
de aquel divino milagro,
de quien estrellas el cielo
y flores aprende el Mayo
(Mi señora la marquesa,
en quien ya se conformaron
el cielo aspirando aromas,
vibrando aromas el prado).
Estáis, ¿qué mucho será
que, el privilegio, gozando
de que vivís en el cielo,
obtengáis de eterno lauro?

Dícele en otra ocasión:

El daros, señor, los años,
sólo es dádiva de Dios.
Él os los dé, ya que sólo
puedo pedírselos yo.

Yo no tengo años que daros,
y sabe el cielo, señor,
que a podéroslos yo dar,
no fuera sólo un millón.
Ni sé que haya quien los venda,
que aunque sé de mas de dos
que quisieran no tenerlos,
què quieran venderlos, no.
....
Mas supuesto que no puedo,
y que sois tan grande vos
que recibís los deseos
en lugar de ejecución;
quiero, pues no puedo daros
los siglos de duración,
años, meses ni semanas,
daros las horas de hoy.

Y le ofrece, en efecto, las *horas* canónicas que tiene que rezar, y además, con gallarda retórica llena de tropos, la comunión y con ella a Cristo,

que puesto que se me dió
en comunión como mío,
yo como mío os le doy.

No contenta con esto, la condesa pide que dé los días a su esposo, pues «desea que el cortejo de dar los buenos días al señor marqués de la Laguna llegue a su excelencia por medio de ella».

Dadle los años por mí,
que vos, deidad soberana,

dar vidas podréis; mas juzgo
que mejor podréis quitarlas.

Al dar las Pascuas a la Condesa, dícele con deliciosa cortesanía:

Darte, señora, las Pascuas
sólo lo puede tu espejo,
porque te tiene la gloria
y porque te muestra el cielo.

Envía a la virreina en otra ocasión un retablito de marfil, —de esos que tan admirablemente se labraban en Filipinas y que todavía hace algunos años abundaban en México, de donde a toda prisa se los están llevando nuestros *primos*, los yanquis, grandes apreciadores del arte colonial,—y le dice al enviárselo:

Y pues sabes que mi amor,
alquimista de sí mismo,
quiere transmutarte en vida
porque vivas infinito;
y que, porque tú corones
a los años con vivirlos,
quisieran anticiparse
todos los futuros siglos,
no tengo qué te decir,
sino que yo no he sabido,
para celebrar el tuyo,
más que dar un natalicio.
Tu nacimiento festejan
tiernos afectos festivos,
y yo en fe de que lo aplaudo
el *nacimiento* te envío.»

Se ensañan con Sor Juana, según apunté en especial capítulo, porque imitó a Góngora, al «Apolo andaluz», como ella lo llama; y el *Diccionario Histórico* recuerdo que dice: *Desgraciadamente lo imitó muy bien*. Por lo pronto hay que repetir que manejaba el romance y el soneto con la elegante facilidad de que dió admirables pruebas el de Argote, de suerte que esto servirá de descargo a la gran monja por las obscuridades gongorinas en que solía incurrir, obscuridades veniales si se tiene en cuenta, según expresé también, que poetas de estro tan potente como los españoles del siglo XVII (1), se dejaron influir no poco por su compañero; que hasta nuestro genial Ruiz de Alarcón, que tenía una personalidad tan sustantiva, muestra a veces que lo ha leído; y que a fines del siglo XVIII era todavía marcada la estela del autor de *Hermana Maruca*.

Por lo demás, insisto en que esto de las influencias en literatura es fatal. Todos nos influímos unos a otros. Las ideas poéticas, literarias o científicas, aparecen en el mundo por haces, como si una personalidad invisible las arrojara desde arriba, y su florecimiento es simultáneo en

(1) «Babilones» llamó a muchos Quevedo, refiriéndose a la torre de Babel, y fué él quien dijo en su *Aguja de navegar cultos:*

Quien quisiere ser culto en solo un día
la *jeri* aprenderá, *gonza* siguiente.

diversos países y en diversos cerebros. El caso de Leverrier *inventando* a Neptuno sobre el papel, después de admirables cálculos, al propio tiempo que con cifras análogas llegaba a la misma conclusión Adams, un joven sabio inglés ignorado, es caso de todos los días en ciencias (1) y en literatura. Y aun acontece que un poeta de mediocre celebridad o de menor cuantía halle una idea, una imagen nueva, antes que los Apolos consagrados, que la encuentran mucho después, pero a los cuales, naturalmente, se atribuye, porque está escrito en el Evangelio que al que tiene se le dará más y al que no tiene se le quitará lo poquísimo que posea, y está escrito también en el libro invisible del Destino que un mediano poeta de una gran nación—Rostand,

(1) «La simultaneidad de los descubrimientos no es rara, dice el gran Flammarion en reciente trabajo. Fué el mismo día, a la misma hora, en el mismo minuto, durante el mismo eclipse, cuando Janssen y Locker advirtieron que las protuberancias del Sol podían ser observadas con el espectroscopio; fué casi en el mismo día también, cuando, últimamente (en Septiembre de 1909) el cometa de Halley fué encontrado por la fotografía en los Observatorios de Heidelberg y de Greenwich; y el planeta Neptuno ¿no fué, por ventura, descubierto al mismo tiempo por Le Verrier y Adams? Y en el último verano (el de 1909), ¿no había dos aeroplanos dispuestos en el mismo día a atravesar la Mancha?»

por ejemplo—valdrá siempre más que un gran poeta de una nación pequeña o débil aún.

Todos los poetas del siglo XVII, se influyeron entre sí; y por otra parte, pues que ese siglo no sólo toleró sino que aplaudió y exaltó a Góngora, es que su culteranismo o cultiparlismo halagaba la índole íntima de la literatura y de la poesía, la afectación erudita de entonces, el amor al retruécano, el énfasis del carácter nuestro, la manía de la alusión pagana, etc., etc.

Culpar a Sor Juana de yerro, si yerro fué, que cometieron tantos y tan insignes ingenios, es, tras injusto, poco galante.

Mas vuelvo a la glosa de sus versos, siguiendo con los consagrados a la condesa de Paredes.

Envíale la poetisa una rosa, y dícele en vistosa espinela:

Esa que alegre y ufana,
de carmín fragante esmero,
del tiempo al ardor primero
se encendió, llama de grana,
preludio de la mañana
del rosicler más ufano,
es primicia del verano,
Lysi divina, que en fe
de que la debió a tu pie,
la sacrifica a tu mano.

Puede decirse que no da un paso la Virreina sin que la sigan los grandes y rasgados ojos de Sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi con rimas resplandecientes.

Va la Virreina a las Huertas a divertirse con la amenidad del sitio, y Sor Juana compone una florida loa en la que hablan Céfiro, Bertumno, Flora, Pomona, una Ninfa y la Música, derrochando ingenio. Otra loa en que hablan Venus, Belona, La Concordia, Ninfas, Amazonas, y dos Coros de Música, celebra el cumpleaños del Virrey. Nace el hijo de éste, se bautiza, y la monja derrama lirismos apropiados, en los que jamás se olvida de enderezar hermosas alusiones a Lysi.

Era esparcimiento de la aristocracia de la época asistir por las tardes a las vísperas de los conventos. Antes y después de ellas, se charlaba devotamente en el locutorio. Comentábase el último sermón, la última religiosa festividad, las hazañas de los piratas, las pestes y rebeliones, las noticias de Madrid; y las jícaras de chocolate aderezadas por las monjas con el mejor soconusco iban y venían, mostrando su temblorosa y perfumada filigrana de espuma. El Virrey casi no faltaba a las vísperas, y la Virreina menos. En general, el locutorio de las Jerónimas era frecuentado por cuanto más valía en México, gracias al renombre de Sor Juana. Amaba ésta la

soledad, pero de ella le sacaban encumbradas visitas. No hubo virrey de su época que no desease conocerla, y a menudo era consultada sobre asuntos arduos. Su natural afable y gracioso hacia que ella se prestase de buen grado a estas fatigosas diligencias; mas lo que en general era molestia y esfuerzo, tratándose del conde y la condesa de Paredes volvíase amenidad y encanto discreto. Así, no es raro que en una ocasión en que el Virrey fué al convento con su esposa sin lograr Sor Juana verles, haya escrito ella el romance aquél en que se excusa, y entre otras agudezas, dice:

Si daros los buenos años,
señor, que logréis felices,
en las vísperas no pude,
recibidlos en maitines.
Nocturna, mas no funesta,
de noche mi pluma escribe,
pues para dar alabanzas,
hora de *laudes* elige.

....

Vivid, y vivid discreto,
que es sólo vivir felice;
qne dura y no vive quien
no sabe apreciar que vive.

Como si no bastaran los lindos versos, los regalos seguíanlos, precedíanlos, o acompañábanlos a las veces. Mencioné el retablito de marfil. Tras él fué *el alegórico regalo de Pascuas, en*

unos peces que llaman Bobos y unas aves», acompañados de estos cálidos versos a la Virreina:

Como quien soy te regalo;
como quien eres perdona,
y ambas habremos cumplido
con todo lo que nos toca.
Tú eres reina y yo tu hechura:
tú deidad, yo quien te adora;
tú eres dueño, yo tu esclava;
tú eres mi luz, yo tu sombra.

Y el culto y la solicitud para los virreyes extiéndense al hijo, de quien jamás olvida natales, ni echa en saco roto gracias.

En cuanto el bebé empieza a dar los primeros inciertos pasos, envíale Sor Juana un andador de madera:

Para aquél que lo muy grande
disfraza en tal pequeñez,
que le damos todavía
diminutivo el Joseph.
Para el que, siendo tan hombre,
tiene visos de mujer,
pues es la niña de vuestros
ojos y los del Marqués.

Todo, sí, le sirve de culto pretexto para un elogio a Lysi.

Se ausenta el Virrey, que va a visitar el Santuario de Chalma, y Sor Juana escribe a la condesa:

¡Cómo estarás, Filis mía,
sin mi señor y tu dueño,
es tan difícil decirlo
cuanto no es fácil saberlo.
De tu soledad, señora,
ni decir ni entender puedo;
porque es tan discreta, que
necesita de comento.
¿Cómo se ausenta un amante
quedándose al mismo tiempo?
¿Cómo se va sin partirse,
y está cerca estando lejos?
Es una filosofía
que Amor pone en sus quadernos,
que ni Aristóteles supo,
ni la conoció Galeno.

Hay que alabar a plena boca la providencial afición literaria de un virrey que no se cansa de excitar al ingenio de la monja a que discretee y discurra, y al cual le debemos tantos admirables romances, como debimos otras mil preciosidades a los marqueses de Mancera en las mocedades de Juana Inés.

Con razón de sobra, pues, todos los panegiristas antiguos de Sor Juana, elogian esta ingerencia del conde de Paredes (1).

(1) No es tan elogioso, en cambio, el autor de los *Gobernantes de México*, D. Manuel Rivera, quien dice: «No obstante las buenas cualidades con que le adorna su protegida la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, que llevó con él y más con su esposa, íntima amistad, parece que un hado fatal acumuló desgracias sobre la Nueva España durante la época de su mando.»



VII

LA DIFÍCIL FACILIDAD DE ARGENSOLA...

> Si vos imperceptible, si remoto,
> yo blando, fácil, elegante y puro;
> tan claro escribo como vos escuro:
> la vega es llana e intrincado el soto.
>
> LOPE DE VEGA.

ALABANDO la facilidad con que la monja, de los menores incidentes, extrae jugo de poesía, el Padre Luis Tineo, citado en anteriores capítulos, exclama:

«Aquel numen tan prodigioso en una mujer, aquel picante y aquella abundancia de conceptos, que aunque dijo Tertuliano: *Semper abundantia in se ipsa contumeliosa est*, aquí goza de una exquisita afluencia de variedad tan hermosa, que no parece sino que para ella se hizo el

símil tan propio y tan elegante de Nazianzeno de la piedra tirada en el estanque, que entonces todo es verle coronado hermosamente de cristal en varios círculos de trémulas y transparentes ondas, uno mayor y otro mayor: *Alius, atque alius subinde circulos excitetur*, etc. Aquella propiedad de las voces, aquella cultura sin afectación de las metáforas, el cónsul Plinio lo explicó admirablemente con su elegancia, haciendo aquella separación tan discreta de letras y letras, que a unas las llamó *litteras illitteratas*, unas letras cuerpo sin alma; a otras *litteras litteratisimas*, unas letras almas sin cuerpo. Ahora diga el Catón más rígido si por ventura hay sílaba de Sor Juana que no la eleve a tan exquisita línea de superlativo encarecimiento: la idea, el ingenio, la llanura de las noticias, lo amaestrado del discurso, aquella facilidad dificultosa de Argensola, que parece que todo se lo haya dicho. Pues si todo esto junto en un varón consumado fuera maravilla, ¿qué será en una mujer? ¿Esto no es digno de inmortales aplausos? ¿No merece eternas aclamaciones? Fuera el negarlo una torpe ignorancia, fuera una rústica grosería.»

No ha faltado, sin embargo, quien lo niegue en todas las épocas, ni ha de faltar ahora. Y la razón es harto sencilla: «la llanura de las noticias» y la «difícil facilidad de Argensola» suelen no agradar a los tontos, por la misma razón que

no agrada a los pacientes la simplicidad honrada del médico que les receta *sal de cocina* en vez de recetarles *cloruro de sodio*.

Esto yo he podido experimentarlo de sobra, y permítaseme, por una vez, que me cite, en gracia de lo que el caso tiene de picante y de la enseñanza que trae aparejada. Cuando en mis mocedaces solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores escribiendo *malarmeísmos* que no entendía ni el *Sursum Corda*, sobró quien me llamara maestro, y tuve cenáculo y diz que fuí jefe de Escuela y llevé halcón en el puño y lises en el escudo, y paniaguados hubo que me aplicaron motes de Augustos y Quirinos. Mas ahora que, según Rubén Darío «he llegado a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético; a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos»; ahora que no pongo *toda la tienda sobre el mostrador* en cada uno de mis artículos; ahora que me espanta el estilo gerundiano, que me asusta el rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero, que no me empujan las palabras sino que me enseñoreo de ellas; ahora, en fin, que dejo *escuro el borrador y el verso claro*, y llamo

al pan pan, y me entiende todo el mundo (1), seguro estoy de no incurrir en juicio temerario si pienso que alguno ha de llamarme chabacano...

Dicen que el miedo ha creado a los dioses: no fué el miedo, fué la obscuridad. Si el Oráculo de Delfos y las pitonisas todas hubiesen hablado claro, a la porra se van el Oráculo y las pitonisas.

Credo quia absurdum.

Así, pues, tentacioncillas me vienen de tomar de nuevo el pelo con todo respeto a aquellos de mis lectores que no sean calvos, y dedicarles un tomo de versos y prosas cuneiformes: algo como «El Sueño», de Sor Juana, o análogo a lo que hace el gran Lugones cuando endereza a «sus cretinos» sus guasonas *lunofilias*... Pero, francamente, estoy fatigado del *alpinismo,* y ya que según el amable Darío llegué a la deseada altiplanicie, allí me planto, exclamando como el francés famoso:

J'y suis, j'y reste.

⌘

La difícil facilidad de Sor Juana fué portentosa. Sabemos que componía versos en sueños,

(1) «Llaneza, muchacho, que toda afectación es mala», decía maese Pedro a cierto chico que delante de Don Quijote explicaba los muñecos de un retablo.

que soñaba en verso, mejor dicho, superando en ello a Lope, que en verso pensaba; y no ha de extrañarnos, por tanto, que alguna vez incurriese en trivialidades. ¿No son éstas frecuentes en las mejores obras de los clásicos? Hay que pensar, por otra parte, en que, según se dice en propincuo lugar, ella no intentó jamás publicar sus versos. Se preocupaba tan poco de ellos, que fueron precisas repetidas instancias y aun órdenes de la virreina para que consintiese en la impresión, pareciéndose en esto a su compatriota el inmortal Jorobado, quien dejó que atribuyesen a ajenas plumas sus comedias, superiores en calidad a las de Lope y a algunas de las cuales se debe nada menos que el auge del teatro francés, del que Alarcón fué inspirador.

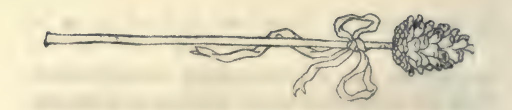
«El insigne Corneille, fundador de la comedia francesa—nos cuenta don Manuel González Llana, y el hecho es harto sabido—debió una de sus mejores obras a nuestro poeta. Habiendo caído en sus manos la *Verdad Sospechosa*, parecióle de tan gran precio esta comedia que no se desdeñó de traducirla y arreglarla con el título de *El Embustero*, logrando como premio de su trabajo el aplauso de sus contemporáneos.»

Corneille tenía la sincera ingenuidad del genio, y en vez de adornarse con plumas ajenas, al examinar su obra, manifiesta lealmente el original que le sirvió para el trabajo, por medio de

las palabras que a continuación transcribimos: «Esta pieza *(El Embustero)* es en parte traducida y en parte imitada del español. El asunto me ha parecido tan ingenioso y bien manejado, que he dicho muchas veces que daría dos de las mejores que he compuesto con tal que esta fuese invención mía. Se atribuye al famoso Lope de Vega; pero hace poco tiempo que me ha venido a las manos un libro de don Juan Ruiz de Alarcón, en el cual pretende que es suya, y se queja de los impresores que la han publicado a nombre de otro. Sea el que fuere su autor, lo cierto es que tiene gran mérito, y yo no he visto nada en aquella lengua que me contente más.»

No terminó aquí todavía el influjo de esta famosa producción, sino que, por el contrario, creó la verdadera comedia de carácter francesa. El gran Molière confiesa también a su vez que *El Misántropo* fué inspirado por *El Embustero*, de Corneille, y que sin esta circunstancia quizá no hubiese escrito más que comedias de enredo.





VIII

SOR JUANA, MUSICA

> Es una línea espiral,
> no un círculo, la armonía.
>
> SOR JUANA.

La ciencia de Sor Juana fué extraordinaria para su tiempo.

Las matemáticas le eran familiares, la fisiología no tuvo secretos para ella, la física hallábase en el catálogo de sus conocimientos favoritos; sabía gramática como la que más, y lo prueba con gracejo a cada paso (1); versificaba en latín

(1) Señora, aquel primer pie
es nota de posesivo,
y es inglosable, porque
al caso de genitivo
nunca se pospone el de.

y hasta en azteca, entendía harto de medicina; la filosofía escolástica, la teología moral y dogmática, el derecho canónico: todo cabía en aquella sesera única. Y sobre todo las Bellas Artes.

Ejemplo, su aptitud singular para la música. Por agradar a las monjas sus hermanas, la madre Juana Inés la estudió, y, naturalmente, culminó en ella.

Era la música uno de los inocentes solaces de los conventos.

Tañendo violas, violines y arpas, las buenas religiasos sentíanse menos cerca de la insípida y nimia monotonía de la regla, y sus espíritus, abrumados de prácticas y rezos, y su vida igual y pareja, *tanquam tabula rasa*, volaban un instante libres por la radiante serenidad del espacio, a los llorosos acordes de los instrumentos aquéllos.

Como era imposible que emprendiese algo Sor Juana sin sobresalir, sus estudios fueron tan provechosos que, encontrando estrechos y primitivos los antiguos métodos, compuso uno de su invención, «obra tan alabada que bastaría para hacerla famosa en el mundo».

Gran descubrimiento sería el de ese tratado didáctico, que sin duda fué celosamente custodiado en el convento.

¿Se imprimió alguna ver? Entiendo que no. En cambio, sí corrieron impresos algunos villan-

cicos, a los cuales muy probablemente ella puso música.

De su conocimientos en este arte dan testimonio las siguientes palabras de su *Respuesta a Sor Philotea de la Cruz*, en las cuales, por cierto, pretende hallar relaciones entre la música y la sagrada escritura, excesivamente curiosas:

«Pues sin ser muy perito en la música, ¿cómo se entenderán—dice—aquellas proporciones musicales y sus primores, que hay en tantos lugares de la Biblia, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham por las ciudades, de que si perdonaría habiendo cincuenta justos? Y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es *sexquinona*, y como de *mi* a *re*. De aquí a cuarenta, que es *sexquioctava*, y es como de *re* a *mi;* de aquí a treinta, que es *sexquitercia*, que es la del *diatessaron;* de aquí a veinte, que es la proporción *sexquialtera*, que es la del *diapente;* de aquí a diez, que es la *dupla*, que es el *diapasón*, y como no hay más proporciones armónicas, no paso de ahí. Pues ¿cómo se podrá entender esto sin música?»

⊞

¿Verdad que es por todo extremo sabrosa la exégesis?

Para mí tiene aún más sabor, porque me re-

cuerda a cierto maestro Nuñes, noble amigo muerto ya, a quien Rubén Darío y yo conocimos y tratamos íntimamente en París *in diebus illis,* y al cual consagro un capítulo, el LX, en *El Exodo y las Flores del Camino* (1).

Aquel hombre—copio algunas líneas del referido capitulo—había hecho la fusión más peregrina del mundo con la Biblia y la música. Sabido es que los yanquis son furibundos exégetas.

El «Maestro Swedemborg» (así le llamábamos por su devoción al iluminado escandinavo); el Maestro Swedemborg, que según parece vivió luengos años en Nueva York, tornóse exegeta a su vez, y de los más militantes.

Empezó por buscar a la Biblia un sentido musical y acabó por musicar hasta el Apocalipsis... en teoría, se entiende. El amor al símbolo llevóle a esas fronteras en que los videntes y los locos se dan la mano.

Según él, la Virgen María, en el Nuevo Testamento, simbolizaba la música. Herodes simbolizaba el dinero.

Quiso explicarme su teoría, en cuyo programa entraba nada menos que la supresión de las notas. No había razón para que un sonido determinado se llamase *do* y otro *re.* Esto circunscribía miserablemente el papel de la música, su-

(1) V. *Obras Completas,* vol. IV, págs. 206-209. «Swedemborg.»

prema reveladora de la vida, del más allá, de todo lo arcano y misterioso.

Al principio, el maestro intentó crear una nueva teoría musical; pero navegando en la Biblia, tornóse bíblico. Vínole el afán incontrarrestable de interpretar, de hallar un símbolo en el libro simbólico por excelencia, y un día, creyéndose investido de poderes sobrenaturales, partió de Nuexa York a París, donde según él, debía surgir la revolución futura y efectuarse la santa palingenesia de la verdad. Francia era la escogida para hacer brillar sobre el mundo la nueva luz.

A veces había en él, ante la ironía de sus amistosos oyentes (yo entre ellos), verdaderos relámpagos de entusiasmo y de convicción supernaturalista.

—Así como Cristo, así como Swedemborg, yo puedo ser un vidente.

... En efecto, yo no niego nada. Todo es posible dentro de la vida.

El maestro quiso, empero, convertirme.

—Quiero presentarme con usted y con Darío de la mano ante el Padre.

Yo bien hubiera querido ser su discípulo; pero jamás acerté a entender su teoría musical. Hice cuanto pude... pero fué inútil.

Jamás tampoco acerté a hallar relación alguna entre la música y la Virgen María, fuera acaso de aquella de la cual habla San Antonio: *Nomen*

Mariæ Virginis, mel in ore, melos in aure, jubilos in corde (el nombre de la Virgen María es miel en la boca, *melodía en el oído* y júbilo en el corazón)».

... Y ahora me pregunto: ¿Habrá leído el Maestro Nuñes (q. e. p. d.) a Sor Juana Inés de la Cruz?

Dicen y redicen que no hay nada nuevo bajo el sol, y ya la misma Sor Juana hace más de dos siglos que de ello se quejaba, exclamando:

¡Oh siglo desdichado y desvalido,
en que todo lo hallamos ya servido! (1)
Pues que no hay voz, equívoco ni frase
que por común no pase
y digan los censores:
¿Eso? ¡Ya lo pensaron los mayores!
Dichosos los antiguos, que tuvieron
paño de que cortar, y así vistieron
sus conceptos de albores,
de luces, de reflejos y de flores.
Que entonces era el Sol nuevo, flamante,
y andaba tan valido lo brillante,
que el decir que el cabello era un tesoro,
valía otro tanto oro...

(Pues ¿qué diremos los misérrimos poetas que nacimos dos siglos después?)

La habilidad musical de Sor Juana fué muy

(1) *Tout est bu, tout est mangé, plus rien à dire!*—exclamó Mallarmé.

loada. Un caballero del Perú, que difusamente versificó en honor de la poetisa, decíala:

Con vos son Arión y Orfeo
en la música chorlitos,
y pueden irse a cantar
los Kiries al lago Estigio.

Y un misterioso poeta que la admiraba y amaba desde lejos, dice en sobrio terceto:

Nuevos metros halló, nuevos asuntos,
nueva resolución a los problemas,
y a la música nuevos contrapuntos.

Cuando llegó a oídos de la condesa de Paredes que Sor Juana había escrito un libro de música, pidióselo y la monja se excusó de enviárselo (por no estar aún concluído), con los siguientes versos, en que, con suma pericia, le expone su teoría, mostrándonos, como de costumbre, una sin par erudición:

De la música un cuaderno
pedís, y es cosa precisa
que me haga a mí disonancia
que me pidáis armonías.

¿A mí, señora, conciertos,
cuando yo en toda mi vida
no he hecho cosa que merezca
sonarme bien a mí misma?

¿Yo arte de composiciones,
reglas, caracteres, cifras,

proporciones, cuantidades,
intervalos, puntos, líneas?

Quebrándome la cabeza
sobre cómo son las sismas,
si son cabales las comas
en que el tono se divida;

Si el semitono incantable
en número impar estriba,
a Pitágoras sobre esto
revolviendo las cenizas;

Si el diathesaron ser debe
por consonancia tenida,
citando un extravagante
en que el papa Juan lo afirma;

Si el temple, en un instrumento,
al hacerlo, necesita
de hacer participación
de una coma que hay perdida;

Si el punto de alteración
a la segunda se inclina,
más porque ayude a la letra
que porque a las notas sirva;

Si el modo mayor perfecto
en la máxima consista,
y si el menor toca al longo,
cuál es altera y cuál tripla;

Si la imperfección que causa
a una nota otra más chica,

es total o si es parcial,
esencial o advenediza;

Si la voz, que, como vemos,
es cuantidad sucesiva,
valga sólo aquel respeto
con que una voz de otra dista;

Si el diapasón y el diapente
el ser perfectos consista
en que ni menos ni más
su composición admita;

Si la tinta es a las notas
quien todo el valor les quita,
siendo así que muchas hay
que les da valor la tinta;

Lo que el armónico medio
de sus dos extremos dista,
y del geométrico en qué
y aritmético distinga;

Si a dos mensuras es toda
la música reducida,
la una que mide la voz
y la otra que el tiempo mida;

Si la que toca a la voz,
o ya intensa o ya remisa,
subiendo o bajando, el canto
llano sólo la ejercita;

Mas la exterior que le toca
al tiempo en que es preferida,

mide el compás, y a las notas
varios valores asigna;

Si la proporción que hay
del *ut* al *re* no es la misma
que del *re* al *mi*, ni el *fa—sol*
lo mismo que el *sol—la* dista.

Que aunque cantidad tan tenue
que apenas es percibida,
sexquioctava o sexquinona
son proporciones distintas;

Si la enharmonica ser
a práctica reducida
puede, o si se queda ser
cognición intelectiva;

Si lo cromático el nombre
de los colores reciba
de las teclas, o la vário
de las voces añadidas.

Y, en fin, andar recogiendo
las inmensas baratijas
de calderones, guiones,
claves, reglas, puntos, cifras,

pide otra capacidad
mucho mayor que la mia,
que aspire en las catedrales
a gobernar las capillas.

. . . .

Mas si he de decir verdad,
eslo que yo, algunos días,

por divertir mis tristezas,
di en tener esta manía.

Y empecé a hacer un tratado,
para ver si reducía
a mayor facilidad
las reglas que andan escritas.

En él, si mal no recuerdo,
me parece que decía
que es una línea espiral (1),
no un círculo, la armonía.

Y por razón de su forma,
revuelta sobre sí misma,
le intitulé *Caracol,*
porque esa revuelta hacía.

Pero éste está tan informe,
que no sólo es cosa indigna
de vuestras manos, mas juzgo
que aun le desechan las mías.

Por esto no os lo remito;
mas como el cielo permita
a mi salud más alientos,
y algún espacio a mi vida,

yo procuraré enmendarle,
porque, teniendo la dicha

(1) ¿No valdría decir que Sor Juana se adelantó en esto maravillosamente a su tiempo? La teoría *espiral*, no sólo de la música sino de todo el universo, priva ahora que ciertos sabios niegan la actracción y la ley de Newton.

de ponerle a vuestros pies,
me cause gloriosa envidia.
. . . .

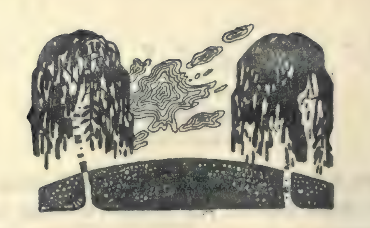
Pero ¡a qué insistir!; Sor Juana fué todo lo que quiso: hasta pintora (1); conoció a fondo todas las ciencias, y en especial la astronómica de su época. Con su gracejo habitual nos cuenta que le dió:

Urania, musa estrellera,
un astrolabio en que vido
las maulas de los planetas
y las tretas de los signos.

Quizá la música terrestre la llevó a aprender la divina música de las esferas... *Sic itur ad astra.*

(1) Y miniaturista, como parece desprenderse de aquella espinela que se intitula: «En un anillo retrató a la señora condesa de Paredes. Dice por qué». Y en la que le sigue «Al mismo asunto».





IX

EL HUMORISMO DE SOR JUANA

> Ese gesto sombrío, que es el único que se juzga compatible con la virtud; ese alarmarse por las cosas más insignificantes; ese buscar, hurgar y purgar todo lo que pueda tener señales de vida lozana, de florecimiento intenso, de alegría y de buen humor, no son castizos ni proceden del espíritu de nuestra raza.
>
> *Victoriano Salado Alvarez.*
>
> (Estudio sobre la novela *Reconquista*, de Federico Gamboa.)

YA hemos dicho que los conventos mexicanos, allá por el siglo XVII, no eran habitáculos de tristeza.

La mojigatería, tan ajena y extraña al temperamento español, importada después del norte, hija quizá del jansenismo, no campaba aún por

sus respetos en la Nueva España ni en la Vieja. La virtud tenía cara alegre.

¿No hemos visto, por ventura, a Santa Teresa sonreir frecuentemente, y aun prodigar su encantador donaire?

¿Quién no recuerda cómo le sirvió de graciosa broma cierta plaga sin nombre que cayó sobre los sayales de sus monjas? Santa Teresa tuvo que darles entonces sayales nuevos. Item más, acordóse celebrar una procesión para que Dios librase a las religiosas de aquella miseria, y se cantaron unos versos de la Santa, cuyo estribillo era:

> Pues no dais vestidos nuevos,
> rey celestial,
> librad de la mala gente (?)
> este sayal.

Sor Juana tuvo un temperamento tan parecido en muchas cosas al de Santa Teresa, en su admirable exaltación sobre todo, que medio siglo antes hubiese sido tan grande como ella.

—Si Sor Juana hubiese vivido cincuenta años antes—me decía el Padre Mir en días pasados—, habría sido una gran mujer.

Lo fué, a pesar del mal gusto literario de la época; tan grande como la otra monja portuguesa, su casi coetánea, Violante da Ceo; como Sor María de Agreda; como la Sabuco de Nantes.

Para convencerse basta saber leerla como se debe leer siempre: con amor.

«Si Sor Juana Inés de la Cruz—dice Sánchez Moguel—no nos ha dejado una obra magistral, encarnación íntegra y acabada de su inteligencia, esparcida en tantos y tan diversos escritos; si éstos, por la mayor parte, tuvieron el nacimiento y la muerte tan cerca, tan unidos como la rosa de Rioja, el nombre de la monja mexicana y la memoria de su labor artística y científica tendrán siempre merecido puesto en la historia literaria de México y de España, como gloria común de mexicanos y españoles.»

El humorismo de Sor Juana se escapa como la más fácil y clara linfa.

Va triscando ágil por toda su obra.

El mismo Sánchez Moguel dice que lo que más sorprende en la monja es que sus mejores escritos, con ser obra de una religiosa y de orden ascético, sean no sólo demasiado profanos, sino *picantes a veces*, hasta el punto de que varias composiciones, insertas en la edición de Zaragoza de 1692, no fueron reproducidas en las posteriores.

Pero repito que este gracejo, *propter elegantiam sermonis*, nunca escandalizó a nadie en aquellos tiempos en que *Notre Dame la Bigoterie* no andaba aún por el imperio de las Españas.

El género epigramático fué cultivado con mucha suerte por Sor Juana.

Los siguientes ejemplos, espigados en su segundo tomo, lo probarán:

REDONDILLAS

CON UN DESENGAÑO SATÍRICO, A UNA PRESUMIDA DE HERMOSA

Que te den en la hermosura
la palma, dices, Leonor:
la de virgen es mejor,
que tu cara lo asegura.
No te precies con descoco
que a todos robas el alma,
que si te han dado la palma,
es, Leonor, porque eres coco.

REDONDILLAS

EN QUE DESCUBRE DIGNA ESTIRPE A UN BORRACHO LINAJUDO

Porque tu sangre se sepa,
cuentas a todos, Alfeo,
que es de Reyes, y yo creo
que eres de muy buena cepa.
Y que, pues a cuantos topas
con esos reyes enfadas,
que más que reyes de espadas,
debieron de ser de copas.

REDONDILLAS

QUE DAN EL COLIRIO MERECIDO A UN SOBERBIO

El no ser de padre honrado
fuera defecto a mi ver,
si como recibí el sér
de él, se lo hubiera yo dado.
Más piadosa fué tu madre,
que hizo que a muchos sucedas,
para que entre tantos, puedas
tomar el que más te cuadre.

REDONDILLAS

QUE MUESTRAN A UN SARGENTO LAS CIRCUNSTANCIAS QUE LE FALTAN

De alabarda vencedora
un tal sargento se armó,
mas luego él y ella paró
en lo que contaré ahora:
A ella un A se desvanece,
porque la *albarda* suceda;
a él, el *sar* en *sarna* queda
y el *argento* no parece.

⊠

Citar los humorismos que andan desparramados en toda su obra, especialmente en sus composiciones a la condesa de Paredes; en sus respuestas a quienes le escribían en verso incitándola a que les contestara; en sus loas y comedias, sería asunto de bastante substancia para un folleto.

No tuvo Sor Juana, de un modo crónico a lo

menos (1), ese mal hondo, terrible—y tan moderno—de la tristeza. No se fastidió jamás. Los cerebros eminentes nunca se fastidian. El esplín, como lo dice con elocuencia Benavente en *La señorita se aburre,* y como lo dije yo en mi *Tedium vitæ*, es achaque de espíritus ignorantes y frívolos. Así, pues, por toda la obra de la monja resbala una noble sonrisa, que era como la suave claridad de aquella alma elegida.

---

(1) Porque alguna vez sí paso por su vida, y ella con su celeste ingenuidad lo dice en el anterior capítulo:

Por divertir mis tristezas
di en tener esta manía (la de la música).





X

EL TEATRO DE SOR JUANA

Va de exornación escasa
la comedia que he trazado,
aunque para vuestro agrado
no sé si es buena la traza.
Si por larga os embaraza,
sus jornadas dilatadas
van a ser encaminadas,
y no es bien que cause espanto,
que para caminar tanto
aún son pocas tres jornadas.

SOR JUANA. *(Décima enviando una comedia.)*

ENTRE los autos de Sor Juana, *El mártir del Sacramento, San Hermenegildo*, auto historial alegórico y *El cetro de Joseph*, han sido muy elogiados.

El auto del *Divino Narciso*, el mejor quizá de

todos, es valioso, especialmente por la hermosura de alguno de sus versos.

«Lo más bello de sus poesías espirituales—dice Menéndez y Pelayo—se encuentra, a nuestro juicio, en las canciones que intercala en el auto del *Divino Narciso*, llenas de oportunas imitaciones del «Cantar de los Cantares», y de otros lugares de la poesía bíblica (1). Tan bellas son y tan limpias, por lo general, de afectación y culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de un discípulo de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León, que de una monja ultramarina cuyós versos se imprimían con el título de *Inundación Castálida* (2).

De los autos se afirma que son superiores a las dos comedias de Sor Juana: *Amor es más laberinto* y *los empeños de una casa.*

De esta última dice Mesonero Romanos que es en la que precisamente se aparta la poetisa «de su ordinaria entonación, y se acerca más a la de la buena comedia, demostrando que a su claro

---

(1) Véase el apéndice, donde tales versos se reproducen.

(2) Yo poseo esta primera y rara edición de Sor Juana, hecha en Madrid en el año de 1689, y dedicada a la marquesa de la Laguna; una reproducción de la portada aparece entre los grabados de este libro.

ingenio y natural agudeza no le estaban negados los caminos del buen gusto, y que si no fuera por aquella fascinación propia de la época en que escribía, no hubiera sido esta sola composición en la que hubiera dado a conocer su competencia para las dramáticas.»

D. Marcelino piensa poco más o menos como Mesonero Romanos, de la interesante y peregrina imitación que hizo Sor Juana de las comedias de capa y espada de Calderón, con el título de *Los empeños de una casa.*

La otra comedia suya, *Amor es más laberinto*, es, en concepto del mismo crítico, inferior a la primera «por defecto del argumento mitológico, por vicio de culteranismo, por mala contextura dramática, y, sobre todo, por estar afeada con un infelicísimo acto segundo, que no es de la monja».

En efecto, en esta vez colaboró con nuestra poetisa, escribiendo la segunda jornada de la pieza, el licenciado don Juan de Guevara, «ingenio conocido de la ciudad de México».

A mí, salvo tal colaboración y el parecer de los dos eminentes críticos, la comedia me parece divertida, suelta, ágil y graciosa. Encuentro en ella diálogos tan frescos y fáciles como el siguiente entre *Baco* y *Racimo:*

Baco. ¿Tal agravio llego a ver
y persevero en vivir?
Sin duda es por carecer
o de alma con qué sentir,
o de vida que perder.
Cnando a esta injusta tirana
con mayor firmeza adoro,
hallo que quiere, liviana,
al amante de su hermana,
que claro está que es Lidoro.
¿Que este ultraje sufra aquí
mi dolor? ¡Ah, ingrata fiera!
ya que me dejas así,
¿no me dejaras siquiera
por quien te quisiera a ti?
Que aunque tan ingrata estás,
es tan noble mi despecho,
que juzgo que siento más
que los celos que me das,
la ofensa que a ti te has hecho.

Racimo. Bien lo has gritado, señor;
sosiégate y ten cordura;
mas no es culpable el furor,
que si amor solo es locura,
¿qué serán vino y amor?
Y aunque es tan grande insolencia,
si la consecuencia saco,
no te ofendo, que en conciencia,
no es mucha la diferencia
entre ser Toro y ser Baco.
Aunque también te confieso
que es cosa muy enfadosa
que te carguen con exceso
en la cabeza otra cosa
sobre su ordinario peso.

BACO. ¡Loco, atrevido, villano!
¿Cómo mis ansias reprimo?
RACIMO. Detente, señor, que es llano
que, si tú aprietas la mano,
corre peligro el *Racimo*...
Mas un remedio he pensado
con que tendrá linda medra
tu amor.
BACO. Pues dí, ¿qué es hallado?
RACIMO. Que tú enamores a Phedra,
con que quedarás vengado.
BACO. Como tuya es la locura.
RACIMO. Pues qué, ¿te parece malo?
Requiebra tú su hermosura,
y taparás la rotura
con cuña del mismo palo.
BACO. Hacerlo quiero al instante,
que aunque tus locuras toco,
no es razón que a nadie espante
el ver que apetezca un loco
consejos de un ignorante.
Ven, pues, para que, advertido,
si mi dicha a Phedra topa,
le diga mi amor fingido.
RACIMO. Ella viene allí, que ha sido
caer en la miel la sopa.

Hay asimismo, en asunto de versificación, décimas tan tersas, elocuentes y bien cortadas, como las que declama el rey en la jornada tercera, y que empiezan:

De suerte me ha suspendido
caso tan inopinado,

que me usurpa lo admirado
las lecciones de ofendido, etc.

Autores que usan con Sor Juana un rigor excesivo, hablando de los tres autos dicen que el *Cetro de José* tiene poco mérito, que en el auto de *San Hermenegildo* hay algunas escenas interesantes, situaciones dramáticas y buenos versos, y que en el *Divino Narciso* se hallan algunos trozos de los cuales se podrían formar canciones místicas como las mejores de San Juan de la Cruz y otros ascetas españoles, siendo raro uno que otro lunar que los afea (los críticos gustan de buscar a Sor Juana los *lunares*. ¿Pues no los tenían, y muchos, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León?), y abundando, por el contrario, en bellezas de pensamientos y de lenguaje.

De las dos comedias de nuestra monja, *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa*, afirman que la primera es bien mala y la segunda bastante regular en su género.

Otros críticos son aún más severos y usan con la monja de un zoilismo nimio. Es de advertir que a Sor Juana le ha tocado la pésima suerte de que la juzguen tales o cuales censores de esos muy arregladitos, saturados del sentido común, del cual dijo Díaz Mirón, que jamás ha sido *ni redentor, ni paladín, ni nada;* llenos

de mesura, de prudencia, de orden; de los que nunca se acuestan después de las diez y son incapaces de todo pecado, especialmente del divino pecado del genio.

⊞

En los *Empeños de una casa* hay una particularidad... conmovedora. Me refiero al bellísimo romance en que doña Leonor narra a doña Ana sus desdichas.

Tal vez yerre, y en ese caso, que Sor Juana me perdone; pero la primera parte (la que reproduzco) de tal romance, es algo como una autobiografía de la monja (1). He aquí los versos a que aludo:

LEONOR. Si de mis sucesos quieres
escuchar los tristes casos,
con que ostentan mis desdichas
lo poderoso y lo vario,
escucha, por si consigo
que, divirtiendo tu agrado,
lo que fué trabajo propio
sirva de ajeno descanso;
o porque en el desahogo
hallen mis tristes cuidados,
a la pena de sentirlos,
el alivio de contarlos.

(1) «Es de advertir — dice Pimentel refiriéndose a este romance—que *según parece*, en él quiso Sor Juana referir los propios acontecimientos.»

Yo nací noble. Este fué
de mi mal el primer paso,
que no es pequeña desdicha
nacer noble un desdichado;
que aunque la nobleza sea
joya de precio tan alto,
es alhaja que en un triste
sólo sirve de embarazo;
porque estando en un sujeto,
repugna como contrarios,
entre plebeyas desdichas,
haber respetos honrados.
Decirte que nací hermosa
presumo que es excusado;
pues lo atestiguan tus ojos
y lo prueban mis trabajos.
Sólo diré... Aquí quisiera
no ser yo quien lo relato,
pues en callarlo o decirlo
dos inconvenientes hallo:
porque si digo que fuí
celebrada por milagro
de discreción, me desmiente
la necedad de contarlo;
y si lo callo, no informo
de mí, y en un mismo caso
me desmiento si lo afirmo,
y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe
que de mis sucesos hago
(aunque pase la modestia
la vergüenza de contarlo),
para que entiendas la historia,
presuponer asentado
que mi discreción la causa

fué principal de mi daño.
Inclinéme a los estudios
desde mis primeros años,
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
a lo intenso del trabajo,
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones;
de tal modo, que llegaron
a venerar como infuso
lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
el objeto venerado,
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso.
Y como lo que decía
(fuese bueno o fuese malo)
ni el rostro lo deslucía
ni lo desairaba el garbo,
llegó la superstición
popular a empeño tanto,
que ya adoraban deidad
el ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
discurrió reinos extraños,
y en la distancia segura
acreditó informes falsos.
La pasión se puso anteojos
de tan engañosos grados,
que a mis moderadas prendas
agrandaban los tamaños.

Víctima en mis aras eran,
devotamente postrados,
los corazones de todos,
con tan comprensivo lazo,
que habiendo sido al principio
aquel culto voluntario,
llegó después la costumbre,
favorecida de tantos,
a hacer como obligatorio
el festejo cortesano.
Y si alguno disentía,
paradoxo o avisado,
no se atrevía a proferirlo
temiendo que, por extraño,
su dictamen no incurriese,
siendo de todos contrario,
en la nota de grosero
o en la censura de vano.
Entre estos aplausos, yo,
con la atención zozobrando,
entre tanta muchedumbre
sin hallar seguro blanco,
no acertaba a amar a alguno,
viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
defendía mi recato,
con peligro del peligro
y con el daño del daño.
Con una afable modestia,
igualando el agasajo,
quitaba lo general,
lo sospechoso, al agrado...

Y a esta fluidez y discreción extraordinarias, y a esta posible y en todo caso deliciosa

autobiografía, se les ha tachado de *medianas*.

Perdona, lector, a los que no saben lo que dicen y a aquel personaje colectivo y emblemático, a quien Remy de Gourmont, si mal no recuerdo, calificó de *Celui qui ne comprend pas*.





XI

LAS PROHIBICIONES DE ESTUDIAR

> El que se señala, o lo señala Dios, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen.
>
> Sor Juana.

PERO volvamos al convento de San Jerónimo; llegaremos a tiempo para acompañar a nuestra monja en algunos dolorosos episodios de su vida.

La crisis sobre un sermón fué la verdadera crisis en la existencia de Sor Juana. Mas con antelación hubo otras precursoras.

En efecto, no faltó desde un principio quien hallase mal que Sor Juana cultivara con tal pasión las letras.

Aun antes de entrar en religión, cuando con-

sultaba con el padre Núñez (1) si debía hacerlo, éste le dijo que si sus talentos y sabiduría se oponían a las virtudes religiosas, *era mucha ganancia esconder los talentos*, con lo que «depuesta la repugnancia, resolvió Juana Inés con denuedo piadoso dejar en su mundo su inclinación a la sabiduría humana, y en cada libro que abandonaba degollarle a Dios un Isaac, fineza que Su Majestad la pagó con sobreañadir a su entendimiento capacidad para aprender en la religión, a ratos breves, que habían de ser u ocio o descanso, más noticias que tantos como en las Escuelas, a puro gastar tiempo y macear, acepillan finalmente su tronco», conceptismo hueco, con que su biógrafo nos indica que Sor Juana se instruyó fácilmente en la ciencia religiosa.

Después, ya profesa, sobró quien por la misma causa la mortificase, de tal manera que, según ella confiesa, seguir, aunque de lejos, la sabiduría, fué acercarse «al fuego de la persecución, al crisol del tormento».

Hubo quien solicitase que se le prohibiera estudiar, y «una vez lo consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de inquisición (añade Sor Juana), y me mandó que no estudiase (2). Yo la

(1) Fué su director espiritual hasta los últimos días de su vida.

(2) ... «Nos debemos compadecer, dice su biógrafo,

obedecí (en tres meses que duró el poder de ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae bajo mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal».

En efecto, nada veía sin reflexionar, nada oía sin consideración, aun en las cosas menudas y materiales, «porque, dice, como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pasme el entendimiento si se considera como debe». Así, pues, Sor Juana las miraba y remiraba todas de tal manera, que de las mismas personas con

---

del tiempo en que tuvo entredicho la madre Juana el estudio de las ciencias mayores, por precepto casero, aconsejado sin quizás de algunos ánimos cuyos juicios no saben descansar el dictamen sino en lo más seguro, como si esto en el trato humano pudiese tener límite. Enfermó entonces esta prodigiosa mujer: de no trabajar con el estudio. Así lo testificaban los médicos, y la hubieron los Superiores de dar licencia para que, de fatigarse, viviese. Volvió a sus libros con sed de prohibida, poniéndose rigurosos preceptos de no entrar a celda ninguna, porque en todas era tan bien querida que no podía entrar y salir presto. (Véase la vida de Sor Juana, copiada por mí del manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que aparecerá en el apéndice de estas notas.)

quienes hablaba y de lo que le decían, iban surgiendo mil consideraciones.

¿De dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie?—se preguntaba la monja curiosa de ciencia.

¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban?

Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas, y midiéndola con el entendimiento y reduciéndola a otras diferentes. El más nimio detalle sumergíala en un abismo de cogitaciones.

Paseábase algunas veces—nos cuenta—en el testero de un dormitorio del convento (que era una pieza muy capaz), y estaba observando que, siendos las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo, de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal.

«Y discurría si sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque, aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.»

Esta fiebre de inferencias era tal, que la fatigaba sobremanera. Un desfile enojoso de imá-

genes y de ideas se sobreponía, aun en los momentos de mayor distracción, a todo solaz, y la atormentaba implacable. En cierta ocasión estaban, por ejemplo, en su presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas vió ella el movimíento y la figura, cuando empezó con aquella «su locura» a considerar el fácil modo de la forma esférica: «y cómo duraba el impulso ya impreso, e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa emotiva, bailaba el trompillo».

«No contenta con esta consideración, mandó traer harina y cernerla para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía en su movimiento, y halló que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso».

Jugaban otras niñas a los alfileres («que es el más frívolo juego que usa la puerilidad») y Sor Juana llegábase a contemplar las figuras que formaban; y viendo que, por acaso, quedaban tres en triángulo, poníase a enlazar uno con otro, «acordándose de que aquella era la figura que dicen tenía el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba santos prodigios y maravillas; y la misma que dicen tuvo el arpa de David, y que por

ello sonaba Saúl a su sonido, y casi la misma conservan las arpas en nuestros tiempos» (1).

Pero qué más: ni en la cocina, cuando guisaba, podía escapar a este trajín mental:

«Veo, refiere con una ingenuidad adorable, que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite, y, por el contrario, se despedaza en el almíbar.» Advertía que para que el azúcar se conservase flúido, bastaba echarle una muy mínima parte de agua en que se hubiese puesto membrillo u otra fruta agria. Descubría que la yema y la clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para ei azúcar, sirve cada una de por sí, y juntos, no.

¿Qué ventaja había, por tanto, en vedar la lectura a un espíritu tan heroicamente curioso? ¿Para qué necesitaban ojos tales la sabia simetría de las letras?

Sólo la prelada *muy Santa y muy cándida*, por cándida y por santa, pudo no percatarse de la inutilidad de su prohibición; pero más tarde, cuando por grave accidente del estómago los médicos prohibieron a Sor Juana el estudio, pasó así, en monótono devanar de las horas conventuales, algunos días, y luego les hizo ver que resultaba menos dañoso el concederle sus

(1) Los esotéricos que lean estas líneas se quedarán embelesados: ya tienen un apoyo más. Y cuán conspicuo.

libros; pues «eran tan fuertes y vehementes sus cogitaciones, que consumían más espíritu en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días, y así se redujeron a concederle que leyese».

El sueño mismo no la libraba de aquel continuo movimiento de su imaginación; antes bien, solía provocarlo, de manera que su mente, mientras dormía, más libre y desembarazada, discernía y repasaba lo aprendido durante la vigilia. «Arguyendo, *haciendo versos* (de los que se pudiera formar un catálogo muy grande), razonando, afinando agudezas, resolviendo problemas mejor que cuando despierta...»

¿Sería posible encontrar en mujer alguna, de aquel tiempo sobre todo, temperamento tal? ¿No bastaría esta sola idiosincrasia, esta mental curiosidad, esta maravillosa diligencia de las células, para creer genial a Sor Juana?

Respóndanlo sus detractores.

Con razón el padre Núñez, su confesor, alababa a Dios «de que hubiese hecho una mujer con entendimiento tan profundo, con tal sabiduría y dócil de juicio no obstante».

Ella, por su parte, no se envanece: «si estos— dice con encantadora ironía—fueron méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres), no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente. Si son culpa, por la misma ra-

zón creo que no la he tenido; mas, con todo, vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio».

¡Ah!, culpa no era ciertamente; pero como si lo fuese, la envidia se ensañó en la indefensa monja que, por toda respuesta y amparo, tenía sus versos, las discretísimas quejas rimadas que laten en estos dos sonetos: *Quéjase de la suerte; insinúa su aversión a los vicios, y justifica su divertimiento a las musas:*

En perseguirme, mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.
Y no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;
teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida,
que consumir la vida en vanidades.

Muestra sentir que la baldonen por los aplausos de su habilidad:

¿Tan grande (¡ay hado!) mi delito ha sido
que, por castigo de él o por tormento,
no basta el que adelante el pensamiento,
sino que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido,
que me persuado de tu duro intento,
a que sólo me diste entendimiento
porque fuese mi daño más crecido.
Me diste aplausos para más baldones;
subir me hiciste para penas tales,
y aun pienso que me dieron tus traiciones
penas a mi desdicha desiguales,
porque, viéndome rica de tus dones,
nadie tuviese lástima a mis males.

Y eso es todo. Ni se enrostra con los verdugos ni protesta. Se queja, simplemente, cantando: no hay manera de que una arpa o un laúd, heridos, se quejen de otra suerte que con música, ni forma de que un ruiseñor a quien sacan los ojos se lamente de otro modo que con gorjeos.





XII

LA CRISIS

> A San Jerónimo le azotaron los ángeles porque leía en Cicerón, arrastrado y casi no libre, prefiriendo el deleite de su elocuencia a la solidez de la Sagrada Escritura.[1]
>
> SOR PHILOTEA DE LA CRUZ.

MAS, como dije, estas prohibiciones fueron sólo precursoras de la capital y definitiva, que tuvo su origen en la crítica que hizo la monja del sermón «de un orador grande entre los mayores», y «que la madre Sor Juana llamó Res-

puesta, por las gallardas soluciones con que responde a la facundia de sus discursos» (1).

Era este padre un predicador portugués muy ingenioso, al cual la misma Sor Juana calificó de «sutilísimo talento, que es tal su suavidad, su viveza, su energía, que al mismo que disiente enamora con la belleza de la oración, suspende con la dulzura, hechiza con la gracia y eleva, admira y encanta con el todo».

Apreciábalo tanto la monja, que en más de una ocasión afirmó que si Dios le hubiese dado a escoger talentos, no eligiera otro que el de Vieyra; pero éste, con orgullo supremo, había afirmado *que nadie le adelantaría* (proposición—dice con gracejo Sor Juana—en que habló más su nación, Portugal, que su profesión ni su entendimiento).

Trataba el buen padre de las finezas de Cristo, sosteniendo que las mayores habían sido, no las que pretendían San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo, sino las que él indicaba; por ejemplo, la de ausentarse de los hombres, superior en su concepto a la de morir por ellos.

Tal sentir hubiera dejado quieto el espíritu

---

(1) Contra este trabajo de Sor Juana, según dicen los autores, se publicó en portugués una refutación extensa de Sor Margarita Ignacia, religiosa agustina, trabajo que unos creen superior y otros inferior a la *Crisis* de nuestra *Décima Musa*.

teológico de Sor Juana, si no hubiese ido acompañado de gran osadía en las palabras y de cierto desdén para los tres santos citados. En efecto, Vieyra se había expresado así: «El estilo que he de guardar en este discurso será éste: referiré primero las opiniones de los Santos, y después diré también la mía; mas con esta diferencia: *que ninguna fineza de amor de Cristo dirán los Santos, a que yo no dé otra mayor que ella, y a la fineza del amor de Cristo que yo dijere, ninguno me ha de dar otra que la iguale.*»

Se diría al oir lo anterior que el padre Vieyra era de este siglo de los superlativos, del autobombo, de la megalomanía, en que cada quisque se llama a sí mismo genial, ó por lo menos insigne.

A Sor Juana, vehemente de suyo, se le indigestó la suficiencia del lusitano, a pesar, como dije, de la admiración muy justa que le tenía, y salió, péñola en ristre, a la defensa de sus tres Santos: de San Agustín, *que afirmaba que la mayor fineza de Cristo fué morir;* de Santo Tomás, cuyo pensar era *que la mayor fineza de Cristo Sacramentado fué quedar en el Sacramento sin uso de sentidos* (1) y de San Juan Crisóstomo,

(1) Díganme ¿por qué Cristo
en el Sacramento,
estando glorioso
está como muerto?

quien sostuvo *que la mayor fineza de Cristo fué lavar los pies a los discípulos.*

Sonreís al leer tales sutilezas, ¿verdad? Pero los tiempos eran de «alta teología y sólida moral» *(Pensers droits, haute théologie et solide morale,* como dice Verlaine en su *Sagesse),* y nada cual estas cosas interesaba a los temperamentos monásticos. ¿Cómo replicó Sor Juana a Vieyra? Oigamos al anfibológico y entusiasta padre Calleja, quien, alabando la *crisis,* nos dice:

«Lo primero que arguye bien este escrito es que el más versado en la forma silogística de las escuelas no puede aventajar a la puntualidad clara, formal y limpia, con que en sus silogismos distribuye sus términos, al argüir la madre Juana; y lo bien que convence sobre la materia, lo entenderán todos por el siguiente parecer:

«El padre Francisco Morejón, cuya sabiduría y demás prendas son tan conocidas en Madrid y, en especial, cuya sutil robustez en las consecuencias ha sido siempre tan dolorosa para muchos, habiendo leído este escrito de la madre Juana Inés, en contradicción del asunto del padre Vieyra, dijo: *que cuatro o cinco veces convencía con*

—Está como muerto, porque
nos quiso, en este misterio,
de la fineza mayor
representar el recuerdo.

Sor Juana.—*Poesías cómico-sacras.*

evidencia. Esto le oí a este formalísimo ingenio» (1).

Hubo otros varonés ilustres que se hicieron lenguas en elogio de la *Crisis*. Citemos entre ellos a los padres Francisco Ribera y Sebastián Sánchez, quienes «habiendo leído este papel del *Crisis*, se deshacían en su alabanza, ciertos de que para admirar el ingenio de una mujer que, sin haber tenido maestroo, discurría con tan formal ajuste, no obstaba ser o no el Sermón del padre Vieyra; pues fuera impertinente diferenciar el acertado tiro de una saeta por las diversas calidades del blanco, y llamar destreza del pulso, dar con el golpe en un granate, y si en una perla, desvarío.»

Al padre Muñoz de Castilblanque le refirió uno de los grandes obispos de España, que entre muchos y gravísimos empleos, «se hizo lugar para copiar la *Crisis* que escribió la poetisa».

Y por último, el padre don Juan Navarro Vélez, en su *Censura*, publicada en el segundo tomo de las obras de la monja, dice:

«Corona este tomo la corona de todas las

(1) En el manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, se lee «que cuatro o cinco veces le concluía con evidencia». Se conoce que al buen padre Calleja le pareció dura la verdad, y la suavizó con el menos expresivo pretérito le *convencía*.

obras de la madre Juana, la respuesta que dió a un sermón del más docto, del más agudo y del más grande predicador que ha venerado este siglo, de aquel monstruo hermoso y agradable de los Ingenios. Con este campeón, que pusiera miedo aun al más alentado, sale a la palestra, y en todo se porta verdaderamente bizarra: en las cortesanías discretas con que le trata, en las ventajas grandes que, liberal y modesta, le cede; en lo atenta que le venera; en lo ingeniosa que le contradice; en lo sutil que le arguye; en lo docta que se le opone, y en lo forzada que aspira a quitarle o a competirle la palma. Y en todo con tan docto primor, que estoy cierto que si el mismo autor hubiera visto este papel, no sólo le coronara de merecidos elogios y fuera ésta su más gloriosa recomendación, sino que, o de cortesano o de convencido, cediera el triunfo y el laurel a la competidora ingeniosa, y la confesara vencedora en lo que le impugna y en lo que le añade.»

A pesar de todos estos méritos de la famosa respuesta, flor y nata de sutil discurrir, al doctor don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, y electo después arzobispo y virrey de México, no le hizo gracia.

Sor Juana no pensó en escribir su *Crisis*, conversada en la intimidad del locutorio. Escribióla por obediencia a cierta personalidad que se lo

pedía (1), no obstante que «su genio era repugnante *a todo lo que pareciese impugnar a nadie*».

«La madre Juana Inés no destinó este escrito para notorio, si no es que ilustrísima pluma la ofreció la impresión a su mano antes que a su esperanza» (Calleja).

Esta ilustrísima pluma fué la del mismo obispo de Puebla (para el caso Sor Philotea de la Cruz), quien, en su carta a Sor Juana, le dice: «Para que vuestra merced se vea en este papel de mejor letra, le he impreso.»

Alaba también el obispo la carta, y lo hace con entusiasmo: «Quien leyere, dice, su apología de v. md., no podrá negar que cortó la pluma más delgada que ambos (el padre Vieyra y César Meneses, ingenio portugués y comentador del primero), y que pudieran gloriarse de verse impugnados de una mujer que es honra de su sexo. Yo a lo menos he admirado la viveza

---

(1) En general, a Sor Juana le repugnaba escribir y mostrarse. Ella nos lo dice en varios pasajes de sus obras, como en los siguientes: «De más que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman el *Sueño*».

Y en otro lugar: «Sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación: y sí sería.»

de los conceptos, la discreción de sus pruebas, y la enérgica claridad con que convence el asunto, compañera inseparable de la sabiduría.»

Añade que pocas criaturas deben a Dios mayores talentos que Sor Juana en lo natural; pero que si hasta entonces ha empleado bien estos talentos, en adelante debe emplearlos mejor.

Los panegiristas de Sor Juana se han mostrado por lo común agrios y hoscos para con el Obispo de Puebla.

El ilustre don José María Vigil, en el sustancioso prólogo que escribió para la *Antología de Poetas Mexicanos*, publicada por la Academia nuestra, al narrar brevemente el asunto que informa este capítulo, dice: «En mala hora ocurriósele a Sor Juana impugnar un sermón del padre Vieyra, predicador de gran fama en aquellos tiempos, y con este motivo don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, que debía poseer en alto grado las dotes de santidad y candidez que adornaban a la prelada Jerónima (1), le dirigió, bajo el nombre de Sor Filotea, una carta, que se puede calificar de impertinente, en que después de alabar la impugnación referida, la exhortaba a que abandonase las letras

(1) La que prohibió a Sor Juana que estudiase, y a quien ella calificaba de «una prelada muy santa y muy cándida». (Véase el capítulo anterior.)

profanas, que se consagrase únicamente a la religión», etc.

Debo confesar que yo no hallo impertinente, ni mucho menos, la carta en cuestión. Si se la lee con serenidad, se advierte que, aunque un poco adusta y severa, lo que insinúa no puede ser más oportuno, ni más prudente tratándose de una monja y supuesta la profunda piedad de la época.

Sor Juana no siempre entretenía en el convento sus vagares en escribir obras maestras: impulsada, acosada, obligada por los moscones literarios que zumbaban perennemente alrededor suyo, ya componía sonetos chabacanos como aquellos cinco burlescos de consonantes forzados, en que hay los versos siguientes:

«Inés, cuando te riñen por *bellaca*,
para disculpas no te falta *achaque*,
porque dices que traque y que *barraque;*
con que sabes muy bien tapar la *ca...*»

Ya se veía constreñida a responder a mil inepcias que le decían en versos hinchados un caballero del Perú, o un familiar del Virrey, o «un curioso que escribió a la madre Juana para que le respondiese»; ya cansaba su paciencia labrando acrósticos (1); ya con forzada solicitud anual

(1) Como aquél famoso que compuso a su maestro Martín de Olivas.

cantaba los cumpleaños de todos los Virreyes, etcétera.

El obispo de Puebla no se oponía a que escribiese versos: «No es, decía, mi juicio tan austero censor, que esté mal con los versos en que v. md. se ha visto tan celebrada, después que Santa Teresa (1), el Nacianceno y otros santos canonizaron con los suyos esta habilidad» (2). Lo que él deseaba únicamente era que Sor Juana imitara a estos santos poetas «así como en el metro, también en la elección de los asuntos».

No desaprobaba tampoco el obispo que las mujeres cultivaran las letras, y aun hallaba que era vulgar reprobarlas por este cultivo; pues aunque dice San Pablo «que las mujeres no enseñen», «no manda que las mujeres no estu-

(1) Justamente la madre Inés de la Cruz, anterior a nuestra poetisa y a la cual hacemos referencia en otro lugar, expresó un día a Santa Teresa su sentir de que «era indigno de una monja escribir cantares», y Santa Teresa le respondió blandamente: «Todo es menester para pasar esta vida.»

(2) «Escribir versos fué galantería de algunas plumas que hoy veneramos canonizadas, y los versos de la Madre Juana son tan puros que aun ellos mismos manifiestan la pureza del ánimo que los dictó, y que se escribieron sólo por galantería del ingenio, sin que costasen a la voluntad aun el menor sobresalto.» (Padre Navarro Vélez.)

dien (1) para saber, porque sólo quiso prevenir el riesgo de elación en el sexo, propenso siempre a la vanidad». (Se diría que el apóstol tuvo que habérselas con *basbleues*... fruta de todos los tiempos.)

«No pretendo, decía aún el obispo, que v. md. mude el genio, renunciando los libros, sino que le mejore, leyendo alguna vez el de Jesucristo.

«... No repruebo la elección de estos autores (los profanos), pero digo a v. md. lo que aconsejaba Jerson: préstese v. md., no se venda, ni se deje robar de estos estudios: esclavas son las letras humanas, y suelen aprovechar a las divinas; pero deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la Sabiduría divina, haciendo señoras las que se destinaron a la servidumbre.»

Era natural que en un temperamento tan exquisito, sensible y vehemente como el de Sor Juana, tal amonestación, paternal seguramente, produjese efectos excesivos; pero no debemos culpar por ello al obispo.

(1) Muchos doctores de los primeros años del cristianismo, más severos que San Pablo, pretendían que no se diese a la mujer ni siquiera instrucción religiosa... más que todo, por miedo a la pedantería; y el Talmud, según nos cuenta un sabio orientalista, ponía en el mismo lugar, entre las plagas del mundo, a la viuda charlatana que pasaba su tiempo en comadrazgos y a la virgen que lo pasaba en rezos.

Alabarlo más bien debiéramos, porque, aun sin intentarlo, fué causa de que Sor Juana escribiese la admirable Respuesta a Sor Philotea de la Cruz (documento preciosísimo bajo todos conceptos, en que vemos su vida y su gran espíritu a través del más claro y bello cristal), y compusiese algunas de sus poesías místicas de incomparable alteza.

No podemos dudar, por otra parte, de la dilección de quien amonesta cuando leemos al final de la Carta de Sor Philotea palabras tan gallardas, hermosas y nobles como las siguientes: «Esto desea a v. md. quien, desde que la besó, muchos años ha, la mano, vive enamorada de su alma, sin que se haya entibiado este amor por la distancia ni el tiempo, porque el amor espiritual no padece achaques de mudanzas ni las reconoce el que es puro, si no es hacia el crecimiento: Su Majestad oiga mis súplicas y haga a v. md. muy santa y me la guarde en toda prosperidad.»





XIII

FERVOR Y PENITENCIA DE SOR JUANA

El golpe dió, sin embargo, en la hondura de la entraña. Aquella alma ultrasensible gimió y sangró ante el reproche, que, aunque envuelto en seda, ella discernía grande, pertinente y exacto.

¡Quién sabe si en los meses de prueba que siguieron, la mujer admirable no lamentó su propósito (tan repugnante antaño a su carácter) de entrar en religión! ¿No era preferible, a tanta fatiga espiritual, *la fatiga augusta de la maternidad?* O mejor ser libre, ser dueña de sí misma, para pensar a su guisa, para escribir a su antojo, para abrazarse a sus libros, para sorberles todo el tuétano de vida intelectual que contenían, de esa vida de la que siempre estuvo sedienta.

Más de tres meses mediaron entre la amonestación del obispo (que un viejo autor califica de *luz para el otoñal desengaño* de la amonestada), y la *Respuesta* maravillosa de Sor Juana (1). Durante ellos, la monja, falta de salud que nunca fué muy buena (2), y ayuna de paz, digirió humildemente la censura, se adaptó a ella y vertió

---

(1) Aquí conviene indicar una contradicción que se advierte en varios biógrafos de Sor Juana. Don José María Vigil, por ejemplo, afirma que «dos años antes de morir vióse sometida a la prueba más dura que podía imaginarse, puesto que iba a herirla en la parte más sensible de su alma». Esta prueba fué la carta del obispo de Puebla a que he venido refiriéndome. Ahora bien, Sor Juana recibió la carta del prelado a fines de 1690. (Está fechada en Puebla el 25 de noviembre de 1690, y Sor Juana murió el 17 de abril de 1695: su partida de defunción comprueba que fué en este mes y año.) Por tanto, la *dura prueba*, a la cual el eminente D. José María Vigil y muchos biógrafos se refieren, fué anterior en más de cuatro años, y no en dos, a la muerte de Sor Juana. Consta, en efecto. que ella respondió al obispo el primero de mayo de 1691; es decir, cuatro años, un mes y diez y seis días antes de morir.

(2) Que tengo poca salud
y continuos embarazos,
tales que, aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando.

... «Porque así *por la poca salud que continuamente tengo*, como por la sobra de ocupaciones en que me pone la obediencia, y carecer de quien me ayude a escribir y

la *Respuesta*, tan digna, tan elevada, tan ingenua, tan sabia, tan varia e intensa, en que ya acata, ya replica, ya se yergue cuan grande es, ya narra su vida, ya discute sus inclinaciones, ya se analiza, ya deja desbordar su erudición pasmosa, ya gime, ya sonríe, ya besa la mano que la hiere, ya, sobre todo, defiende los derechos y la dignidad de la mujer, con tal acierto y calor tal, que si en México hay algún día centros feministas, deben declarar a Sor Juana su presidenta de honor.

«No mi voluntad—empieza—, mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta. ¿Qué mucho, si al primer paso encontraba, para no tropezar mi torpe pluma, dos imposibles? El primero (y para mí el más rigu-

---

estar necesitada que todo sea de mi mano... *(Respuesta a Sor Philotea).*

DÉCIMA.

Disculpa no escribir de su letra.

—

Fuerza es que os llegue a decir
que sin salud llego a estar,
de vivir para estudiar
y no estudiar el vivir.
Y así, el llegar a escribir
de ajena letra, no hacer
novedad os pueda, al ver
que haya resuelto, al serviros,
por no poder escribiros,
escribiros por poder.

roso) es saber responder a vuestra doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta. Y si veo que, preguntado el Angel de las Escuelas Santo Tomás, de su silencio con Alberto Magño, su maestro, respondió *que callaba, porque nada sabía decir digno de Alberto*, ¿con cuánta mayor razón callaría, no como el Santo, de humildad, sino que en realidad es no saber algo digno de vos? El segundo imposible es saber agradeceros tan excesivo como no expresado favor de dar a las prensas mis borrones, merced tan sin medida que aun se la pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y al deseo más fantástico...»

Antes dije que, sólo por haber dado origen a esta respuesta, cuando no por otros motivos, fuera de bendecirse la amonestación. Es la tal respuesta el más bello documento que nos queda sobre la vida de la gran monja, el espejo donde se copia su imagen gigantesca. Léanla quienes tengan amor a la *musa* no *décima,* sino *única* de aquel tiempo, a la más radiante figura de mujer que aya atravesado nunca por los panoramas de nuestra historias, a la que exclamaba, sin embargo, en la carta misma: «¿De dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención?»

Era imposible que un espíritu como el de Sor Juana hiciese las cosas a medias.

¿La habían herido en el nudo del corazón porque no era aún santa? ¡Pues a serlo como la que más!

«La primera diligencia que hizo para declararse la guerra y conquistarse del todo a sí misma, sin dejar a las espaldas enemigos—nos cuenta el padre Calleja—, fué una confesión general de toda su vida pasada, valiéndose para descorrer lo vivido sin alguna doblez, de aquélla su (nunca más que para este fin) memoria felicísima. En esta confesión general gastó algunos días, y eso que ni de condición ni de ignorancia era escrupulosa».

Hecha esta confesión general «presentó al tribunal divino, en forma de Petición causídica, una súplica en que «no se estorban lo discreto y lo muy fervoroso». Redactó asímismo dos tratados espirituales, y escribió dos protestas con su sangre.

Pero la mayor prueba a que se sujetó fué la de vender sus libros para los pobres, con lo que «dió de limosna hasta su entendimiento».

Citemos de nuevo al padre Calleja, quien, con su tan característico lenguaje, nos refiere que «la amargura que más sin estremecer el semblante pasó la madre Juana, fué deshacerse de sus amados libros, como el que en amaneciendo el día

claro, apaga la luz artificial por inútil; dedicó algunos para el uso de sus hermanas, y remitió copiosa cantidad al señor arzobispo de México para que, vendidos, hiciese limosna a los pobres». Lo propio hizo con los instrumentos músicos y matemáticos, «que los tenía muchos, preciosos y exquisitos; las preseas, bujerías y demás bienes, que aun de muy lejos le presentaban ilustres personajes, aficionados a su famoso nombre, todo lo redujo a dinero para los pobres.»

Hay que advertir que no fué esta la primera vez que Sor Juana se deshizo de sus riquezas para darlas. Era caritativa por excelencia y frecuentemente, como hemos apuntado: «De muchos regalos continuos y preseas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después personas en la ciudad necesitadas. Graduaba bien el socorro, sin guardar para sí «ni aun la veneración de limosnera ni aun la vanidad de dadivosa».

En esta vez, empero, el abandono de sus bienes fué total, pues en su celda no dejó más que «tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas».

Tan admirable desprendimiento produjo en México emoción hondísima. El propio arzobispo, que lo era el Dr. D. Francisco de Aguiar y Seixas, movido sin duda por el emocionante

ejemplo, al año siguiente, según nos cuenta el Dr. Castorena y Ursúa, vendió su biblioteca, diciendo a varios doctores que se la compraron: *San Nicolás, obispo, vendió sus libros para dar limosna a los pobres. En la calamidad del tiempo, me falta qué darles: vendo los míos. Cuando hubiese menester estudiar, ¿no me hará vuestra merced favor de prestarme los suyos?*

No contento con esto el caritativo varón, enajenó todas sus alhajas, hasta las vinajeras, y, pocas horas antes de su fallecimiento, vendió su cama, «derramando a los mendigos su corto precio».

Ya se ve, pues, cómo Sor Juana hasta en la santidad *hacía escuela.*

Desasida ya de su exclusivo amor, de aquella biblioteca adorada, compuesta de cuatro mil volúmenes, que le habían regalado en su mayor parte cuantos escribían o imprimían en México y en todas las Españas, «como a la fe de erratas», aquella enorme alma, desnuda, entregóse apasionadamente a la penitencia.

Empezó a tratarse con tan despiadados rigores, que alarmado su confesor, el padre Antonio Núñez, fuéle a la mano, rogándole que templase sus ímpetus, lo cual le costó arduo esfuerzo lograr.

Una vez los padres de la Compañía de Jesús preguntaron a este padre «que cómo le iba a la

madre Juana de anhelar a la perfección», y respondió:

—*Es menester mortificarla para que no se mortifique mucho, yéndola a la mano en sus penitencias, porque no pierda la salud y se inhabilite; porque Juana Inés no corre en la virtud, sino vuela.*

Y así, volando en la perfección, alcanzando con el heroico esfuerzo de su espíritu la negación absoluta de sí misma, pasó la madre los dos últimos años de su existencia, y llegó a principios del de 1695, en que, según la bella frase de su biógrafo, «enfermó de caritativa».

Arribada su ánima vasta y potente a esa dejación de todo que es el morir en vida, ¿qué le quedaba ya sino morir de veras?

Con la primavera, que en nuestros valles asoma desde Abril, como novia que tiene prisa, para aquel espíritu asomó también la misteriosa y divina muerte, que es quizá nuestra primavera ¡oh, Arcano!, después del hosco hielo de la vida.





XIV

SU MUERTE

> Murió, finalmente, la célebre poetisa, de cuarenta y cinco años, pocos para tan grandes méritos; pero, ¿cómo pudo vivír mucho quien supo tanto?
>
> DR. J. M. DE CASTILBLANQUE.

> Si es para vivir tan poco,
> ¿de qué sirve saber tanto?
>
> SOR JUANA.

ENTRÓ en el convento — dice Calleja — una epidemia tan pestilencial, que de diez religiosas que enfermasen, apenas convalecía una. Era muy contagiosa la enfermedad. La madre Juana, de natural muy compasivo y caritativa de celo,

Facsímile de la letra y firma de Sor Juana.

«Aqui arriba se a de Anotar el Día de Mi Muerte,·me Y Año Suplico Por Amor de Dios y de su Puris.^{a} M.^{e} a mis Amadas her.^{s} Las Religiosas q. son, Y en lo de Adelante fueren me encomienden A Dios, q. esido y soi Lapeor q a Abido. atodas Pido Perdon Por Amor de Dios y de su M.^{e} Yo la peor del Mundo

Juana Inés de la Cruz

con que asistía a todas (1), sin fatigarse de la continuidad ni recelarse de la cercanía. Decirla entonces, como todos se lo aconsejaban, que siquiera no se acercase a las muy dolientes, era vestirla alas de abeja, para hacerla huir de las flores. Enfermó, al fin, y al punto que se reconoció su peligro, se llenó convento y ciudad de plegarias y víctimas por su salud. Sólo ella estaba conforme con la esperanza de su muerte, que todos temían. Las medicinas fueron muy continuadas y penosas». Sor Juana sufríalas con paciencia admirable. Recibió con gran fervor los últimos Sacramentos, y «en el de la Eucaristía mostró confianza de gran ternura, despidiéndose de su esposo a más ver y presto».

«El rigor de la enfermedad, que bastó a quitarle la vida, no la pudo causar la turbación más leve en el entendimiento», que, «como amigo fiel, la hizo compañía hasta los últimos suspiros, que, recibida la Extremaunción, arrojaba ya fríos y tardos, menos en las jaculatorias a Cristo y su bendita Madre, que no apartaba ni de su mano ni de su boca. Mostró al fin cuán sobre

(1) Este celo ejercitábalo la monja, no sólo en tan críticas circunstancias, sino siempre, pues hemos leído que cuando padecían de alguna dolencia las hermanas, «si no es para guisarlas la comida o disponerlas los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera».

aviso estaba en todo, respondiendo muy a propósito y con puntualidad a las oraciones de la recomendación del alma», acabadas las cuales restituyó su gran espíritu a Dios, «no sólo con serena conformidad», sino «con vivas señales de deseo», a las cuatro de la mañana del 17 de Abril, Dominica del Buen Pastor, del año de 1695.

La inscripción del retrato que poseen las monjas Jerónimas de México, y a la cual me he referido ya, dice que «murió con religiosísimas y ejemplares expresiones de católica y religiosa, demostrando el acierto mayor de su grande ingenio de saber morir, a las cuatro de la mañana, Dominica del Buen Pastor, día 17 de Abril del año de 1695, habiendo vivido cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas. *Requiescat in pace. Amén.*»

Luis González Obregón refiere que don José María de Agreda tuvo en sus manos un viejo libro, encuadernado con piel obscura, que se guardaba en el archivo del convento en que profesó Sor Juana (1). De este libro saco los apuntes siguientes, en los cuales variaré sólo la ortografía y las abreviaturas, modernizando aquélla y suprimiendo éstas para que la linotipia no haga de las suyas y me las deje peor que sánscrito:

(1) Entiendo que el señor Agreda adquirió este libro y lo guardó en su biblioteca particular.

«Copia exacta de lo contenido en la foja 174 del primer libro de profesiones de las religiosas del convento de San Jerónimo de México, cuyo encabezado dice así:

«I U D L X X X V I as».

De otra letra de tiempo muy posterior:

«*Año de 1586*»

Y luego de la misma letra más antigua: «Profesiones que hacen las Religiosas del Monasterio de Santa Paula de la Orden del glorioso Padre nuestro San Jerónimo, de esta ciudad de México.»

Año de 1669=174=

«Yo Soror Juana Inés de la Cruz, hija legítima de Don P.º de Asbaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios N. Sr. y de N.ª S.ª la Virgen María y del glorioso nuestro padre San Jerónimo y de la bienaventurada nuestra Madre Santa Paula, hago voto y prometo a Dios Nuestro Señor, a vuestra merced el Señor Don Antonio de Cárdenas y Salazar, canónigo desta Catedral, juez provisor deste Arzobispado, en cuyas manos hago profesión en nombre del Ilmo. y Rvmo. Sr. Don Fray Payo de Ribera, obispo de Guatemala y electo arzobispo de México, y de todos sus sucesores, de

vivir y morir todo el tiempo y espacio de mi vida, en obediencia, pobreza sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, sola regla de Nuestro Padre San Agustín y constituciones a nuestra Orden y casa=concedidas, en fé de lo cual lo firmé de mi nombre hoy 24 de Febrero del año de 1669.=María de San Miguel, Priora= Juana Inés de la Cruz=Dios me haga Santa.»

Por encargo de Sor Juana, como se verá adelante, y con otro carácter de letra, se puso esta anotación:

«Murió á diez y siete de Abril del año de 1695 la madre Juana Inés de la Cruz.»

«En el año de 1670—prosiguen los apuntes del Señor Agreda—no hubo profesión ninguna.»

Sigue luego, de letra de la madre Juana Inés de la Cruz, lo siguiente: «Yo, Juana Inés de la Cruz, Religiosa Profesa deste Convento, no sólo ratifico mi profesión y vuelvo á reiterar mis votos, sino qne de nuevo hago voto de creer y defender que mi Señora la Virgen María fué concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, en virtud de la Pasión de Jesucristo. Y así mismo hago voto de creer cualquier privilegio suyo, como no se oponga á la Santa Fe, en fe de lo cual lo firmé en 8 de Febrero de 1694, con mi sangre=Juana Inés de la Cruz=Ojalá y toda se derramara en defensa desta verdad por su amor y de su Hijo.»

La firma entera y todas estas últimas palabras, desde «ojalá» hasta «su hijo», están realmente escritas con sangre; aunque está ya muy comido el color.

Lo siguiente, también de puño y letra de la madre Juana Inés (véase el facsímil que ilustra una de las páginas de este libro).

«Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico por amor de Dios y de su Purísima Madre a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido.

«A todas pide perdón por amor de Dios y de su Madre. Yo la peor del mundo—Juana Inés de la Cruz.»

Esta humildad resuelta,—exaltada, podríamos decir,—como el alma de la gran monja, surge a flor de pluma a cada paso en sus últimos años de vida y de penitencia:

Yo la peor del mundo.

Soy la peor que ha habido.

Juana Inés de la Cruz, la más indigna e ingrata criatura de cuantas crió vuestra Omnipotencia, y la más desconocida de cuantas creó vuestro amor (1).

(1) Petición que en forma causidíca presenta al tribunal divino la madre Juana Inés de la Cruz para impetrar perdón de sus culpas.

No se trata de esa modestia que se ostenta para atraer elogios, de esa humildad que va pregonándose por todas partes y que tanto odiaba «nuestro Padre San Jerónimo», sino de una convicción sincera, honda, conmovedora, que impele a la monja a creerse mala porque gastó sus ocios en componer versos en vez de emplearlos todos en santificarse.

¡Este es el delito que purga, infligiendo sus carnes día y noche, hasta que la misericordia de la muerte arranca su luminoso espíritu a tanta pena, para sumergirlo en el océano del pensamiento y del amor!

❖

Hay que pensar en el inmenso hueco que dejó, sin duda, en los corazones de sus hermanas, la mujer extraordinaria, que si maravillaba a los de afuera por su ciencia, a las de adentro las tenía cautivadas por su natural tan blando, que, como dije antes, *nadie la vió jamás quejosa ni impaciente.*

Era ella el director mental de las madres. A ella se recurría en todos los conflictos y en todos los problemas; la admiración sabia de los de afuera, dentro volvíase ingenua, humilde e inocente admiración.

¡Cuántas lágrimas, pues, en todas las celdas

la madrugada aquélla del 17 de Abril, en que entre cuatro cirios y con un severo traje de mística golondrina (1), quedó rígida, tendida, en la capilla del Convento, la mujer siempre afable, siempre expresiva, movida siempre por una inteligente y afectuosa actividad; la mujer de grandes ojos luminosos, ventanas del genio, de fina nariz, de boca bella y pródiga en palabras de vida y de sapiencia, que con ágil y elegante andar recorría como una bendición los claustros; la religiosa *en todas prendas superlativa;* la mujer misteriosa que al nacer traía un alma ya muy vieja, venida de no sé qué mundos superiores, para la cual fué un juego aprender a leer a los tres años, embelesar a los ocho con su discreción y maravillar a los diez y siete con su ciencia.

En cuanto a los que por ceguera, pertinacia o emulación no habían querido confesar su grandeza, ahora que la excelsa monja se convertía según sus propias palabras:

En cadáver, en polvo en sombra, en nada,

¡cómo empezaban a verla crecer, crecer más alto que los dos volcanes hopados de nieve, a cuyo

(1) Religiosa peregrina
que rezando vas y vienes,
y que por el traje tienes
aspecto de golondrina.
(dijo Díaz Mirón, felizmente).

amparo había nacido, y llenar todo el Valle, y toda la Nueva España, y todo el Continente, y todo el mundo con la gigantesca proyección de su sombra.

«Muerta Sor Juana, dice Pimentel, el sentimiento de su pérdida aumentó la admiración que se le tenía.»

En realidad esta admiración la había seguido fielmente durante su vida, a pesar de los imprescindibles y fatales mordiscos de la envidia; pero al morir, ya no hubo más que unanimidad fervorosa para llorarla.

Su entierro fué por todo extremo solemne. Asistieron a él las más claras y conspicuas personalidades de México. La sepultó el canónigo don Francisco Aguilar, y la muchedumbre se agolpaba llorando a las puertas de la iglesia de San Jerónimo.

Hiciéronsele muchas y solemnes exequias, de las que publicó una colección don Lorenzo González Sancha (1). Don Carlos de Sigüenza y

(1) «Traje de México a Madrid, dice el doctor Castorena, un libro muy erudito, en rumboso estilo, intitulado *Exequias Mitológicas. Llantos Piérides, Coronación Apolínea en la Fama Póstuma de la singular poetisa*, escrito por el Bachiller don Lorenzo González de la Sancha, ingenio de los más floridos de nuestra América, digno de los moldes. Discurro que se dará a la estampa, con una valiente y erudita oración fúnebre, que escribió don Carlos de Sigüenza y Góngora», etc., etc.

Góngora, sabio catedrático] de Matemáticas de la Universidad de México, poeta en sus ratos perdidos (autor de la *Primavera Indiana)* y grande amigo de la monja, de la cual (como de otras eminencias de México) conservaba por cierto con cariño varios manuscritos (1), encargóse de hacer su elogio fúnebre; y, por último, el ilustrísimo señor don Juan de Cnstorena y Ursúa imprimió en Madrid su Fama Póstuma, que tengo a la vista, y en que hay más de cuarenta composiciones en honor de la muerta, pues, como él mismo dice, «al ver morir a su amadísima Sor Juana Inés, el lustre de su nación, el honor de su Patria, el más rico tesoro de su América, apenas quedó pluma que no trasladase a su tinta los colores de su corazón».

Entre dichas composiciones figuran varias de personajes, como el conde de Galve, don Manuel José de Toledo, el duque de Sesa, el conde de Clavijo, vizconde de la Aldehuela, el conde de Torrepalma, el marqués de Corpa, don Luis Muñoz Venegas y Guzmán, caballero de la

---

(1) *El Equilibrio Moral, Direcciones Prácticas morales, en la segura probabilidad de las acciones humanas.* «Los borradores me dijo tener don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático de Matemáticas en la Real Universidad, curioso tesorero de los más exquisitos originales de la América.»—Castorena y Ursúa.

Orden de Santiago y veinticuatro de Granada, etc., etc.

Algunas damas dobles, como doña María Jacinta de Abogader y Mendoza; doña Francisca de Echávarri, señora de la Villa de Aramayona de Múxica; doña Catalina de Alfaro Fernández de Córdova, religiosa en el convento de Santi-Spíritus de Alcaraz; doña Marcelina de San Martín, religiosa de la Concepción Francisca de la Villa de Manzanares; doña Inés de Vargas (que nos recuerda con su nombre la hermosa leyenda toledana del Cristo de la Vega, tan elegantemente versificada por Zorrilla), y otras más, la cantaron amorosamente también; entre ellas, por cierto, «una gran señora muy discreta» (dama de la reina), apasionada de la Poetisa, a la que dedicó el siguiente acróstico:

A suntos las nueve musas
J ocosos dictan y graves:
U nica en todos, tú sabes
A zer te admiren confusas,
N umen de ciencias infusas,
A sombro de inteligencias,
I mponderable en cadencias,
N o imitada en consonancias,
E rudita en elegancias,
S ingular en todas ciencias.

Casi todas esas innumerables composiciones son hinchadas y están escritas en la culta latini-

parla de Góngora, con tantas alusiones paganas como versos; pero son sinceras, y algunas suelen tropezar con el metal puro de la emoción y del sentimiento, que en aquella época se escondía en los más ocultos senos del idioma.

A los muchos que en vida la cantaron, fué ella diligente en responderles. Si segó y resegó elogios, galardonólos también con bellos versos. Por ejemplo, esta décima al doctor Castorena y Ursúa, «por un papel que discurrió en elogio y defensa de la Poetisa»:

Favores que son tan llenos
no sabré servir jamás,
pues debo estimarlo más
cuanto los merezco menos.
De pagarse están ajenos
al mismo agradecimiento;
pero ellos mismos intento
que sirvan de recompensa,
pues debéis a mi defensa
lucir vuestro entendimiento.

Hasta puede decirse que murió dando las gracias a sus admiradores, pues en borrador y sin la corrección definitiva, se halló, después de su muerte, su última poesía, un «Romance en reconocimiento a las inimitables plumas de Europa, que hicieron mayores mis obras con sus elogios.»

Tal romance, que figura en el apéndice de los presentes capítulos, no está concluído.

Este fué, pues, si hemos de recurrir al viejo clisé de siempre, el canto del cisne de Sor Juana. ¿Lo escribió antes de su época postrera de fervor? ¿Después? ¡Qué importa! Trátase probablemente de sus últimos versos profanos, impregnados de humildad suave y como sorprendida del elogio.

Después de estos octosílabos, la Décima musa calló; de sus labios incólumes no se exhalaron ya más que jaculatorias; y crucificada, con Jesús, su carne impoluta, y apretando contra su pecho el Santo Cristo (1) *entró resueltamente en la eternidad.*

---

(1) Este Santo Cristo, de metal, fué, según leo en *El Imparcial*, de México, de 25 de Mayo último, vendido por las monjas en 1857 a un coleccionista mexicano, don Juan Corona, cuyos herederos lo poseen en la actualidad.



APÉNDICES

I

VIDA (1)

DE LA MADRE JUANA INES DE LA CRUZ, RELIGIOSA PROFESA EN EL CONVENTO DE SAN JERONIMO, DE LA CIUDAD IMPERIAL DE MEXICO.

QUARENTA, y quatro años, cinco meses, cinco días, y cinco horas, illustró su duración al tiempo la Vida de de esta rara mujer, que nació al Mundo para lograr a la naturaleza las vanidades de prodigiosa. Refiero su vida con lisa sencillez, lejos de que el gasto de las palabras me suponga desconfiar de la inteligencia en el lector: y más, de que las ponderaciones usurpen su derecho a los panegiristas.

A doce leguas de la ciudad de México, Metrópoli de la Nueva España, están casi contiguos dos montes que,

(1) Copiada por el autor del manuscrito existente en la Real Biblioteca de Madrid. Esta *vida* constituye, con lo apuntado de sí por la monja misma, la capital biografía de sor Juana. Su autor es el padre Calleja, o cuando menos él la utilizó por entero.

no obstante lo diverso de sus calidades en estar siempre cubierto de sucesivas nieves el uno y manar el otro perenne fuego, no se hacen mala vecindad entre sí; antes conservan en paz sus extremos, y en un temple benigno la poca distancia que los divide. Tiene su asiento a la falda de estos dos montes una bien capaz alquería, muy conocida con el título de San Miguel de Nepantla, que confinante a los excessos de calores y fríos, a fuer de primavera, huvo de ser Patria de esta maravilla. Aquí nació la Madre Juana Ines el año de mil seiscientos y cinquenta y uno, el día 12 de Noviembre, Viernes a las once de la noche. Nació en un aposento que dentro de la misma alquería llaman la Celda, casualidad que con el primer aliento la enamoró de la vida monástica, y la enseñó a que esso era vivir: respirar aires de clausura. Fué su padre D. Pedro Manuel de Asuaje, natural de la Villa de Vergara, en la Provincia de Guipúzcoa, que con deseo de corregir los yerros a las entrañas de su tierra, tan de nobleza pródigas como estériles de caudal, pasó a Indias, donde cassó este dichoso vizcaíno con D.ª Isabel Ramírez de Cantillana, hija de Padres Españoles, y natural de Yacapistla, Pueblo de Nueba España, de cuya legítima unión tuvieron entre otros hijos a nuestra Poetisa Unica, que fué posible admitir igualdad en la sangre la que pareció no tener parentesco humano con otras almas.

A los tres años de su edad, con ocasión de ir, a hurto de su madre, con una hermanita suia a la Maestra, dio su entendimiento la primer respiración de vivo: vió que daban lección a su hermana, y como si ya entonces supiera que no es mayoría en las almas el excesso en los años, se creió hábil de enseñanza, y pidió que también a ella la diessen lección. La maestra lo reussaba, porque en el balbucir de la niña aún no era posible discernir si los yerros que pronunciasse serían del pico u la rudeza,

hasta que el usso la desengañó: porque a las primeras lecciones, sin haverla podido sugetar a las perezas del deletreo, leía de corrido; y al fin en dos años aprendió a leer, escrivir, contar y todas las menudencias curiosas de labor blanca: éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad, si hubiera havido menester que fuessen su tarea. La primera luz que rayó de su ingenio, fué azia los versos españoles, y era mui racional admiración de quantos la trataron en aquella edad tierna, ver la facilidad con que salían a su voca o su pluma los consonantes y los números: assí los producía, como si no los buscara en su cuidado, sino es que se los hallaba de valde en su memoria. Esta habilidad de la Poesía, que quanto es en sí prescinde, para ser de buen numen, de expresar con ella conceptos subtiles ni altos pensamientos, y menos de tratar materias heroicas, porque sin pasar de las aprehensiones de una fantasía elevada puede llegar a la esfera de su perfección sobre cualquiera asumpto, cuando se acompaña de un entendimiento profundo y claro,—a que se a de añadir lo perspicaz de un discurso mui fértil y con el lustre de noticias varias, en que entren, no como las menos principales, las del idioma en que se escribe,—a hecho los sugetos más celebrados en todas edades. No llegaba a ocho años la de la Madre Juana Inés, quando, porque le ofrecieron por premio un libro, riqueza de que tuvo siempre sedienta codicia, compuso para una fiesta del Sanctíssimo Sacramento una Loa con las calidades que requiere un cabal Poema: testigo es el muy Reverendo padre Maestro Fr. Francisco Muñiz, Dominicano, Vicario entonces del pueblo de Mecamessa, que está quatro leguas de la Cassería en que nació la Madre Juana Inés. Ella misma refiere de sí que, si en esta edad oía decir que alguna golosina causaba rudeza, huía de ella como de un veneno que, comido, huviesse de inficionarla su razón. Im-

portunaba entonces mucho a sus padres sobre que, mudado su trage, en el de hombre, la embiassen a estudiar muchas ciencias que oió decir que en la Universidad de México se enseñaban; y mostrando su espíritu el impetuoso caudal que encerraba en aquel corpecico, se impacientaba con la orilla que la naturaleza le pusso. No prevenía entonces que ingenios de cathegoría tan superior pueden, en la perspicacia de su entendimiento, contener las ciencias, como en semilla que da copioso fruto a cultivo ligero, para que sólo les hace falta la arbitraria propiedad de los términos que, si tal vez no sirbe a la inteligencia substancial, aprovecha siempre de esplicarsse al usso los maestros. Estos la faltaron siempre a esta prodigiosa mujer, pero nunca la hicieron falta; dentro de sola su capacidad cupieron cáthedra y Auditorio para emprender las maiores ciencias y para saberlas con la cabal inteligencia que tantas veces se asoma a sus escritos; ella se fué a sus solas, a un mismo tiempo, argumento, respuesta, réplica y satisfacción, como si huviera hecho todas las facultades de calidad de Poesía, que se sabe sin enseñanza.

En edad de ocho años la llebaron sus padres a México, a que viviese con un abuelo suio, donde cebó su ansia de saber en unos pocos libros que halló en su casa, sin más destino que embarazar adornando un bufete, penuria que muchos años padeció: estudiar a merced de los libros que hallaba fuera de su deseo. Solas diez lecciones de la lengna Latina testifica el Bachiller Martín de Olivas que la dió, y la supo con eminencia; porque, haviéndola dejado por maestro en manos de solo su discurso, añadió ella por decisión su empeño, cortándose del cabello algo, y notificándose que, si hasta cierta medida del hombro crecía otra vez sin haver aprendido lo que se tassaba, se le havía de volver a cortar, cosa que no tal vez la executó; valiéndose para

despertar su poco dormida memoria de tan castiza madrina, que otras mugeres perdieran los sentidos con ella.

Bolaba la fama de habilidad tan nunca vista en tan pocos años, y al passo que crecía la edad, se augmentaban en ella la discreción con los cuidados de su estudio, y su buen parecer con los de la naturaleza sola; que no quiso esta vez encerrar tanta sutileza de espíritu en cuerpo que la embidiasse mucho, ni dissimular, como avarienta, tesoro tan rico escondido entre tierra tosca. Luego que conocieron sus parientes el riesgo que podía correr de desgraciada por discreta, y con desgracia no menor de perseguida por hermosa, asseguraron ambos estremos de una vez, y la introdujeron en el palacio del Excmo. Señor Marqués de Mancera, virrey que era entonces de Mexico, y entraba con el título de mui querida de la señora virreyna. Aquí me pesa el descarte que hice al estilo de panegyrista, porque no se hará sin hipérboles verosímil quánto cariño (¿y porqué no veneración, si así ai modos de servir, que dominan su alvedrío a los dueños?) la cobraron sus Excelencias, viéndola que acertaba, como por uso, en quanto sin mandárselo obedecía. La señora virreyna no parece que podía vivir un instante sin su Juana Inés, y ella no perdía por eso el tiempo a su estudio. Porque antes era proseguirle, hablar con la señora virreyna. Aquí referiré con certitud no disputable (tanta fe se debe al testigo) un suceso que sin igual apoyo le callara, o por no sospecharme de apasionado crédulo, o por limpiar de dudas lo que e dicho y me resta. El Sr. Marqués de Mancera, que oi vive, y viva muchos años, que frasse es de favorecido, me contó varias veces que, estando con no vulgar admiración (era de su Exc.ª) de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan al parecer puntuales y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez y saber si era sabiduría tan admirable o infusa, o adqui-

rida, o artificio, o natural, y juntó un día en su palacio quantos hombres profesaban letras en la Universidad y Ciudad de México. El número de todos llegaría a quarenta, y en las profesiones eran varios, como Theólogos, Escripturarios, Philosophos, Mathematicos, Historiadores, Poetas, Humanistas, y no pocos de los que, por alusivo gracejo, llamamos Tertulios, que sin haver cursado por destino las facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer, no en vano, mui buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más que diez y siete años) de la no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres, que eran discretos: ni aun esquivaron descortesses la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado al certamen de tan curiosa admiración, y atestigua el Señor Marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vió, pues dice *que a la manera que un Galeón Real* (traslado las palabras de su Exc.ª) *se defendería de pocas chalupas que le embistieran, assí se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su classe, la propusieron.* ¿Qué estudio, qué entendimiento, qué discurso y qué memoria sería menester para esto? El lector lo discurra por sí, que quien lo escribe sólo puede afirmar que, de tanto triunfo, quedó Juana Inés con la poca satisfacción de sí, que si, en la Maestra, hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica.

Entre las lisonjas de esta no popular aura vivía esta discretíssima muger, quando quiso que viessen todos el entendimiento que havían oído; porque conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración; que no ai abril que passe de un mes, ni mañana que llegue a un día; que lo hermoso es un bien de tan ruin sobervia que, si no se permite ajar, no se estima; que la buena cara de una muger pobre es

una pared blanca donde no ai necio que no quiera hechar sus borrón; que aun la mesura de la honestidad sirbe de riesgo, porque ai ojos que en el hielo deslizan más, y, finalmente, que las flores más bellas manoseadas son desperdicio, y culto divino en las macetas del altar, — desde esta edad tan floreciente se dedicó a servir a Dios en una clausura religiosa, sin haver jamás amagado su pensamiento a dar oídos a las licencias del matrimonio, quizás persuadida de secreto la Americana Fenix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar paz en el mundo.

Tomó este acuerdo la Madre Juana Inés, a pesar de la contradicción que la hizo conocer, tan entrañada en sí, la inclinación vehemente al estudio. Temía que un coro indispensable ni la podía dejar tiempo ni quitar la ansia de emplearse toda en los libros; y meter en la religión un deseo estorvado, sería llevar por alivio un continuo arrepentimiento, torcedor que a las más vigorosas almas no las deja en toda la vida respirar sino aies, en especial quando el deseo reprimido no se aprende por especie de culpa; que entonces, con lo anchuroso de la permisión, hallan los grandes juicios mui a tras mano la resistencia del deseo. Era por aquel tiempo el Padre Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús, en la ciudad de México, por virtuoso y sabio, veneración de todos y confesor de los señores virreyes. Comunicó los recelos de su vocación Juana Inés con varón tan ilustre, que a fuer de luz la quitó el miedo: porque siendo el consultado de tal familia, claro estaba que no le había de parecer difícil caber dentro de un alma grande talentos de sabiduría hermanados con grandes virtudes religiosas; y que si se oponían a éstas, la dijo, era mucha ganancia esconder los talentos; con que, depuesta la repugnancia, resolvió Juana Inés, con denuedo piadoso dejar en su mundo su inclinación a la sabiduría humana

y en cada libro que abandonaba, degollarle a Dios un Isaac, fineza que su Majestad la pagó con sobre añadir a su entendimiento capacidad para aprender en la religión, a ratos breves, que havían de ser u ocio u descanso, más noticias que tantos como en las escuelas, a puro gastar tiempo y macear, acepillan finalmente su tronco.

El convento de las Religiosas de San Gerónimo de la imperial ciudad de México fué el mar pacífico en que, para ser peregrina, se encerró a crecer esta perla: allí profesó, favoreciéndosse D. Pedro Velázquez de la Cadena pagarla el dote, que tales gastos enriquecen; merced a que siempre estubo la madre Juana Inés, como a Patrón por quien se havía guarecido de tanta prevista tormenta, agradecidíssima; que como tenía su grande entendimiento esmaltado de igualmente calidades preciosas, fuera mengua notable que envileciesse la ingratitud joiel tan rico. Por esso, pareciéndola que las ciencias que avía estudiado no podían ser de provecho a su femenil religiosa familia, donde se professa con esmero tan edificativo el arte de la música, por agradecer a sus caríssimas hermanas el hospedage cariñoso que todas la hicieron, estudió el arte mui de propósito, y le alcanzó con tal felicidad que compuso otro nuebo y más fácil, en que se llega a su perfecto uso sin los rodeos del antiguo méthodo: obra de los que esto entienden tan alabada, que bastaba ella sola, dicen, para hacerla famosa en el mundo.

Veintissiete años vivió en la religión, sin los retiros a que empeña el estruendoso y buen nombre de estática, mas con el cumplimiento substancial a que obliga el estado de religiosa, en cuya observancia común guardava la Madre Juana Inés su puesto como la que mejor. Su más intimo y familiar comercio eran los libros, en que tan bien lograba el tiempo; pero a los del coro, en

que ganaba eternidad, todos cedían. La caridad era su virtud reyna: si no es para guisarlas la comida u disponerlas los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera. De muchos regalos continuos y preseas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después, personas en la ciudad necessitadas. Graduaba bien el socorro; que en fucia de que tienen (¡y cuán dudosa es la seguridad!) la comida, algunas religiosas padecen en todo penurias mui graves; sin que en esto la Madre Juana Inés guardase para sí ni aun la veneración de limosnera, ni aun la vanidad de dadivosa: tan sin ruido era liberal.

Ya se sabe que la fortuna se la tiene jurada a la naturaleza, y que el gran lustre de una habilidad es el blanco a que endereza sus tiros la suerte, mereciendo los que vuelan más alto en la esfera de una comunidad la conmiseración que se suele tener de Cicerón y de Aristóteles porque son afligidos a donde están, y alabados a donde no. Sobre componer versos tubo la Madre Juana Inés bien autorizadas contradicciones, de que no debemos aquí lastimarnos, o porque ya los aprobantes de su primer tomo hicieron por ella este duelo, o porque el buen gusto de los espíritus poéticos suelen convertir en sazón onrosa estos pesares que, referidos en consonante de alegre queja, hacen risueña la pesadumbre. Sólo nos debemos compadecer del tiempo en que tuvo entredicho la Madre Juana el estudio de las ciencias maiores por precepto casero, aconsejado, sin quizás, de algunos ánimos, cuios juicios no saben descansar el dictamen sino en lo más seguro, como si esto en el trato humano pudiese tener límite, o como si pudiera ser aun laudable lo que es competentemente seguro; en especial, haviendo pareceres doctíssimos de que, entre dos extremos seguros, el *más* y el *menos* harán diferencia en la perfección, no en la legalidad. Enfermó entonces

esta prodigiosa muger de no trabajar con el estudio: assí lo testificaban los médicos; y la huvieron los superiores de dar licencia para que de fatigarsse viviesse. Bolvió a sus libros con sed de prohibida, poniéndosse rigurosos preceptos de no entrar a celda ninguna, porque en todas era tan bien querida que no podía entrar a salir presto. En las visitas de la red avía menester gastar más paciencia porque más tiempo, como los personajes que frecuentaban su conversación no acertaban a dejarla luego, ni los podía perder el respeto con escusarsse. Sólo para responder a las cartas que, en versos y prosa, de las dos Españas recivía, aun dictados al oído los pensamientos tuviera el amanuense más despejado bien en qué trabajar. No se rendían a tanto peso los hombros de esta robustíssima alma: siempre estudiaba y siempre componía, uno y otro tan bien como si fuera poco y de espacio.

Desdén sería no hacer aquí alguna reflexión sobre dos solos escritos suios, que la suponen igualmente ingeniosa y sabia. Uno es la *Crisis*, en que con puntualidades de rigor escholástico contradice assumpto y razones a un sermón del Padre Anttonio Vieyra. Lo primero que arguie bien este escrito es que, el más versado en la forma syllogística de las escuelas, no puede aventajar a la puntualidad, clara, formal y limpia, con que en sus syllogismos distribuie sus términos, al argüir, la Madre Juana. Y lo bien que convence sobre la materia, lo entenderán todos por el siguiente parecer: el Revmo. Padre Maestro Francisco Morejón, cuia sabiduría y demás prendas son tan conocidas en Madrid, y en especial cuia sutil robustez en las consecuencias a sido siempre tan dolorosa para muchos, haviendo leído este escrito de la Madre Juana en contradicción del assumpto del Padre Vieyra, dijo que *quatro o cinco veces le concluia con evidencia;* esto le oió a este formalíssimo ingenio quien

esto escrive, y porque sobrados los apoios no enflaquezcan el crédito de la poetisa entre los que han menester dársele de escholástica por ageno informe, no refiere otros muchos, doctos, entendidos y de gusto discreto, que, haviendo leído este papel del *Crisis*, se deshacían en su alabanza; y aun rehusa desdeñar al Erostrato que, con un ímpetu cerril y con un mal encendido tizón de estilo causídico, se quiso amenazar de famoso y quemar esta maravilla. Quien, a las objeciones de los que pasan la simple aprehensión por juicio hecho, quisiere ver una satisfacción cabal, lea la respuesta de la Madre Juana a la Illustríssima Philotea, que va impresa para honra única de este tercer tomo. Allí verá que la objeción de que se atreba una muger a presumir de formal escholástica es tan irracional, como si riñera con alguna mina de hierro porque, fuera de su naturaleza, se avía entremetido a producir oro. Allí verá que la Madre Juana Inés no destinó este escrito para notorio, sino es que illustríssima pluma la offreció la impressión, a su mano antes que a su esperanza. Allí verá que, con la satisfacción que da la poetisa al Padre Vieyra, queda más ilustrado que con la defensa que le hizo quien labó con tinta la niebe. Y allí, finalmente, verá, en esta muger admirable, una humildad de candidez tan mesurada, que no rehusa dar satisfacciones de su misma offensa.

Otro papel de que es fuerza no desentendernos es *El Sueño*, obra de que dice ella misma que a solo contemplación suya escrivió. En este elevadíssimo poema se suponen sabidas quantas materias en los Libros de Anima se establecen, muchas de las que tratan los mithológicos, los physicos, aun en quanto médicos, las historias profanas y naturales, y otras no vulgares erudiciones. El metro es de sylva, suelta de tassar los consonantes a cierto número de versos, como el que arbitró el príncipe numen de D. Luys de Góngora en sus

Soledades, a cuya imitación sin duda se animó en este *Sueño* la Madre Juana; y si no tan sublime, ninguno que lo entienda bien negará que vuelan ambos por una esfera misma. No le disputemos alguna ventaja a D. Luis, pero es menester balancear también las materias, que aunque la poesía quento es de su parte las prescinde, ai unas más que otras capaces de que en ellas vuele la pluma con desahogo. De esta calidad fueron cuantas tomó D. Luis para componer sus *Soledades*, pero las más que para su *Sueño* la Madre Juana Inés escogió, son materias, por su naturaleza, tan áridas, que haverlas hecho florecer tanto argüie maravillosa fecundidad en el cultivo. ¿Qué cosa más agena de poderse decir con airoso numen poético que los principios, medios y fines con que se cuece en el estómago el manjar, hasta hacerse substancias del alimentado? Lo que passa en las especies sensibles, desde el sentido externo al común, al entendimiento agente, a ser intellección? Y otras cosas de esta ralea, con tan mucho fondo que causa admiración justíssima haver sobre ella labrado nuestra poetisa primores de tan valiente garbo. Si el espíritu de D. Luis es alabado con tanta razón, que a dos asunmptos tan poco estendidos de sucesos los adornasse con tan copiosa elegancia de perífrases y fantasías, la madre Juana Inés no tuvo en este escrito más campo que este: *Siendo de noche, me dormí; soñé que de una vez quería comprehender todas las cosas de que el Universo se compone. No pude, ni aun divisas por sus cathegorías, ni aun solo un individuo; desengañada, amaneció y desperté.* A este angostíssimo cauce redujo grande golfo de erudiciones, de subtilezas y de elegancias, con que huvo por fuerza de salir profundo, y por consequencia, diffícil de entender de los que pasan la hondura por obscuridad; pero los que saben los puntos de las facultades, historia y fábulas, que tocan y entienden en sus

translaciones los términos allegorizado y allegorizante, con el que resulta de el careo de ambos, están bien ciertos de que no escrivió nuestra poetisa otro papel que con claridad semejante nos dejasse ver la grandeza de tan sutil espíritu.

Con estos empleos que hacían a la Madre Juana Inés amada con veneración de personages mui insignes, vivía ella tan ignorante de sus prendas, como si huviera entrado entre tantas monjas a no ser más que una, sin querer para sí ni prelacía, ni conveniencia, ni singularidad, que a sabidurías tan ventajosas les suele ser, por ojeriza de la suerte, vedado el dominio: que aun a los esclavos los marcamos con letras, como quien dice: éste nació para ser mandado. Afirman los que la trataron que jamás se avía visto igual perspicacia de entendimiento junta con tan limpíssima candidez de buen natural. Nadie la oió jamás quejosa ni impaciente; su quita pesares era su librería, donde se entraba a consolar con quatro mil amigos, que tantos eran los libros de que la compuso, casi sin costa, porque no havía quien imprimiesse que no la contribuiesse uno, como a la fe de erratas.

Estas disposiciones de natural tan limpio y compuesto halló el año de 1693 la divina gracia de Dios, para hacer en el corazón de la Madre Juana su morada de asiento.

Entró ella en quentas consigo, y halló que la paga sólo puntual en la observancia de la Ley que havía buenamente procurado hasta entonces hacerle a Dios, no era generosa satisfacción a tantas mercedes divinas de que se reconocía adeudada; con que trató de no errar para en adelante los motivos de buena, de escusar lo lícito y empezar las obras de su perogación, con tal cuidado, como si fueran de precepto. La primer diligencia que hizo para declararse la guerra y conquistarse del

todo a sí misma sin dejar a las espaldas enemigos, fué una confesión general de toda su vida pasada, valiendosse, para descoger lo vivido sin algún doblez, de aquella su nunca más que para este fin memoria felicíssima. En esta confesión general gastó algunos días, y ni de condición ni ignorancia era escrupulosa; pero no le pareció a entendimiento tan ilustrado sobrada ninguna exacción, para examinar una vida en que las tibiezas, las confianzas, las omisiones y los descuidos suelen hechar en la conciencia no leves manchas de secreto; y, finalmente, no ai pureza de aire, si la vaña el sol, que no se sienta hervir en átomos. Luego que, aun a satisfacción de la medrosa penitente, feneció esta confesión general, presentó al Tribunal Divino, en forma de petición causídica, una súplica en que no se estorban lo discreto y lo mui fervoroso, que en este tercer libro irá impresa con otros tratados espirituales y dos protestas que escrivió con su sangre, sacada sin lástima, pero repassada, no sin ternura, todos los días.

La amargura que más sin estremecer el semblante passó la Madre Juana, fué deshacerse de sus amados libros, como el que en amaneciendo el día claro apaga la luz artificial por inútil; dejó algunos para el uso de sus hermanas, y remitió copiosa cantidad al Sr. Arzobispo de México para que, vendidos, hiciesse limosna a los pobres, y aun más que estudiados, aprovechassen a su entendimiento en este uso. Esta buena fortuna corrieron también los instrumentos músicos y matemáticos, que los tenía muchos, preciosos y exquisitos. Las preseas y brujerías y demás bienes que aun de mui lejos la presentaban ilustres personages aficionados a su famoso nombre, todo lo redujo a dinero con que, socorriendo a muchos pobres, compró paciencia para ellos y cielo para sí; no dejó en su celda más que tres libritos de devoción, y muchos silicios y disciplinas.

Armada de esta desnudez, entró en campo consigo, y fué la victoria más continua que consiguió de sí no querer entre sus hermanas religiosas parecer mui espiritual en nada, procurando lo ser en todo; mas siendo fuerza que tantos ánimos y penitencias como hacía pintassen azia el rostro, se esforżaba más a bañarle de su agrado antiguo y dulcíssima labia, porque no fuesse que la estimación de virtuosa la empeorasse con la vanidad del estado de tibia.

Sólo a su director, a quien no fuera possible ni bien esconderle los rigores despiadados con que se trataba, los sabía; mas procuraba persuadirla a que fuessen menos. Era éste el virtuosíssimo y sapientíssimo Padre Antonio Núñez, de quien ia dijimos que desde niña la encaminó a dejar el siglo y persuadió a que el modo mejor de despreciar el mundo era no pisarle; mas es digno de admiración, que haviendo este hombre ilustre recabado tan luego de Juana Inés que al principio de su juventud segasse en ierva sus esperanzas, apenas pudiesse a razones, a persuasivas y aun a ruegos, conseguir de la misma, ya otra, que templasse en sus penitencias el rigor. Circo sería de bien deseable atención oir las conclusiones en que la venerable ancianidad de varón tan experimentado en governar espíritus argüiria de indiscreción los fervores que amaba con miedo en la penitencia, y a ella responder en su favor, tan contra sí, algunas soluciones mui fervorosas, que aun el arguiente estimara que le concluieran; saliendo ambos de la pacífica contienda, ella desconsolada del alivio y él alabando a Dios que huviesse hecho una muger con entendimiento tan profundo, con tal sabiduría, y dócil de juicio no obstante.

Una vez le preguntaron los padres de su docta y santa familia al Padre Antonio Núñez que cómo la iba a la Madre Juana de anhelar a la perfección. Y respondió:

es menester mortificarla, para qne no se mortifique mucho, yendola a la mano en sus penitencias, porque no pierda la salud y se inhabilite; porque Juana Inés no corre en la virtud, sino es que vuela.

En esta ferviente intimidad con Dios, tan deseable para esperar la muerte quien no la teme como fin de la vida, sino como principio de la eternidad, pasó la Madre Juana sus dos últimos años, y llegó al fin el de noventa y cinco, muy fértil para el cielo, que del convento de San Gerónimo de la ciudad de México encerró gran cosecha de puríssimas almas; una fué, como aun sin el deseo lo puede esperar la razón piadosa, la de la Madre Juana Inés, que, como la Esposa de los Cantares en la cercanía de otras flores, enfermó de caritativa.

Entró en el convento una epidemia tan pestilencial, que de diez Religiosas que enfermassen, apenas convalecía una. Era (¡mal pecado!) mui contagiosa la enfermedad, y la Madre Juana, de natural mui compasiva y charitativa de celo con que asistía a todas, sin fatigarse de la continuidad ni recelarsse de la cercanía. Decirla entonces (como tantos se lo aconsejaban) que siquiera no se acercasse a las mui dolientes, era vestirla alas de aveja, para hacerla huir de las flores. Enfermó al fin, y al punto que se reconoció su peligro, se llenó convento y ciudad de plegarias y víctimas por su salud; sólo ella estaba conforme con la esperanza de su muerte que todos temían. Las medicinas fueron mui continuadas y penosas, con que las sufría la Madre Juana como elegidas, y que no innobaban el estilo, por penosas y continuadas, a sus penitencias. Recibió mui a punto los Sacramentos con su celo catholicíssimo, y en el de la Eucharistía mostró confianza de gran ternura, despidiéndosse de su esposo a más ver y presto. El rigor de la enfermedad, que bastó a quitarla la vida, no la pudo causar la turbación más leve en el entendimiento; y como amigo fiel, la

hizo compañía asta los últimos suspiros que, recibida la extrema unción, arrojaba, ya fríos y tardos; menos en las jaculatorias a Christo y su Bendita Madre, que no los apartaba ni de su mano ni de su voca. Mostró al fin quán sobre aviso estaba de todo, respondiendo mui apropósito y con puntualidad a las oraciones de la recomendación del alma que, fenecida, restituyó la suya, no sólo con serena conformidad, pero aun con vivas señales de deseo, en las manos de su Criador, a las quatro de la mañana, en diez y siete de Abril, Dominica del Buen Pastor, Año de 1695.





II

ALGUNAS DE LAS MÁS BELLAS POESIAS DE SOR JUANA

Escribir bellos versos, ¿no es hacer caridad?

AMADO NERVO.

I

SONETO

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA

OH, famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho
salió la sangre que extinguió a despecho
del Rey injusto la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud!, pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama.

Pero si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento

con que pusiste fin a tantos males:
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

II

A UN RETRATO DE LA POETISA

Este que ves, engaño colorido,
que ostentado del arte los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el Hado,

es una necia diligencia errada,
es un afáu caduco; y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

III

SONETO A LA ESPERANZA (1)

Verde embeleso de la vida humana,
loca esperanza, frenesí dorado,

(1) Este soneto se encuentra en varios retratos de Sor Juana: en México hay cuando menos uno que lo ostenta, y en el Museo provincial de Toledo otro, que ilustra por cierto estas páginas.

sueño de los despiertos, intrincado,
como de sueños, de tesoros vana:

alma del mundo, senectud lozana,
decrépito verdor imaginado,
el *hoy* de los dichosos esperado
y de los desdichados el *mañana:*

sigan tu sombra en busca de tu día
los que, con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo;

que yo, más cuerda en la fortuna mía,
tengo en entrambas manos ambos ojos,
solamente lo que toco veo.

IV

REDONDILLAS

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa por qué lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo
y pára en melancolía.
Y, cuando con más terneza
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste, e ignoro
la causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,

y cuando cerca la miro,
yo misma aparto la mano.

. . . .

Siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.

. . . .

Con poca causa ofendida,
suelo, en mitad de mi amor,
negar un leve favor
a quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada,
con contraria pena lucho:
que por él sufriré mucho,
y con él sufriré nada.

No sé en que lógica cabe
el que tal cuestión se pruebe,
que por él lo grave es leve
y con él lo leve es grave.

. . . .

Y aunque el desengaño toco,
con la misma pena lucho
de ver que padezco mucho,
padeciendo por tan poco.

. . . .

En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño,
solicito el desengaño
y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye,
más a decirlas me obliga
porque me las contradiga,
que no porque las apoye.

Porque, si con la pasión
algo contra mi amor digo,

es mi mayor enemigo
quien me concede razón.
Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquel que tuviere amor,
entenderá lo que digo.

V

SONETO

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien celosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

VI

LIRAS

QUE DAN ENCARECIDA SATISFACCIÓN A UNOS CELOS

Pues estoy condenada,
Fabio, a la muerte por decreto tuyo,

y la sentencia airada,
ni la apelo, resisto, ni la huyo,
óyeme: que no hay reo tan culpado
a quien el confesar sea negado.

Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has, fiero, condenado:
¡y pueden en tu pecho endurecido
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia!

Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
y el sentido trocado,
de la ley, al cordel mi cuello entregas;
pues liberal me amplías los rigores
y avaro me restringes los favores?

Si a otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.

Si a otro alegre he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea:
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sácame el alma, tú que mi alma has sido.

Mas supuesto que muero
sin resistir a mi infelice suerte,
que me des, sólo quiero,
licencia de que escoja yo mi muerte.

Deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida.

No muera de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
pues con morir de amores,
tú acreditado, y yo bien puesta quedo;
que morir por amor, no de culpada,
no es menos muerte, pero es más honrada.

Perdón, en fin, te pido
de las muchas ofensas que te he hecho
en haberte querido;
que ofensas son, pues son a tu despecho,
y con razón te ofendes de mi trato,
pues que yo con quererte te hago ingrato.

VII

REDONDILLAS

Hombres necios, que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco

al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues, la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

Pues ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejáos norabuena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues, en promesa e instancia,
juntáis diablo, carne y mundo.

VIII

ROMANCE

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato:
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario.

Que, pues sólo en la aprensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso,
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso,
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es de opiniones,
de pareceres tan varios,
que lo que el uno que es negro,
el otro prueba que es blanco.

A uno sirve de atractivo
lo que otro concibe enfado;
y lo que éste por alivio,
aquél tiene por trabajo.

El que está triste censura
al alegre de liviano,
y el que está alegre, se burla
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
bien esta verdad probaron;
pues lo que en el uno risa,
causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
ha sido por siglos tantos,
sin que cuál acertó esté
hasta agora averiguado.

Antes, en sus dos banderas
el mundo todo alistado,
conforme el humor le dicta,
sigue cada cual su bando.

Uno dice que de risa
sólo es digno el mundo vario;
y otros, que sus infortunios
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba
y razón en que fundarlo;
y no hay razón para nada
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces,
y siendo iguales y varios,
no hay quien pueda decidir
cuál es el más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie,
¿por qué pensáis vos, errado,
que os cometió Dios a vos
la decisión de los casos?

¿O porqué, contra vos mismo
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
que sirve por ambos cabos:
de dar muerte por la punta;
por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
queréis por la punta usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
discursos sutiles, vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas
y examinar los presagios,
sóle sirve de que el mal
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros
la atención sutilizando,
más formidable que el riesgo
suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia
del que, indoctamente sabio,
halla de lo que padece,
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
vuelos del ingenio osados,
que buscan trono en el fuego
y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber,
que, si no se va atajando,
cuando menos se conoce
es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten
en sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
crecer al árbol copado,
quitan la substancia al fruto
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera
no estorba lastre pesado,
sirve el vuelo de que sea
el precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿qué importa al florido campo,
si no halla fruto el otoño,
que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
el producir muchos partos,
si a la multitud le sigue
el malogro de abortarlos?

Y a esta desdicha por fuerza
ha de seguirse el fracaso
de quedar, el que produce,
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
que con la materia ingrato,
tanto la consume más
cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
tan rebelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,
este duro afán pesado,
a los hijos de los hombres
dió Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos llena,
de nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,
hubiese algún seminario
o escuela, donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera
el que, flojamente cauto,
burlara las amenazas
del influjo de los astros!

Aprendamos a ignorar,
pensamientos, pues hallamos
que cuanto añado al discurso
tanto le usurpo a los años.

IX

AUTO SACRAMENTAL DEL DIVINO NARCISO

FRAGMENTO MUY ELOGIADO POR MENÉNDEZ Y PELAYO

Nat. De buscar a Narciso fatigada,
sin permitir sosiego a mi pie errante,
ni a mi planta cansada,
que tantos ha ya días, que vagante
examina las breñas
sin poder encontrar más que las señas;
A este bosque han llegado, donde espero
tener noticias de mi bien perdido;
que si señas confiero,
diciendo está del prado lo florido,
que producir amenidades tantas,
es por haber besado ya sus plantas.
¡Oh, cuántos días ha que he examinado
la selva, flor a flor y planta a planta,

gastando, congojado,
mi triste corazón en pena tanta,
y mi pie fatigando vagamundo,
tiempo, que siglos son, selva, que es mundo!

Díganlo las edades que han pasado,
díganlo las regiones que he corrido,
los suspiros que he dado,
de lágrimas los ríos que he vertido,
los trabajos, los hierros, las prisiones
que he padecido en tantas ocasiones.

Una vez, por buscarle, me toparon
de la ciudad las guardas, y atrevidas,
no sólo me quitaron
el manto, mas me dieron mil heridas
las centinelas de los altos muros,
teniéndose de mí por mal seguros.

¡Oh, ninfas, que habitáis este florido
y ameno prado! Ansiosamente os ruego
que, si acaso al querido
de mi alma encontrareis, de mi fuego
la noticiéis, diciendo el agonía
con que de amor enferma el alma mía.

Si queréis que os dé señas de mi amado,
rubicundo esplendor le colorea,
sobre jazmín nevado,
por su cuello rizado Ofir pasea;
los ojos de paloma, que enamora,
y en los raudales transparentes mora.

Mirra olorosa de su aliento exhala,
las manos son al torno, y están llenas
de jacintos por gala,
o por indicio de sus graves penas;

que si el jacinto es *ay* entre sus brillos,
ostenta tantos *ayes* como anillos.

Dos columas de mármol sobre basas
de oro, sustentan su edificio bello,
y en delicias no escasas,
suavísimo es y ebúrneo el blanco cuello,
y todo apetecido y deseado:
tal es (¡oh ninfas!) mi divino amado.

Entre millares mil es escogido,
y cual granada luce sazonada
en el prado florido,
entre rústicos árboles plantada,
así, sin que ningún zagal le iguale,
entre todos los otros sobresale.

Decidme dónde está el que mi alma adora,
o en qué parte apacienta sus corderos,
o hacia dónde a la hora
meridiana descansan sus luceros,
para que yo empiece a andar vagando
por los rediles que le voy buscando.

Mas, por mi dicha, ya cumplidas veo
de Daniel sus semanas misteriosas;
y logra mi deseo
las alegres promesas amorosas
que me ofrece Isaías
en todas sus sagradas profecías.

Pues ya nació aquel niño hermoso y bello,
y ya nació aquel hijo delicado,
que será gloria el vello,
llevando sobre el hombro el principado,
admirable Dios fuerte y consejero,
rey y padre del siglo venidero.

Ya brotó aquella vara misteriosa,
de Jessé la flor bella, en que descansa
sobre su copa hermosa
espíritu divino, en que afianza
sabiduría, consejo, inteligencia,
fortaleza, piedad, temor y ciencia.

Ya el fruto de David tiene la silla
de su padre; ya el lobo y el cordero
se junta y agavilla,
y el cabritillo con el pardo fiero,
junto al oso el becerro quieto yace,
y come buey, el león las pajas pace.

Recién nacido Infante, quieto juega
en el cóncavo de aspid ponzoñoso,
y a la caverna llega
del régulo nocivo, niño hermoso,
y la manilla en ella entra seguro,
sin poderle dañar su aliento impuro.

Ya la señal que Acaz pedir no quiso,
y Dios le concedió sin él pedilla,
se ve, pues ya Dios hizo
la nueva, la estupenda maravilla,
que a la Naturaleza tanto excede,
de que una virgen pára y virgen quede.

Ya a Abraham se ha cumplido la promesa
que Dios reiteró a Isaac, de que serían
en su estirpe y nobleza
bendecidas las gentes que nacían
en todas las naciones,
para participar sus bendiciones.

El cetro de Judá, que ya ha faltado,
según fué de Jacob la profecía,

da a entender que ha llegado
del mundo la esperanza y la alegría,
la salud del Señor que él esperaba
y en profético espíritu miraba.

Sólo me falta ya ver consumado
el mayor sacrificio. ¡Oh, si llegara,
y de mi dulce amado
mereciera mi amor mirar la cara!
Seguiréle, por más que me fatigue,
pues dice que ha de hallarle quien le sigue.

¡Oh, mi divino amado, quién gozara
acercarse a tu aliento generoso,
de fragancia más rara
que el vino y el ungüento más precioso!
Tu nombre es como el óleo derramado,
y por eso las ninfas te han amado.

Tras tus olores presto voy corriendo;
¡oh, con cuánta razón todos te adoran!
Mas no estés atendiendo
si del sol los ardores me acaloran;
mira que aunque soy negra soy hermosa,
pues parezco a tu imagen milagrosa.

Mas allí una pastora hermosa veo:
¿quién podrá ser beldad tan peregrina?
Mas, o miente el deseo,
o ya he visto otra vez su luz divina;
a ella quiero acercarme,
por ver si puedo bien certificarme.

ÚLTIMA POESÍA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ

ROMANCE EN RECONOCIMIENTO A LAS INIMITABLES PLUMAS DE LA EUROPA, QUE HICIERON MAYORES SUS OBRAS CON SUS ELOGIOS, QUE NO SE HALLÓ ACABADO

CUÁNDO, númenes divinos,
dulcísimos cisnes, cuándo
merecieron mis descuidos
ocupar vuestros cuidados?
¿De dónde a mí tanto elogio?
¿De dónde a mí encomio tanto?
¿Tánto pudo la distancia
añadir a mi retrato?
¿De qué estatura me hacéis?
¿Qué coloso habéis labrado,
que desconoce la altura
del original lo bajo?
No soy yo la que pensáis,
si no es que allá me habéis dado
otro ser en vuestras plumas
y otro aliento en vuestros labios.
Y diversa de mí misma,
entre vuestras plumas ando,
no como soy, sino como
quisisteis imaginarlo.
A regiros por informes,
no me hiciera asombro tanto,
que ya sé cuánto el afecto
sabe agrandar los tamaños.
Pero si de mis borrones
visteis los humildes rasgos,
que del tiempo más perdido
fueron ocios descuidados,

¿Qué os pudo mover a aquellos
mal merecidos aplausos?
¿Así puede a la verdad
arrastrar lo cortesano?
¿A una ignorante mujer
cuyo estudio no ha pasado
de ratos, a la precisa
ocupación mal hurtados;
¿A un casi rústico aborto
de unos estériles campos
que, el nacer en ellos yo,
los hace más agostados;
A una educación inculta,
en cuya infancia ocuparon
las mismas cogitaciones
el oficio de los ayos,
Se dirigen los elogios
de los ingenios más claros,
que en púlpitos y en escuelas
el mundo venera sabios?
¿Cuál fué la ascendente estrella
que, dominando los astros,
a mi os ha inclinado, haciendo
lo violento voluntario?
¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?
¿Qué proporción de distancia,
el sonido modulando
de mis hechos, hacer hizo
consono lo destemplado?
¿Qué siniestras perspectivas
dieron aparente ornato
al cuerpo compuesto sólo

de unos mal distintos trazos?
¡Oh, cuántas veces, oh, cuántas
entre las ondas de tantos
no merecidos loores,
elogios mal empleados;
Oh, cuántas, encandilada
en tanto golfo de rayos,
o hubiera muerto Phaetonte,
o Narciso peligrado!
A no tener en mí misma
remedio tan a la mano,
como conocerme, siendo
lo que los pies para el pavo,
Vergüenza me ocasionáis
con haberme celebrado,
porque sacan vuestras luces
mis faltas más a lo claro.
Cuando penetrar el Sol
intenta cuerpos opacos,
el que piensa beneficio
suele resultar agravio.
Porque densos y groseros,
resistiendo en lo apretado
de sus tortuosos poros
la intermisión de los rayos,
Y admitiendo solamente
el superficial contacto,
sólo de ocasionar sombras
les sirve lo iluminado.
Bien así, a la luz de vuestros
panegíricos gallardos,
de mis obscuros borrones
quedan los diformes rasgos.
Honoríficos sepulcros
de cadáveres helados,

a mis conceptos sin alma
son vuestros encomios altos.
Elegantes panteones,
en quienes el jaspe y mármol
regia superflua custodia
son de polvo inanimado.
Todo lo que se recibe
no se mensura al tamaño
que en sí tiene, sino al modo,
que es del recipiente vaso.
Vosotros me concebisteis
a vuestro modo, y no extraño
lo grande, que estos conceptos
por fuerza han de ser milagros,
La imagen de vuestra idea
es la que habéis alabado,
y siendo vuestra, es bien digna
de vuestros mismos aplausos.
Celebrad ese de vuestra
propia aprensión simulacro,
para que en vosotros mismos
se vuelva a quedar el lauro.
Si no es que el sexo ha podido,
o ha querido hacer, por raro,
que el lugar de lo perfecto
obtenga lo extraordinario.
Mas a esto solo por premio
era bastante el agrado,
sin desperdiciar conmigo
elogios tan empeñados.
Quien en mi alabanza viere
ocupar juicios tan altos,
¿qué dirá sino que el gusto
tiene en el ingenio mando?

III

VIRREYES QUE CONOCIERON Y ADMIRARON A SOR JUANA Y QUE GOBERNARON LA NUEVA ESPAÑA DESDE 1664 HASTA SU MUERTE, CON ALGUNOS SUCESOS DIGNOS DE MEMORIA (1)

1.º *Marqués de Mancera.*—Llegó a México en 1664, a la sazón que Juana Inés de Asbaje tenía apenas trece años, pero admiraba ya a cuantos la conocían por la precocidad y alteza de su ingenio. Constituyóse en protector de ella, y su esposa la hizo su dama de honor y la amó entrañablemente.

Fué el vigésimoquinto virrey.

2.º *El duque de Veragua.*—Como se ha dicho, sólo vivió seis días después de haber tomado posesión del

(1) Antes de estos virreyes hubo, durante los primeros años de Sor Juana, los siguientes:

Don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Aliste, 21.º mandatario. Llegó en 1650, y bajo su gobierno nació Sor Juana en 1651.

Don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque (22.º). Llegó en 1653, cuando Sor Juana tenía dos años.

Don Juan de Leyva y la Cerda, marqués de Leyva (23.º). Llegó en 1660, cuando Sor Juana tenía nueve años; y

Don Diego Osorio de Escobar (24.º), antecesor de Mancera, y que gobernó poquísimo tiempo.

Gobierno, y, vivo aún, tenía sustituto. Llegó a México en 1673 y fué el vigésimosexto virrey.

3.° *Don Fray Payo de Ribera.*—Empezó a gobernar en el mismo año de 1673. Fué muy amigo y estimador de Sor Juana, y virrey vigémoséptimo, de gratísima memoria.

4.° *Conde de Paredes.*—Virrey vigésimoctavo. Empezó a gobernar en 1680. De su amistad y de la de su mujer con Sor Juana nos hemos ocupado extensamente. En este año apareció un magnífico cometa que, como de costumbre en aquellos tiempos atrasados (y en éstos que diz que ya no lo son), alarmó a la gente. Entonces el padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, sabio astrónomo, explicó el fenómeno científicamente, *absolviendo al cometa de ominoso*. Sor Juana, en premio, dedicó a este padre el siguiente soneto:

Aunque es clara del cielo la luz pura,
clara la luna y claras las estrellas,
y claras las efímeras centellas
que el aire eleva y el incendio apura;

aunque es el rayo claro, cuya dura
producción cuesta al viento mil querellas,
y el relámpago que hizo de sus huellas
medrosa luz en la tiniebla obscura;

todo el conocimiento torpe humano
se estuvo obscuro, sin que las mortales
plumas pudiesen ser, con vuelo ufano,

Icaros de discursos racionales,
hasta que el tuyo, Eusebio soberano,
les dió luz a las luces celestiales.

5.º *Conde de Monclova.*—Vigésimonono virrey. Empezó a gobernar en 1686. Duró poco en el poder.

6.º *Conde de Galve.*—Trigésimo virrey. Empezó a gobernar en 1688. El y su esposa fueron afectuosos amigos de Sor Juana, quien, entre otras composiciones, les dedicó un «Encomiástico poema a los años de la excelentísima señora condesa de Galve», y una «Loa a los años del excelentísimo señor conde de Galve», que precedió a la comedia *Amor es más laberinto.*

Fué durante el gobierno de este virrey, a fines de enero de 1690, cuando, según se dice en otro lugar, llegó a México don Fernando Valenzuela, que había sido favorito de la Regente doña Mariana de Austria, «y que después fué perseguido». Iba a México procedente de Manila, con orden de residir en nuestra capital y de que se le diera el tratamiento de Vuestra Señoría. El domingo 30 de diciembre del siguiente año, le dió un caballo una coz en el estómago, y a los pocos días murió, dejando de albacea al conde de Galve. Se dobló por él en las iglesias; el cadáver fué embalsamado y sepultado en San Agustín, asistiendo al acto el virrey, audiencia, cabildo eclesiástico y todas las comunidades, haciéndosele honras en el dicho templo con gran solemnidad.

Hubo en este mismo año, en el mes de agosto, un admirable eclipse total de sol, que Sor Juana, tan ilustrada en astronomía, observó. «Durante un cuarto de hora, dicen los cronistas, se vieron las estrellas y cantaron los gallos». Quizá hay que recortar algo a estos hiperbólicos quince minutos de totalidad...

Poco más o menos un mes antes de que muriese Sor Juana, en Marzo de 1695, don Francisco de Aguiar y Seixas, arzobispo de México (el que, a ejemplo de nuestra monja, vendió sus libros para los pobres, como se relata en otro lugar), colocó la primera piedra de la iglesia y hoy basílica de Guadalupe.

Murió nuestra gran monja bajo el gobierno del conde de Galve, el 17 de abril de 1695, conforme se ha narrado.

Tres meses después, en julio, le fué concedido al conde el permiso para dejar el virreinato, «ofreciéndole el rey su gratitud por el celo que había mostrado en el tiempo que gobernó». Sin embargo, hasta el sábado 21 de enero de 1696, nueve meses después de muerta Sor Juana, hizo entrega del mando este virrey, nombrándose para sustituirle al famosísimo y nunca bien ponderado obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz (la Sor Philotea de la Cruz de marras), el cual, por cierto, renunció al empleo.





IV

OPINIONES SOBRE SOR JUANA (1)

DE D. MARCOS ARRONIZ, ESCRITOR MEXICANO.

LAS obras de Sor Juana revelan, en parte, el agudo ingenio, la gran lectura, la viveza de carácter y demás preciosas dotes que la adornaban; pero como se escribieron en la época de la corrupción de la literatura española, empresa debida en su mayor parte al ingenioso y osado Góngora, abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de tal manera, que apenas bastan a compensar tantos defectos las cualidades magníficas de su gran talento.

Pero buscando el verdadero punto de vista para considerarlas, colocándose en la época en que se escribieron y pesando los recursos con que contó su autora, son una prueba maravillosa y un monumento inmortal de su larga y merecida celebridad.

DE D. NICASIO GALLEGO.

Puede asegurarse que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extensión y crédito merecen

(1) Tomadas algunas de la obra de Pimentel.

el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo a sus coetáneos el nombre de la *Décima Musa* y contando entre sus panegiristas al erudito Feijóo. Y, ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio bastasen a justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mexicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los más infelices de la literatura española; y sus versos, atestados de las entravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauración del buen gusto (1).

DEL PADRE FEIJÓO.

«La célebre monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz, es conocida de todos por su erudición y agudas poesías, y así, es excusado hacer su elogio... Ninguno acaso la igualó en la universidad de conocimientos de todas facultades... Aunque su talento poético es lo que más se celebre, fué lo menos que tuvo.»

❖

El padre Pacheco, agustino portugués, en su obra *Desahogo erudito del ánimo*, compara a nuestra monja con el célebre Camoens, autor de los *Lusitanos.*

El docto polaco Ketten, en su *Apeles simbólico,* pone entre los ingenios que han sobresalido en el arte del símbolo, en primer lugar, al conde Manuel Tesauro, y en segundo *a la monja de México.*

(1) Don Nicasio no leyó los admirables versos de Sor Juana que figuran en este apéndice, y la condenó sin leerla bien, con punible ligereza.

De D. Marcelino Menéndez Pelayo.

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió Sor Juana Inés de la Cruz, y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa aunque no muy selecta doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron a algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto.

De D. Leopoldo Augusto de Cueto.

La monja de México es, entre estos poetas (sus contemporáneos), la que recibió del cielo estro más puro y sensibilidad más delicada.

De D. José María Vigil, escritor mexicano.

Si alguna vez la religiosa de San Jerónimo pagó tributo al mal gusto que dominaba en su época, fácil es notar la elegante sobriedad de su dicción poética cuando dejaba correr la pluma a impulsos de la noble inspiración que llenaba su alma. La gracia y la frescura se desbordan con deliciosa espontaneidad, revistiendo de bellas formas la profundidad de la idea y las pudorosas vibraciones de una sensibilidad exquisita.

A SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Para poder alzar, osado el vuelo,
con menos peso de la tierra al cielo.
S. J. I. DE LA C.

EN pos de almo laurel y docta oliva,
dejando el bosque y la natal cabaña,
a la corte viniste, que no empaña
tu candor ni con su oro te cautiva;

y en el claustro te albergas fugitiva,
que pureza y virtud y paz entraña,
y desdeñas del mundo amor y saña,
muerta a sus ojos y a las letras viva.

De tu alma los nobles ideales
no alcanzaba a llenar el bajo suelo
ni a beber de tu ingenio en los raudales.

Y te desatas «para alzar el vuelo
osado» y libre en trovas inmortales,
«con menos peso de la tierra al cielo».

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.
Obispo de Veracruz.

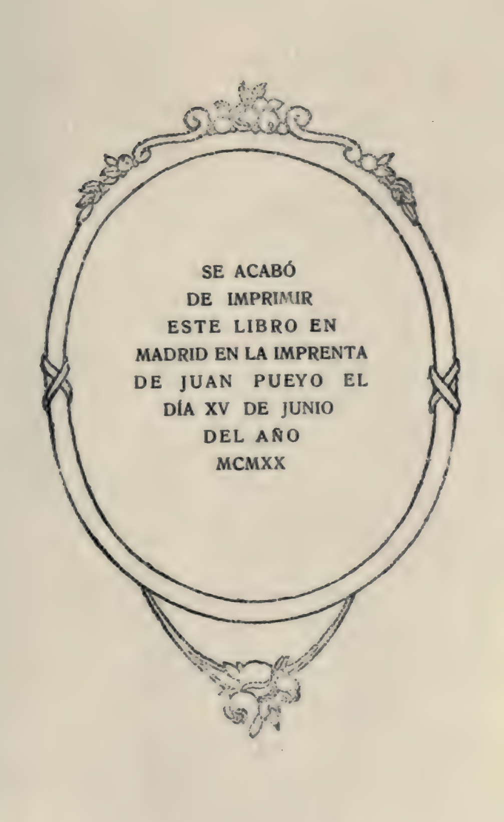
NOTA DEL EDITOR: Hemos modificado un poco el orden en que aparecen estos apéndices en la edición original (Madrid, 1910), y hemos suprimido un apéndice sin valor: "Opiniones de la Prensa madrileña acerca de la lectura de lo principal de este libro, hecha por su autor en la Unión Ibero-Americana, el 28 de abril de 1910".



INDICE

I n d i c e

Páginas.



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XV DE JUNIO
DEL AÑO
MCMXX





